

Serie Baltimore II

*A*  
*contraluz*

CLAUDIA CARDOZO

Serie Baltimore II



*A*  
*contraluz*

CLAUDIA CARDOZO

© Claudia Cardozo  
Edición: Claudia Cardozo  
Diseño de portada y maquetación: ADYMA Design.  
Primera edición: Agosto del 2020.

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los personajes son ficticios; cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro. Ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio salvo permiso expreso de la autora. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A aquellos que creen en los amores a primera vista  
y los finales felices,  
porque los milagros ocurren cuando miras con el corazón.*

*“El amor es una cuestión de fe. La fe es una cuestión de riesgo”.*

Amélie Nothomb

## AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por la maravillosa influencia que han tenido y tendrán siempre en mi vida.

A Carlos.

A mis queridas amigas del Club de lectura Leo Romántica Perú por su constante apoyo.

A Elizabeth Bowman, amiga querida y autora admirada. Nunca agradeceré lo suficiente por tu amistad.

A Victoria Delgado, por su amistad y su apoyo incondicional.

A Nathaly Pedreros (Tita), por su cariño y su buena vibra de siempre; gracias por creer en mis historias.

A Anabel Reyes, por estar siempre al pie del cañón.

A todas y cada una de las personas que han marcado mi vida y me han impulsado a luchar por mis sueños.

A ti, querido lector, por haber leído esta historia; por tu tiempo y por permitirme abrirte mi corazón.

Y a todos los lectores que en algún momento han leído alguna de mis historias; todos y cada uno de ustedes han contribuido con su apoyo, sus opiniones y sus ánimos para que continúe en este camino que tanto amo. Infinitas gracias por eso.

## SOBRE LA AUTORA

**Claudia Cardozo (Lima, Perú).** Desde muy pequeña, se dejó seducir por la magia de las letras, enfrascándose en la búsqueda de nuevas experiencias por medio de la lectura. Estudió una carrera relacionada con los números y dedica buena parte de su tiempo libre a escribir, leer, y compartir momentos con su familia. Admiradora de Jane Austen, comparte en gran parte su visión de la vida.

Se especializa en el género romántico y ha publicado diversas novelas con una importante aceptación del público en distintas editoriales, como Vestales, Romantic, Harlequin, Penguin Random House, entre otras.

Ha resultado finalista del Certamen de Novela Romántica Vergara 2017 y del Premio Harlequin de Novela Romántica 2019.

También ha publicado numerosos relatos en antologías y revistas. En su página web, [claudiaescritoraylectora.blogspot.com](http://claudiaescritoraylectora.blogspot.com), se recoge más información sobre sus proyectos actuales, sus premios literarios y sus publicaciones en Internet.

*A contraluz* es la segunda entrega de la Serie Baltimore.

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)



# CAPÍTULO 1

Baltimore, Maryland

Logan llegó al edificio principal de la Escuela de Arte de Maryland quince minutos antes de que iniciara la clase de Retrato y figura humana a la que llevaba asistiendo cada sábado desde los últimos tres meses.

Su premura no estaba relacionada con el hecho de que era escrupulosamente puntual, que también. En realidad, y le había costado reconocerlo en tanto hacía el camino de ida, se sentía un poco nervioso. Hasta entonces, la clase había sido netamente teórica; incluso, habían llevado un interesante seminario de Anatomía Artística en que aprendió todo lo relacionado con el estudio de las articulaciones, las proporciones humanas y las perspectivas de movimiento. Ahora, sin embargo, tocaba llevar todo ese conocimiento a la práctica.

Como un artista aficionado que llevaba dibujando desde que tenía uso de razón, a Logan le gustaba pensar que tenía ya una base sólida sobre la cual trabajar y no era tan modesto como para no reconocer que era bastante bueno. Pero nunca había trabajado con modelos vivos y la idea no dejaba de ser un poco extraña. Dibujar algo que se le ocurría de la nada o recordar a algo o a alguien que deseara perpetuar en el papel no era en absoluto lo mismo que contemplar a un ser humano cuyo único fin era posar durante horas ante un auditorio que podía analizar cada detalle de su cuerpo para plasmarlo en un block de dibujo.

Tal vez se inquietara por nada de cualquier forma, se dijo según ascendía las escalinatas de mármol que conducían al salón principal. Quizá él fuera un principiante en todo aquello, pero sin duda los modelos no lo eran, y tampoco la extraordinaria maestra que impartía el curso.

Casi como si la hubiera conjurado, oyó una voz pronunciando su nombre y giró a su izquierda para encontrarse con la ávida mirada de Lisa Vössler. La claraboya en lo alto del vestíbulo arrancó destellos de su cabello de un rubio dorado que caía en lisas cascadas hasta los hombros y que ella despejó con un movimiento elegante. Iba de negro, como acostumbraba, con un vestido ceñido hasta debajo de la rodilla; Logan suponía que era muy consciente de lo bien que le quedaba el color y de la forma en que resaltaba sus curvas, y procuraba sacar al mejor partido a aquello.

Cuando un conocido le habló de ese taller no dudó dos veces en inscribirse. Seguía la obra de Lisa desde que descubrió su trabajo en una galería de Baltimore y creyó que sería fascinante conocerla y aprender de ella. Y así había sido, reconoció componiendo una sonrisa al verla llegar a su lado y ponerse de puntillas para depositar un par de besos sobre sus mejillas, una costumbre a la que no creía que fuera a acostumbrarse.

Apoyó las manos sobre sus codos para apartarla con delicadeza y dio un paso hacia atrás de forma casi inconsciente. Había algo en ella, en la forma en que lo veía y la postura que asumía cada vez que se encontraban, que no dejaba de hacerlo sentir incómodo. Se trataba de una mujer muy atractiva, sin duda; voluptuosa y con una sensualidad casi palpable; era, en suma, totalmente su tipo. Y era evidente, además, que ella lo encontraba también muy atractivo. Sin embargo, Logan no podía evitar el mantener la guardia en alto cuando se encontraba cerca. Deformación profesional, lo habría llamado su madre.

—Has llegado justo a tiempo para acompañarme al salón —Lisa le sonrió y se hizo a un lado la melena con un movimiento delicado; tenía una voz áspera y extrañamente musical—. Nos

espera una buena clase.

—Precisamente pensaba en eso al llegar.

Logan la siguió por las escalinatas camino al segundo nivel y, en tanto, desvió la mirada de su rostro para admirar el vestíbulo desde lo alto antes de girar en un recodo en dirección al ala destinada a las clases de arte y diseño. Nunca dejaría de estremecerse al contemplar la belleza del edificio; era, de lejos, su favorito en la ciudad.

—¿Nervioso?

Logan parpadeó y llevó su atención a Lisa, que lo observaba a su vez con una pequeña sonrisa sardónica.

—Algo, supongo —reconoció él con sencillez encogiéndose de hombros—. Nunca he trabajado con modelos vivos; será un reto.

—Lo harás bien. Eres bueno, Logan; mejor de lo que piensas —ella lo sondeó con la mirada y sus tacones resonaron sobre el mármol del corredor—. No entiendo cómo no te dedicas al arte en exclusiva.

—Bueno, eso se debe a que no soy tan bueno como crees; estás siendo demasiado generosa. No soy un artista de verdad, no como tú.

Lisa entornó los párpados y lo observó con interés.

—Nunca he creído que la modestia sea una virtud tan atractiva como algunos piensan —señaló ella—. Aunque debo reconocer que en ti resulta encantadora.

Logan sonrió, sin responder, y dio una mirada hacia adelante, agradecido al reconocer la puerta que conducía al auditorio destinado a la clase, y donde un pequeño grupo aguardaba la llegada de la maestra. Esta, al notar su mirada, hizo un pequeño mohín y simuló una expresión animada de bienvenida que engañó a todos, excepto a él.

¿Por qué no?, se preguntó Logan tras ingresar al salón en tanto ella se ocupaba de saludar a los otros estudiantes. Estaba claro que cualquier avance suyo sería bien recibido y, considerando que aquel era un curso libre, no tenía que enfrentarse a ningún problema de ética por involucrarse con la maestra que lo impartía.

Lisa era preciosa, inteligente, y una artista renombrada; la consumación de sus sueños húmedos. Estaba claro, además, que lo mismo que él, no estaba interesada en una relación seria, lo que la hacía prácticamente perfecta. Podría invitarla al final de esa clase, llevarla a cenar y algo le dijo que no encontraría muchos obstáculos para pasar una noche estupenda a su lado.

¿Por qué no, ciertamente?, se repitió al dar un rodeo a las sillas dispuestas alrededor de la plataforma en que se ubicaría el modelo. Eligió el lugar más apartado a la izquierda en primera fila y rebuscó en su mochila para sacar el block de dibujo y los útiles que tendría que utilizar durante la clase para disponerlos en el caballete situado a su derecha.

Los otros estudiantes empezaron a entrar también y a ocupar sus lugares y dio una nueva mirada a la mujer que se ubicó en el centro de la clase. Su mirada se detuvo un segundo en su rostro afilado y ella, al notarlo, le dirigió una pequeña sonrisa que terminó por convencerlo de que se estaba portando como un idiota. Tan pronto como terminara esa clase le propondría una salida, se prometió, aliviado en parte de haber tomado una decisión.

Lisa cerró la puerta a la hora exacta en que iniciaba la clase y atenuó las luces del salón hasta que quedaron sumidos en una semi penumbra; pero mantuvo una potente lámpara encendida sobre la plataforma. Logan dio una mirada alrededor y comprobó que los otros estudiantes parecían encontrarse en su misma posición: expectantes y un poco nerviosos. Supuso que todos esperaban que en cualquier momento se abrieran las puertas tras la plataforma y un hombre con el tipo de

Apolo reencarnado apareciera para empezar la clase.

El auditorio estaba compuesto por hombres y mujeres en similar proporción: todos artistas aficionados, como él, aunque Logan pudo reconocer a un par de expositores que conocía de sus recorridos por las galerías de la ciudad. Ellos captaron su mirada y le sonrieron alzando las manos; Logan hizo un gesto discreto de saludo y volvió su atención a la plataforma precisamente en el momento en que las puertas batientes tras ella se abrieron y una figura alta y espigada se abrió paso.

Lo primero que Logan pensó al mirarla con atención fue que se había equivocado de plano con la idea de Apolo reencarnado. Era Artemisa.

Sus dedos sujetaron el lápiz que acababa de afilar y lo sostuvo de forma casi inconsciente ante su rostro en tanto analizaba los rasgos de la modelo. Ella vestía una bata blanca que la cubría del cuello a los tobillos y por un momento se permitió admirar su rostro.

Tenía una fisonomía realmente extraña, se dijo él; pero en el buen sentido. Unas cejas bien perfiladas enmarcaban unos ojos grandes y de un tono café con matices de verde que destellaban bajo la luz; sus pómulos pronunciados y una nariz aquilina remataban en una barbilla puntiaguda que lo llevó a pensar irremisiblemente en un ser sobrenatural. Un duende, tal vez. Y su boca... labios de proporción perfecta que mantenía entreabiertos en tanto veía a la nada.

La vio intercambiar un rápido gesto con Lisa, que se había puesto un metro a su lado, y una maraña espesa de cabello castaño corto hasta la barbilla refulgió en el momento en que se puso de espaldas y dejó caer la bata a sus pies.

Logan estaba seguro de que no imaginó el suspiro colectivo que emitió la clase por el asombro al observar la piel expuesta bajo la luz de la lámpara. Hasta entonces había creído que se sentiría incómodo al encontrarse ante una persona que se desnudaba con el fin de que un grupo de gente estudiara sus formas y la plasmara en el papel; pero en ese momento comprendió que se sentía demasiado fascinado como para hacer nada que no fuera admirarla.

Había visto mujeres desnudas antes. Varias y en distintas circunstancias, y definitivamente estaba lejos de ser un mojigato. Así que no vio nada que no hubiera contemplado antes; sin embargo, recorrer el cuerpo de la mujer en la plataforma le hizo pensar que nunca se había detenido a apreciar los muchos matices de la naturaleza humana. Tal vez las últimas clases tuvieran algo que ver con eso, supuso al tomar el lápiz con mayor fuerza y asentarlos sobre el papel sin ser muy consciente de lo que hacía.

Las líneas del cuerpo de la mujer le parecieron perfectas bajo la luz; tenía una figura delgada pero atlética; los músculos de los hombros y los brazos estaban bien definidos y hacían un conjunto armonioso con la línea de los omóplatos y su estrecha cintura. Sus caderas delgadas se unían a unas piernas que le parecieron interminables.

—*El modelo es una de las armas primordiales del arte.*

La voz de Lisa lo volvió a la realidad y apartó la mirada de la joven para fijarla en ella, que alternaba sus ojos azulados alrededor de la clase con una expresión levemente sardónica.

—Es importante no olvidar esa frase; me la dijo mi maestro de anatomía durante mi primera clase de dibujo humano y la repito ahora —continuó ella iniciando un lento paseo alrededor de la modelo—. Admiren la perfección humana e intenten replicarla lo mejor que puedan. Ya hemos estudiado la teoría y ahora es momento de llevarla a la práctica; hoy nos centraremos en el contorno. Recuerden la importancia del análisis, la atención al detalle y dejen que su imaginación fluya. No se preocupen si tienen problemas esta primera vez y no se encuentran satisfechos con su trabajo al final de la clase; lo intentaremos de nuevo en la siguiente.

Lisa apenas había terminado de decir la última frase cuando el sonido de los blocks de dibujo y los lápices siendo afilados reemplazaron a su voz. Logan, que tenía todo ya listo y en las manos, le prestó atención a medias; todos sus sentidos estaban puestos en la modelo y en la forma en que permanecía de pie sobre la plataforma sin mover un solo músculo y sin que pareciera como si le afectara que la maestra se refiriera a ella como un cuerpo sin emociones. Claro que no podía verle el rostro, concluyó Logan; tal vez estuviera lejos de sentirse tan serena como aparentaba.

Trazó unas líneas sobre el papel con los ojos entrecerrados; alternaba la mirada de la modelo a sus manos e iba bosquejando el contorno con expresión concentrada. Fue más sencillo de lo que había pensado que sería y al mismo tiempo lo más complejo a lo que se había enfrentado en su vida; al menos en lo que a su inclinación artística se refería.

El tiempo pasó de una forma extraña, lo que le ocurría siempre que se hallaba embebido en su trabajo. Dibujó sin pausa excepto para beber un trago de agua de la botella que llevara consigo y para tender un borrador al hombre ubicado a su derecha y que por algún motivo parecía haber olvidado algo tan importante. Cuando su mirada se encontró con la suya luego de que le diera las gracias en un murmullo, lo reconoció como uno de sus conocidos de las galerías. Este le sonrió y señaló a la modelo con una cabezada y un guiño lascivo que, por algún motivo que no se vio capaz de analizar en ese momento, le provocó estampar su rostro contra el caballete.

Tal vez se debiera a que no soportaba a la gente que no podía controlar sus instintos, se dijo luego desviando la mirada con una mueca de desagrado y retomando su trabajo. Se perdió de nuevo en lo suyo y no se detuvo hasta que una campanilla marcó el final de la clase. El sonido de los lápices rasguñando el papel se detuvieron de golpe y él dejó caer el suyo con un suspiro y un molesto adormecimiento en la muñeca.

Al mirar en dirección a la modelo, advirtió que ella se inclinaba para tomar su bata y se vestía con ella con movimientos calmados; luego, se perdió por las puertas por la que había llegado en un parpadeo. Por un momento, Logan se preguntó si no la habría imaginado, pero al mirar a su caballete y encontrarse con el contorno de su figura y la línea de su espalda que había dibujado y vuelto a dibujar una y otra vez, se dijo que no, que desde luego que había sido muy real.

Lisa dio otro breve discurso entonces antes de dar una mirada a los trabajos de la clase; señaló errores y alabó avances. Al detenerse ante el suyo, arqueó las cejas y le dirigió una mirada entendida, sin decir una palabra; tal vez quisiera implicar con eso que estaba impresionada, Logan no lo tenía muy seguro, pero no se quedó a averiguarlo.

Sus compañeros comenzaron a despedirse y él hizo otro tanto, pero cuando llegó a la puerta del auditorio recordó que se había prometido invitar a Lisa al salir. Sin embargo, cuando la vio en medio del salón, reuniendo sus cosas, y sus miradas se encontraron un segundo, la suya expectante, tan solo atinó a elevar una mano en señal de despedida y se dirigió a la salida del edificio sin pensarlo dos veces. De alguna forma, la idea de pasar el tiempo con ella le pareció menos tentadora que antes.

Estaba cansado, se dijo al encaminarse al estacionamiento en busca de su auto. Había tenido una semana difícil y le esperaba una más dura aun. Quizá el sábado siguiente, decidió al iniciar el regreso a casa. Entonces estaría bien.

Tara olisqueó el aire y emitió un corto gemido de anhelo al tiempo que su estómago empezaba a rugir. Estaba mucho más hambrienta de lo que había pensado y el delicioso aroma proveniente de la cocina que le salió al paso tan pronto como puso un pie en casa solo incrementó la sensación.

Pasta. En salsa boloñesa, si su olfato no la engañaba.

—¿Papá? —llamó en voz alta.

—¡Lávate las manos primero!

Tara sonrió y se encogió de hombros, dirigiéndose al baño bajo la escalera para hacer lo que su padre ordenara. No importaba la edad que tuviera, los hábitos de higiene del señor Duncan permanecían inalterables.

Cuando fue a la cocina, lo encontró afanándose ante la estufa; la pequeña mesa bajo la ventana que acostumbraban compartir cuando coincidían a la hora de las comidas se encontraba puesta y Tara se acercó a darle un beso en la mejilla antes de llevar unos vasos y el agua que sacó de la nevera.

—¿Qué tal el trabajo? —Preguntó su padre.

Tara se encogió de hombros y dobló unas servilletas con expresión concentrada antes de responder.

—Aburrido. Como siempre —dijo ella al fin observándolo servir el contenido de la cacerola en una fuente—. Pero está bien.

—Bueno, es una suerte que lo tengas y que sea solo los sábados. No podrías hacerlo entre semana con la escuela y todo lo demás.

—Me las arreglaría.

Su padre arqueó una ceja rojiza y le tendió la fuente que ella se apresuró a sostener en tanto él cogía el bastón que dejara apoyado contra la encimera de la cocina.

—Sí, claro —comentó él— ¿Y cuándo dormirías?

—En clase, claro. ¿Dónde más?

El señor Duncan se dejó caer sobre la silla con un suspiro ahogado y sostuvo su plato para que Tara lo rellenara luego de ocupar el asiento frente a él.

—Más te vale estar bromeando —dijo él señalándola con el tenedor.

Tara no respondió. No hacía falta; él sabía que bromeaba.

Comieron en un silencio armonioso, roto apenas para que ella respondiera las preguntas acerca de cómo había ido su día y si la semana siguiente tendría que salir también tan temprano como lo hizo en esa ocasión. Tara respondió con monosílabos, y no solo porque se encontrara encantada con el almuerzo; nunca se sentía cómoda respondiendo a las preguntas de su padre referidas a su empleo de fin de semana.

—En serio. No es nada interesante; de no ser por lo bien que pagan ni siquiera me lo plantearía —comentó ella ante su insistencia.

El señor Duncan se limpió la comisura de los labios con una servilleta y la observó por encima de su vaso con el ceño fruncido.

—No deberías de hablar así —la reprendió él—. Y vaya que te pagan bien; en especial considerando que es solo por unas horas. ¿Qué clase de dibujos dijiste que hace esa gente?

Tara bajó la mirada a su plato.

—Retratos —respondió, esquiva—. Ya sabes. Dibujan rostros y esas cosas.

—Ya. Bueno, no puede culpárseles por pagar bien por dibujarte. Con el rostro tan bonito que tienes.

Tara sonrió y puso los ojos en blanco. Ese era otro tema con el que tampoco se sentía muy cómoda; pero siempre era más fácil lidiar con un padre al que cegaba el orgullo que con uno intrigado por cómo se ganaba la vida. En especial cuando hacía ese dinero posando desnuda; cosa de la que si se enteraba posiblemente terminara por repudiarla. O le diera un infarto. Quizá ambas

cosas, supuso antes de responder.

—No es bonito. Es regular, y hay quienes piensan que un poco raro; pero como a los artistas les gusta lo que se sale de lo normal, bien por mí —dijo ella sin dar la impresión de que tuviera interés en descifrar la mente de quienes pensaban así—. Por cierto que antes de venir pasé por casa del señor Robinson para dejarle la paga de la semana que viene.

Su padre asintió tras dirigirle una mirada pensativa.

—Gracias —dijo él—. Me quedo más tranquilo.

—También yo. Y seguro que al señor Robinson le ocurre lo mismo; dijo que su hijo se ha quedado sin empleo, así que le viene bien —comentó ella tras encogerse de hombros—. Vendrá el lunes por la tarde.

El señor Duncan cabeceó.

—Le tendré una fuente de lasaña para que la lleve a casa luego.

Tara sonrió. Su padre siempre había sido un buen cocinero, pero últimamente se le había dado por hornear a ritmos forzados; dudaba de que tuvieran un vecino que no hubiera probado alguno de sus platillos, pero a ella le alegraba porque era obvio que lo mantenía entretenido y ya que ella pasaba buena parte del día fuera, no podía pensar en algo que la aliviara más.

El señor Robinson era además uno de sus favoritos. Él no solo se ocupaba de ir tres veces por semana para ocuparse de su terapia sino que además de fisioterapeuta en retiro era también uno de los hombres más divertidos con los que había tratado y siempre lo hacía reír. Algo que su padre hacía más bien poco.

El accidente le había afectado más de lo que le gustaba reconocer. Hasta entonces fue un hombre muy activo y no solo le obligó a retirarse antes de lo que pensaba sino que también le afectó mucho emocionalmente. De eso habían pasado cinco años, pero aun le parecía como si hubiera sido ayer. Las cosas no eran sencillas entonces para ninguno de ellos; su madre había muerto tres años antes y apenas empezaban a aprender a sobrellevar su ausencia. Tara tenía quince años entonces, tres menos de los que contaba cuando su padre perdió el movimiento de la pierna y aun le costaba hacerse una idea de todo lo que había cambiado en ese tiempo.

La pérdida de su madre aun les pesaba a ambos y las secuelas del accidente iban más allá de que su padre hubiera tenido que dejar su empleo antes de lo previsto. Su pensión les daba para vivir, pero eso era todo. El seguro costó su recuperación pero no la terapia necesaria para recuperar parte de la movilidad y hacer sus días más llevaderos, así que debían pagarla como mejor podían. Al principio, lo hicieron usando sus ahorros, pero estos siempre fueron más bien pequeños, de modo que se terminaron pronto y fue Tara quien se ocupó de buscar un empleo que le permitiera costearla.

Para entonces acababa de dejar el instituto y tuvo que replantear sus opciones. Dejó a un lado su sueño de estudiar medicina y buscó algo que le permitiera empezar a trabajar pronto. Estaba a punto de graduarse y las cosas mejorarían en cuanto tuviera una paga fija, pero hasta entonces, alternaba sus estudios con el modelaje en la escuela de arte. Una cosa no se interponía con la otra y a diferencia de otro tipo de ocupaciones, esa última no requería mucho tiempo y sí bastante coraje. Y a Tara lo segundo le sobraba.

Aunque no tanto como para confesárselo a su padre, claro, reconoció para sí de mala gana.

—¿Qué vas a hacer mañana?

La voz de su padre la obligó a apartar sus pensamientos y le sonrió después de terminar con el último bocado de su plato.

—Dormir hasta medio día, por lo menos —respondió ella sin vacilar, aunque hizo una mueca

al encontrarse con la mirada irritada de su padre—. Pero te acompañaré por la tarde a donde sea que necesites ir.

—Había pensado en visitar a tu madre.

Tara apretó los labios y contuvo un suspiro antes de asentir con los párpados caídos, buscando su mano por encima de la mesa. Su padre sostuvo sus dedos y le dio un cálido apretón.

—Claro —asintió ella—. Iremos a la hora que quieras.

El señor Duncan cabeceó, pensativo, y luego se puso de pie con esfuerzo, apoyándose sobre el bastón.

—Estupendo. Ahora, tenemos unos pasteles para el postre que la señora Nieva dejó esta mañana. ¿Te queda sitio?

Tara ni siquiera se molestó en responder. No hacía falta, y su padre lo sabía; podría con eso y con un café sin mayor esfuerzo.

Satisfecha de haber visto a su padre algo más animado de lo habitual, y luego de un almuerzo como aquel, Tara subió a su habitación y se dejó caer sobre una butaca con un suspiro.

Había sido un día tan bueno como el que más, lo que tal vez no fuera decir mucho, pero tratándose de ella era suficiente. La clase fue bien y apenas había prestado atención a los estudiantes en tanto posaba, como procuraba hacer siempre. Había advertido un par de miradas poco ceñidas al interés artístico luego de desnudarse, pero no era nada fuera de lo común; siempre había un idiota o dos de ese tipo, pero ella apenas les prestaba atención y como no tenía por qué interactuar con ellos le daba más bien igual. Ella nunca prestaba atención a nadie.

Aunque ese día hubo alguien, sin embargo... alguien distinto. Un hombre en lo más alejado del salón al que no recordaba haber visto antes. En realidad, no podía decir que lo hubiera visto en verdad; el área del alumnado se encontraba en penumbras precisamente para que ella se sintiera más cómoda y el contraste con la luz que la iluminaba les permitiera apreciar mejor lo que debían dibujar, pero aun así fue capaz de captar el brillo de unos ojos grises tras los cristales de sus gafas y un rostro enérgico que la miró de una forma que le provocó un estremecimiento. Era la primera vez que le ocurría. Fue un alivio girar y despojarse de la bata para esquivar la mirada pese a que pudo sentir sus ojos puestos en ella durante todo el tiempo que duró la clase.

En ese momento se dijo que estaba pensando tonterías porque desde luego que había tenido que mirarla. Para eso estaba allí. Y ella se hacía ideas ridículas al suponer que pudiera sentir cualquier tipo de interés que no estuviera relacionado con la clase. Eso era todo.

Consciente de que estaba dedicando tiempo precioso a pensar en un desconocido al que apenas había visto una vez en lugar de usarlo en algo más útil, se puso con los apuntes que debía estudiar para su clase del lunes. Faltaba poco. Unos meses y estaría graduada y trabajando en algo que le hacía mucha ilusión.

Si ese no era un pensamiento agradable, nada lo sería. Ni siquiera un atractivo extraño en la oscuridad.

## CAPÍTULO 2

—A ver, dime todo de nuevo pero esta vez intenta que no suene tan extraño y, por favor, procura no parecer un maniático mientras lo haces.

Logan apretó los labios y se recordó que, en el fondo, su jefe era un hombre estupendo y que le caía muy bien. Eso y cuando no le daban ganas de estrangularlo, claro.

Estaban en su oficina en el segundo piso del precinto de policía de Parkville, donde Morgan Reynolds, su inmediato superior, ejercía el cargo de consultor civil.

Logan llevaba dos años sirviendo en esa estación cuando Morgan llegó y aunque entonces encontró un poco extraño trabajar a órdenes de un hombre que no pertenecía formalmente a la policía, era justo reconocer que había aprendido mucho gracias a él. Como ex soldado, Morgan era extremadamente disciplinado, y muy cauto en sus formas, lo que para un detective de policía recién ascendido, como era él entonces, significó un buen ejemplo.

Desde entonces, habían forjado una buena amistad. Logan admiraba a su jefe y este lo tenía por su mejor activo. Cuando estudió el expediente del personal que tendría a su cargo, lo primero que llamó su atención fue ese joven detective que tenía una hoja de servicio impecable y a quien todos sus conocidos ponían por las nubes. Un prodigio, le llamaban. Y, al conocerlo, debió reconocer que eso era verdad.

Eso fue hacia cuatro años y ambos habían pasado por muchas cosas desde entonces. Cosas que cimentaron su compañerismo y que solo habían reafirmado la impresión que Morgan tenía de Logan. Claro que el admirar sus virtudes no impedía que viera también sus defectos. Como que era tal vez demasiado obcecado para su bien y que creía que todo el mundo era capaz de seguir su línea de pensamiento. Como hacía precisamente en ese momento.

—¿Parezco un maniático? —Preguntó un poco ofendido por sus palabras.

—Algo —reconoció Morgan sin dudar—. Nada fuera de lo normal para mí, pero podrías asustar a un extraño.

—No es gracioso.

—No estaba bromeando.

Morgan recostó la espalda sobre el sillón que presidía la oficina y lo señaló con una cabezada. Era un hombre enorme de grandes músculos remarcados por las costuras de la camisa y aunque quienes no lo conocieran podían considerar su presencia un tanto intimidante, sus amigos sabían que en el fondo tenía un carácter bondadoso y poco inclinado a las discusiones.

—De acuerdo —Logan suspiró y se pasó una mano por la frente—. ¿Te parece si empiezo de nuevo?

—Por favor.

Logan cabeceó y se quitó los anteojos para limpiarlos con el borde de la camisa; un gesto más propio de una manía que de la necesidad. Sus anteojos siempre se encontraban impecables, igual que el resto de él.

—Sabes que estudié a fondo el expediente de Marvin Quinn para presentar su caso a la fiscalía y que ellos aceptaron remitirlo al juzgado; van a procesarlo por asesinato y con las pruebas que tenemos es posible que cuando menos le den treinta años —empezó él.

Morgan cabeceó, pensativo. Había sido un caso que llevaron juntos, en realidad; él y otro de sus amigos, un ex compañero del ejército y ahora empresario de Chicago que fue a darle una mano



con eso. Colin se había quedado hasta que lograron arrestar a Marvin Quinn y reunir las pruebas para incriminarlo por el asesinato de un hombre bajo un extraño ritual. A su parecer, Quinn estaba seriamente trastornado y pocas veces en su vida se había sentido tan satisfecho de encerrar a alguien. Además, ese caso le había costado una estancia de semanas en el hospital por una herida en el abdomen, así que nada le tentaba menos que revivir todo aquello, pero Logan se había presentado en su oficina para decirle que tal vez sí debieran hacerlo porque, al analizar los bienes de ese hombre para armar la acusación, se había topado con algunas cosas que llamaron su atención y estaba determinado a investigarlas.

—Sabes que antes de todo esto, Quinn era un hombre con una excelente reputación; lleva cuando menos treinta años comerciando con antigüedades y tiene contactos en todo el mundo — Logan continuó tras hacer una pausa para ponerse nuevamente los anteojos; sus ojos de un gris azulado destellaron a través del cristal—. Al comienzo no le di demasiada importancia, pero al estudiar sus finanzas y sus movimientos migratorios, caí en la cuenta de que había algo que no calzaba. Tiene demasiado dinero; incluso para alguien que lleva tanto tiempo en el negocio. No proviene de una familia acomodada...

—A diferencia de la tuya.

Logan puso los ojos en blanco antes de dirigir a su jefe una mirada acerada y se encontró con su rostro risueño. Era una pulla común. Desde que Morgan descubriera al poco de conocerlo que Logan pertenecía a una familia bastante acaudalada y que su apellido se remontaba hasta los tiempos del *Mayflower*, no perdía oportunidad de mofarse de él por eso. No importaba que Logan le asegurara que provenía de una rama de los Spencer que estaba lejos de ser millonaria y que en realidad el dinero ni siquiera era suyo sino que pertenecía a su madre, quien heredara la mayor parte de los bienes a la muerte de su padre. A Morgan eso le parecía graciosísimo porque estaba acostumbrado a ver policías pobres, no nadando en la abundancia.

Su jefe tenía un espantoso y retorcido sentido del humor, se dijo Logan no por primera vez al tragarse la réplica que subía por su garganta. Prefirió ignorarlo y enfocarse en su caso.

—Como decía... —carraspeó él antes de continuar—. Según iba indagando para esclarecer el origen de la fortuna de Quinn, me di cuenta de que buena parte de ella no pudo provenir de una entrada legal. Es posible que su negocio de antigüedades sea una fachada para algo más.

—Contrabando.

El tono de Morgan adquirió un matiz serio y la sonrisa se esfumó de su rostro. De pronto, se convirtió nuevamente en el viejo soldado alerta e inteligente que había conseguido asumir una posición de poder en un lugar como aquel sin mayores pergaminos que su experiencia.

—Es posible —Logan asintió, satisfecho de que hubiera llegado tan rápido como él a esa conclusión—. Y explicaría muchas cosas. Como su posición dentro de la comunidad pese a que en realidad no es un hombre precisamente sociable; sus cuentas en el banco; y también el hecho de que actuara con la impunidad con la que lo hizo en su momento. Tiene amigos poderosos que intentaron protegerlo hasta el final y eso solo puede deberse a que le deben algunos favores.

—Eso o que al protegerlo a él se protegen ellos también —sugirió Morgan, tan práctico como siempre—. ¿Has considerado que pueda tratarse de tráfico de antigüedades? Llevé un caso parecido hace unos años...

—Quizá se trate de algo como eso o el comercio de antigüedades sea tan solo una fachada para algo más.

—¿Drogas?

—O cualquier otra cosa —continuó Logan adelantando el torso en el asiento; se le notaba

realmente emocionado al poner sus ideas en palabras—. Para estar seguro necesito continuar con la investigación. Si me das el visto bueno me pondré con eso de inmediato y estoy seguro de que podré tenerte algo pronto. Quinn ya está perdido, y lo sabe; le espera mucho tiempo en prisión y si ve que algo de lo que me diga le permite reducir la condena lo hará sin dudar.

Morgan lo oyó, pensativo, y unió sus manos sobre el escritorio; su sortija de bodas relumbró en su dedo.

—Supongo que solo puedo decirte que sí, aunque preferiría que encierren a ese hombre y tiren la llave sin darle ninguna oportunidad de librarse ni un día antes —reconoció él recordando el sufrimiento que el ataque que sufrió provocó en su familia.

Logan cabeceó haciéndose una idea de lo que pensaba.

—Bueno, considerando su edad dudo que tenga oportunidad de ver de nuevo la luz del día, con reducción de pena o no —comentó él.

Su jefe hizo una mueca sin que pareciera muy satisfecho con ello, pero debió de considerar que era mejor que nada porque terminó por asentir de mala gana.

—De acuerdo, puedes ocuparte de eso; pero quiero que me mantengas informado —advirtió.

—Por supuesto; vendré a decírtelo tan pronto como tenga algo —asintió Logan de inmediato viéndose encantado de haber obtenido el permiso—. Me pondré con esto ahora mismo.

Morgan carraspeó y lo detuvo con un gesto antes de que se levantara.

—Bien, pero antes de eso recuerda que tienes otras obligaciones —mencionó él con una mirada ceñuda—. Porque si estás pensando que puedes escaparte armando todo este asunto...

Logan abrió la boca y la cerró antes de decir lo que estaba pensando, lo que pareció confirmar las sospechas de su superior.

—Sabía que había algo de eso —pese a sus palabras, Morgan se vio divertido de haber llegado a esa conclusión—. Logan, tienes que ir a dar esa charla.

Su amigo suspiró y extendió las manos ante él como si pretendiera con eso pedir algún tipo de clemencia.

—¿Pero por qué? —Preguntó él con voz torturada—. Sabes que odio hablar en público, soy pésimo con eso.

—Claro que no.

—Y no hay nada que pueda decir a esos chicos que ellos no sepan —él continuó como si no lo hubiera oído—. No soy un profesor, soy policía.

Morgan resopló.

—Exacto. Y como policía irás a compartir tu experiencia con los nuevos reclutas para que sepan lo que les espera —remarcó él con una ceja arqueada—. Además, no eres cualquier agente sino el mejor que tenemos, y no lo digo para alabarte, es la verdad. La mayor parte de estos chicos han querido ingresar al cuerpo durante toda su vida y sueñan con llegar a donde tú lo has hecho. Sabes que el fin de cualquier policía medianamente ambicioso es convertirse en detective.

Logan contuvo un gemido. No importaba qué tan bien lo pintara Morgan, la idea no dejaba de parecerle una pesadilla. Cuando su jefe sugirió que fuera a dar algunas charlas a la Academia de policía de Baltimore para los reclutas de los últimos cursos puso el grito en el cielo; pero nada había conseguido convencerlo de enviar a alguien más. En el fondo, y le avergonzaba un poco reconocerlo, se había volcado de la forma en que lo hizo para armar el caso de Quinn y conseguir su permiso de continuar con la investigación con la secreta esperanza de usarlo como excusa para zafarse de ese tema. Ahora veía que tal vez no tuviera tanta suerte.

—¿Pero qué les voy a decir? —insistió él.

—Eso es cosa tuya, prepara algo. Puedes hablarles de tu trabajo en el departamento de reconocimiento; tu talento como artista nos ha sido muy útil —sugirió Morgan—. O háblales de ética; es algo que se te da bien.

—Porque me la han machacado desde que nací —rezongó Logan con un estremecimiento, y miró a su amigo con mirada suplicante— ¿En serio no puedes...?

—No, lo siento; la programación ya está hecha. Empiezas el lunes que viene; serán solo unas cuantas visitas a la academia, supéralo de una vez y ponte a trabajar —Morgan habló con gesto risueño aunque su mirada decía claramente que no estaba dispuesto a discutirlo más.

A Logan no le quedó otra alternativa que no fuera suspirar y ponerse de pie de mala gana, tomando su informe del escritorio con un gesto brusco antes de despedirse con una cabezada.

Una vez en su propia oficina, un lugar más pequeño que el que acababa de abandonar, dejó sus anteojos sobre un archivador y se llevó una mano a la sien. Temblaba tan solo ante la idea de pararse frente a un auditorio de mocosos convencidos de que lo sabían todo porque les habían puesto un arma en las manos y se creían capaces de realizar cualquier tipo de hazaña. El tiempo y la experiencia les enseñarían que estaban equivocados, claro, pero no le tentaba la idea de contribuir a aquello.

Maldijo por lo bajo y su mirada se vio atraída por el calendario sobre el escritorio. Iba apenas a media semana y ya estaba hasta el cuello de pendientes; pero en un par de días tendría una nueva clase en la escuela de arte, algo que siempre le ayudaba a relajarse luego de una semana complicada.

Una lástima que el tiempo no pasara más rápido cuando uno lo deseaba, reconoció poco animado antes de ponerse con el expediente de Quinn para organizar los pasos a seguir en el nuevo caso. Muy pronto, sin embargo, se vio absorbido por el trabajo. Le pasaba con frecuencia, lo que tan solo le recordaba el por qué había decidido tomar esa línea de carrera.

Recordó las palabras de Lisa respecto a por qué no se había dedicado al arte en exclusiva y tuvo que reconocer, al menos para sí, que aun cuando pocas cosas le daban más satisfacción que dibujar, era su labor en el departamento y la oportunidad de servir lo que le hacían sentir del todo pleno. De todas formas, se dijo algunas horas después al dar una nueva mirada al calendario cuando tenía los músculos del cuello agarratados por la tensión, no le vendría mal una sesión de dibujo en ese momento.

Dos días, recordó. Dos días más y podría ponerse con ello.

Tara contó hasta diez y respiró profundamente antes de atravesar las puertas que conducían al auditorio con la barbilla en alto y la mirada vacía.

Era un ritual al cual se apegaba a rajatabla cada vez que debía posar. Le ayudaba a enfocarse en lo que se esperaba de ella y a que nada la perturbara. El público se convertía en un ente borroso al cual apenas prestaba atención; tan solo se mantenía en parte atenta para seguir las indicaciones de quien llevara la clase, en ese caso, Lisa, que le dirigió una leve sonrisa al verla aparecer y le señaló la plataforma iluminada.

Tara ocupó su lugar y mantuvo el rostro imperturbable en tanto oía el ajetreo de los ocupantes del salón disponiendo sus útiles de dibujo. Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo reprimir el impulso de mirar en dirección al lugar en que se encontrara ese hombre la última vez.

Y allí estaba, descubrió no sin cierto agrado al distinguir de nuevo su rostro atento y ver la forma en que sostenía el lápiz con la mirada fija en su rostro. Sus miradas se encontraron un instante y se quedó sin respiración; sintió un retortijón en el estómago que estuvo a punto de

obligarla a doblarse, pero logró recuperar el auto dominio con rapidez, desviando la mirada. Sintió sus mejillas enrojecer y le pareció una ridiculez considerando que jamás le ocurría cuando se encontraba desnuda y en ese momento aun la cubría la bata.

—Hoy continuaremos con el contorno —la voz de Lisa llegó a sus oídos y le ayudó a centrarse—. Algunos de ustedes realizaron estupendos trabajos la última vez; otros tal vez necesiten practicar un poco más, pero lo importante es que todos han progresado de forma notoria y estoy segura de que para el fin de curso podremos armar una exposición muy interesante. Ahora, recuerden enfocarse en líneas limpias y fluidas; pasaré por sus lugares por si tienen alguna pregunta.

Ante un gesto suyo, Tara asintió y dio la espalda al salón, despojándose de la bata en el proceso.

Permaneció de pie sin mover un músculo, reprimiendo un escalofrío. Estaban en julio, por lo que el clima era bastante cálido, pero había amanecido nublado; le costó salir de la cama esa mañana y apenas mordisqueó una manzana camino a la escuela. Su casa se encontraba lejos de allí y debía tomar dos autobuses para llegar a tiempo. La seguridad de que su padre la esperaría con un plato caliente de algo delicioso le procuró cierto alivio y se aseguró de asentar bien los pies sobre la plataforma para mantener su postura.

Sentía los ojos de todos en el auditorio puestos en ella, pero era una sensación con la que ya estaba familiarizada e intentó que no le afectara. Sería un poco distinto cuando en las próximas clases debiera posar de frente, se recordó apretando los labios; eso siempre le había costado un poco más, pero en realidad no era tan malo, no cuando se hacía a la idea de que para quienes la veían no era más que un cuerpo y que no podían verla. No en realidad.

Excepto...

Se concentró para enfocar sus sensaciones en el lugar en que se encontraba el hombre que le llamara tanto la atención y fue capaz de percibir su mirada puesta en ella, lo mismo que las de los otros. Pero en su caso era distinto. Lo sintió al verlo y lo sentía incluso en ese momento en que le daba la espalda.

De alguna forma extraña, algo le dijo que él sí la veía. A ella, Tara. Por completo.

La clase transcurrió interrumpida tan solo por los paseos de Lisa y sus susurros al llegar ante alguno de los alumnos e intercambiar algunas palabras con ellos, fuera para alabarlos o corregir algo. Cuando sus dientes empezaron a castañear, el timbre sonó y exhaló un casi imperceptible suspiro de alivio.

Al fin.

Tomó su bata y se cubrió, arrebujándose pese a que el delgado tejido estaba lejos de ser abrigador. Como siempre, abandonó el auditorio sin mirar a nadie y una vez que se encontró en el pequeño cuarto en que dejara su ropa, se vistió lo más rápido que pudo. Había elegido unos jeans oscuros y una camiseta ceñida; pero se lamentó de no haber tomado su abrigo antes de dejar la casa en lugar del delgado cárdigan gris que recogió al vuelo del perchero al salir.

Necesitaba un café con desesperación, se dijo en tanto dejaba atrás el auditorio y atravesaba el vestíbulo de la escuela. No se había despedido de Lisa, pero no acostumbraba hacerlo ni la profesora pareció nunca resentirlo. Cuando mucho las unía una relación meramente comercial; ella hacía su trabajo y la otra le depositaba su paga sin falta; un trato perfecto para ambas. Además, aunque Tara era una chica de naturaleza amistosa y era sencillo simpatizar con ella, Lisa era más bien cortante y poco afecta a las muestras de amistad.

Descendió por las escaleras que conducían a la salida y su mano se deslizó por la balastrada

de mármol. Le fascinaba ese lugar. Era tan hermoso como elegante y más de una vez se había quedado dando vueltas por el campus para admirar la arquitectura; pero eso no sucedería ese día. Solo deseaba tomar algo caliente y volver a casa.

Estaba ya en la puerta cuando sintió una mano sobre su hombro y al girar se encontró con un rostro que no supo reconocer. Dio un paso hacia atrás para zafarse del agarre con un gesto un poco brusco y observó al hombre ante ella con el ceño fruncido.

—Perdona. Te grité, pero como no sabía tu nombre no pude llamarte, así que seguro no entendiste que iba contigo.

Tara no varió el semblante receloso al encontrarse con la mirada de ese hombre que acababa de dar una excusa tan pobre. Al esforzarse, comprendió que lo había visto antes, sí; hacía unos minutos, en realidad, recordó con desagrado. Era uno de los que asistían a la clase y que la observara con gesto lascivo durante la sesión. Odiaba a esa clase de tipos.

—Ya —respondió ella sin darle mucho lugar a charla— ¿Puedo ayudarte en algo?

En su experiencia, y desafortunadamente contaba con bastante, lo mejor en casos como aquel era mostrarse tan cortante como fuera posible. El hombre pareció resentir su tono y se ajustó la americana a la altura del pecho con un ademán incómodo. Era más bien bajo, o al menos para ella, que tenía una estatura muy por encima de la media, y sus cabellos claros enmarcaban un rostro anodino.

—Sí, no sé si me recuerdas; he estado en la clase de la profesora Vössler —señaló él, y continuó tras verla asentir con tirantez—. Me preguntaba si te gustaría ir a tomar algo.

Tara contuvo el impulso de poner los ojos en blanco y sacudió la cabeza de un lado a otro mucho antes de que terminara de hablar.

—No, lo siento; llevo prisa, pero gracias —respondió ella.

—¿Estás segura? Porque conozco un lugar...

—Dije que no. De verdad, pero te lo agradezco.

El hombre exhaló un suspiro y miró sobre su hombro, evidentemente decepcionado. Tara reparó en que la mayor parte de los estudiantes que asistían a los cursos libres del fin de semana empezaban a marcharse y que ella continuaba allí en un extremo del vestíbulo tan solo en compañía de ese tipo, lo que no era en absoluto una perspectiva agradable.

—¿Quizá otro día? —insistió él.

—No lo creo —negó ella sin vacilar—. Mira, tengo que irme.

Tara dio media vuelta para marcharse, pero volvió a sentir el contacto de la mano del hombre sobre su brazo y le dirigió una mirada ceñuda antes de sacudir el hombro para alejarlo.

—No me toques de nuevo o no respondo—advirtió ella en tono helado.

—Disculpa, pero es que te marchas así como así y yo solo quería charlar contigo...

—Pero yo no quiero y creo que eso hace toda la diferencia del mundo —espetó ella dando un paso hacia atrás—. Ahora, me voy a ir y más te vale no volver a tocarme. Y ya que estamos, más te vale no volver a hablarme tampoco o presentaré una queja.

El hombre resopló y le dirigió una mirada irritada; una sonrisilla se dibujó en sus labios delgados.

—Vayas ínfulas —exclamó él—. Te muestras muy digna considerando que acabas de enseñar hasta el alma en un salón atestado.

Tara ni siquiera se planteó responderle; había oído cosas peores y sabía que era una estupidez prestar atención a una provocación como aquella. De modo que, tras dirigirle una mirada de desprecio, giró nuevamente para marcharse, pero apenas había dado un paso cuando sintió que el

hombre tiraba de ella otra vez, ahora tomándola de la mano, y no se detuvo a pensarlo dos veces.

Le había dicho que no la tocara de nuevo ¿no? Bueno, luego no podría decir que no le habían avisado.

Logan se sintió un absoluto idiota al abandonar el salón nuevamente sin hablar con Lisa. No solo no la invitó a salir, tal y como se prometió que haría, sino que ni siquiera se despidió de forma apropiada. Igual que la última vez, cuando mucho le hizo un gesto de despedida antes de marcharse.

Quería pensar que estaba tenso por la clase del lunes en la academia y porque había pasado la última hora del todo concentrado en su trabajo sobre el papel. En el fondo, sin embargo, sabía que no era tan sencillo; había algo más; pero no estaba seguro de qué era.

Se estaba comportando de una forma extraña; era consciente de ello. Pero él era un poco extraño, en realidad, se recordó al dirigirse el vestíbulo, y una sesión de dibujo como la última tan solo acentuaba aquello. Para él, dibujar era como internarse en otro mundo, uno del que le costaba luego salir. Además, igual que la última vez, se había sentido tocado de una forma extraña al estudiar el cuerpo de la modelo e intentar plasmarlo en el papel.

Tal vez se debiera a la mirada que intercambiaran antes de iniciar la clase, supuso tras exhalar un suspiro. Una conexión muy curiosa se entabló entre ambos entonces y le costó quitarse de encima la sensación de que había algo allí que no terminaba de calzar del todo; como una pieza de rompecabezas mal puesta que necesitaba destrabar.

Una vez en el vestíbulo, compuso una expresión más sosegada y dirigió sus pasos a la salida, resignado a esa rareza a la que ya estaba acostumbrado, cuando reparó en que el motivo de todos esos quebraderos de cabeza se encontraba allí.

La joven modelo estaba de pie junto a las puertas abiertas, pero su rostro no mostraba ni un ápice de la calma que la había visto adquirir en tanto posaba. Ahora distinguió una sombra de malestar en sus rasgos y el brillo de sus pupilas, incluso a lo lejos, hablaba de que se sentía bastante enfadada.

No fue difícil para Logan hacerse una idea de a qué se debía eso último. Reconoció al hombre ante ella como el que le hiciera ese gesto de mal gusto la clase anterior y supuso que habría intentado hacerle algún tipo de proposición que la había ofendido.

Fue hacia ellos sin siquiera considerar qué tan bien recibida sería su presencia. Sus pies se movieron antes de que les ordenara que lo hicieran y se sorprendió al reparar en que tenía las manos hechas puños a los lados y que las ganas de usar el rostro de ese tipo como borrador contra el lienzo solo se habían incrementado. Sin embargo, apenas se encontraba a unos cuantos pasos de ellos cuando reparó en que él la tomaba por el brazo cuando ella hacía amago de marcharse y, antes de que atinara a hacer algo, la vio girar de golpe y asestarle un golpe en la barbilla que resonó en el vestíbulo.

El tiempo pareció detenerse de golpe entonces y vio caer al hombre a sus pies con una mano sobre su rostro tan emitir un aullido ahogado. Luego, todo se sucedió con cierta rapidez cuando el tiempo se reanudó nuevamente y Logan llegó ante ellos alternando la mirada de uno a otro.

La joven tenía la mano caída a un lado y observaba al hombre con ojos brillantes en tanto este la veía a su vez como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—Cuando una mujer dice que no, es no, ¿entiendes ahora? Y si vuelves a acercarte a mí, te rompo el brazo —espetó ella con voz cortante.

El hombre no respondió; parecía más interesado en masajear la zona golpeada y solo entonces

ella reparó en que no se hallaban a solas y, al encontrarse su mirada con la de Logan, lo observó con la boca abierta antes de exhalar un resoplido y marcharse con paso apurado.

Logan fue tras ella luego de dirigir al hombre una mirada de asco. En otras circunstancias, habría secundado la amenaza, pero dudaba de que hiciera falta; ella se lo había dejado muy claro y con seguridad no la necesitaba. Seguro que se pensaría cuando menos un par de veces antes de acercarse a una mujer que no pareciera interesada en él.

La alcanzó fuera del edificio, cuando atravesaba el jardín en dirección a la rampa que conducía a la berma central.

—¡Espera! —llamó él apurando el paso.

Ella no lo miró, por el contrario, caminó con mayor rapidez, pero Logan no tuvo problemas para ponerse a su altura.

—Espera un momento; no quiero molestarte —indicó él buscando su mirada— ¿Te encuentras bien?

La joven se detuvo de golpe y Logan hizo otro tanto, a punto de trastabillar luego de casi trotar para darle alcance. Ella tenía el rostro fijo en el pavimento, pero lo levantó al cabo de un par de segundos para fijar su mirada café en su rostro; reparó entonces en que sus labios temblaban y que respiraba con rapidez como si le costara contenerse de gritar.

—De acuerdo, pregunta estúpida; desde luego que no estás bien —dijo él, asintiendo y replanteándose volver para, después de todo, romperle el brazo a ese tipo, pero comprendió que tal vez sería más útil allí y continuó en tono amable—: ¿Puedo acompañarte hasta que te tranquilices? ¿Cómo está tu mano?

Ella pareció tentada a negarse, pero entonces llevó la mirada a su mano, que mantenía apretada a un lado y solo en aquel momento pareció reparar en que dolía porque flexionó los dedos con un gesto de enojo.

—No es nada; solo está agarrotada.

A Logan su voz le pareció preciosa; posiblemente la más bonita que había oído en su vida, aunque casi de inmediato se preguntó si acaso alguien iba por el mundo analizando la voz de las personas a las que conocía. Pero en el caso de ella, sin duda lo era. Con una claridad reconfortante y un timbre grave que le recordó a una canción de cuna.

Descartó la idea de inmediato, sin embargo, por considerarla ridícula y en absoluto apropiada, y se centró en lo que de verdad debía hacer.

—Necesitas ponerla en hielo o será peor —comentó él, dando una mirada alrededor—. Hay un café cruzando el campus. ¿Quieres ir allí? Podemos pedirles un poco de hielo y tomar algo.

Ella lo observó con sus enormes ojos y Logan mantuvo la expresión inalterable, rogando porque tuviera buen ojo y se diera cuenta de que no había ningún interés oculto en su oferta. Y era sincero. En ese momento, solo podía pensar en que deseaba ayudarlo.

Estuvo a punto de suspirar, aliviado, al verla asentir tras dudar un segundo y le hizo un gesto para que lo siguiera. En otras circunstancias tal vez la hubiera guiado tomándola del brazo, pero dudaba de que ella apreciara el gesto y él no sentía ningún deseo de recibir un derechazo.

Atravesaron el jardín sin decir una palabra y, cuando llegaron al café, que en ese momento se encontraba con pocos visitantes, pidió a una mesera la mesa más apartada y le susurró por lo bajo que iban a necesitar algo de hielo y una cubeta. La mujer se fue tras dirigirles una mirada curiosa, pero volvió poco después con lo que le pidió y se marchó nuevamente luego de que Logan ordenara un par de bebidas.

La joven sumergió la mano en la cubeta y emitió un leve gemido de alivio, cerrando los ojos al

sentir el frío entumeciendo sus músculos adoloridos.

—Aguanta todo lo que puedas —recomendó él.

Ella abrió los ojos y le dirigió una mirada entendida.

—Lo sé. No es la primera vez que pego un puñetazo —replicó ella.

Logan arqueó una ceja y exhibió una sonrisa ladeada.

—Pierde cuidado, eso es bastante obvio —señaló él—. Buen alcance, por cierto.

—Tengo brazos largos.

Logan cabeceó, tentado a señalar que eso también lo había notado; después de todo, había pasado las últimas horas intentando dibujarlos. Pero no dijo nada de aquello, sino que recibió el café que la mesera puso ante él una vez que estuvo de vuelta. Dejó el otro ante la joven y se marchó luego de que Logan hiciera un gesto para dar a entender que no necesitaban nada más.

—¿Mejor? —Preguntó él tras dar una cabezada para señalar su mano.

La joven asintió y usó la otra para llevarse la taza a los labios, bebiéndose cuando menos la mitad de un solo sorbo con expresión de satisfacción.

—Sí, gracias —dijo ella poco después—. Por todo; no hacía falta...

Logan la observó por encima de su taza antes de hablar nuevamente.

—Descuida —dijo él—. Soy Logan, por cierto. Logan Spencer.

Ella observó la mano que él mantuvo extendida entre ambos y, tras vacilar un instante, dejó el café y la estrechó con brusquedad antes de soltarla.

—Tara Duncan —indicó ella.

Tara.

Logan repitió el nombre un par de veces en su mente y lo saboreó en la punta de la lengua. Bonito, se dijo al mirar a la joven con ojo crítico. Un nombre sencillo pero fuerte, de esos que dejaban una huella indeleble. Muy apropiado para ella.

Él carraspeó antes de hablar nuevamente porque dudó de que su voz fuera a oírse con normalidad si no lo hacía antes.

—Bueno, Tara —su nombre surgió en un timbre sedoso de sus labios—; lamento que nos conociéramos en estas circunstancias. ¿Quieres presentar una queja a la escuela por lo que ocurrió hace un momento? Puedo servir de testigo si hace falta.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro antes de que terminara de hablar.

—No. Está bien así —negó ella—. Creo que le habrán quedado las cosas claras.

—Sí, seguro, pero aun así... —Logan frunció el ceño—. Él no debería seguir asistiendo a las clases ni tú tienes por qué tolerarlo cerca.

—En serio, está bien; no tienes que hacer nada ni hablar con nadie —insistió ella—. No quiero provocar un escándalo con esto. Necesito el trabajo.

Logan terminó lo que quedaba de su café y suspiró.

—Entiendo eso, pero...

Tara sacó su mano del cubo y la sostuvo ante ella procurando secarla con una servilleta.

—De verdad, déjalo; he estado en situaciones así antes, los tipos como ese son unos cobardes. No volverá a acercarse a mí luego de esto —aseguró ella.

Logan apretó los labios, pero se abstuvo de insistir aunque nada le hubiera gustado más. Todo en su interior se rebelaba ante la idea de dejarlo estar, como había dicho ella. Y odió con toda su alma tanto su expresión resignada como el tono apagado en su voz. Como si supiera de antemano que no había nada que hacer al respecto y prefiriera tan solo olvidarlo y seguir con su vida porque no creía que a nadie le importara lo suficiente como para hacer algo.



Bueno, a él le importaba, se dijo Logan en absoluto dispuesto a dejarlo pasar; sin embargo, no lo dijo entonces porque le pareció que Tara ya había tenido bastante de aquello ese día. Hizo una seña a la camarera para que les rellenara las tazas y la observó beber con curiosidad.

—¿Te gustaría comer algo? —sugirió él.

Ella negó con un gesto y terminó el segundo café de un trago.

—No, gracias; me esperan en casa —indicó—. En realidad, ya debería marcharme.

—Claro. Entiendo —Logan cabeceó— ¿Quieres que te acerque a algún lado?

Tara se puso de pie y vaciló un segundo antes de sacudir la cabeza; sus mechones de cabello castaño le acariciaron el rostro y Logan se preguntó cómo se sentirían bajo sus dedos.

—No, está bien —dijo ella, mirándolo con la sombra de una sonrisa—. Gracias de nuevo, ha sido muy amable de tu parte.

Logan se encogió de hombros.

—No ha sido nada.

Tara se mantuvo en pie todo un minuto sin abrir la boca antes de asentir y hacer un gesto de despedida con la mano sana, dirigiéndose a la salida. Al llegar allí, lo miró sobre su hombro y Logan le sonrió sin poder evitarlo. Le pareció muy joven viéndola allí de pie en el dintel de la puerta con una campanilla sobre su cabeza y la luz del sol refulgiendo sobre su rostro arrancándole destellos cobrizos a sus ojos.

Él desvió la mirada y se preguntó qué edad tendría; no le calculaba más de veinte o veintidós y se sintió extrañamente mayor con sus treinta y uno recién cumplidos pero sin rastros de la energía que ella emanaba.

Al mirar de nuevo en su dirección, advirtió que ella se había marchado ya y sacudió la cabeza de un lado a otro, un tanto apenado de que hubiera rechazado su oferta de llevarla a casa; le habría gustado saber un poco más acerca de ella.

Aunque tal vez le hiciera un favor, se dijo poco después al abandonar también el café y dirigirse al estacionamiento. ¿Qué sentido hubiera tenido, después de todo? Era solo una chica con un trabajo cuando menos peculiar con la que, supuso, no debía de tener mucho en común.

Y pese a ello, reconoció de mala gana cuando ya se encontró en casa y se enfrascó en preparar la charla que daría el lunes en la academia, no conseguía quitársela de la cabeza.

Logan esperó a la mañana siguiente para llamar a Lisa y ponerla al corriente de lo ocurrido el día anterior al finalizar su clase. A pesar de lo que Tara había dicho y aunque sabía que lo correcto era respetar sus deseos, le pareció imposible no decir una palabra al respecto de lo que había ocurrido; no era justo y sentía que de alguna forma era su deber hacer algo. El camino fácil era buscar a ese tipo, amedrentarlo y asegurarse de que no volviera por la escuela; se sentía totalmente capaz de hacerlo, y estaba seguro de que sin duda le haría sentir mejor, pero él no acostumbraba tomar el camino fácil, nunca lo hacía. Y no se trataba tan solo de buscar algo que le diera satisfacción, se trataba de Tara.

—Y dices que Tara le rompió la nariz.

La voz de Lisa se oyó incrédula al otro lado de la línea y Logan se dijo que no era extraño que así fuera. Sin duda debió de sorprenderla recibir una llamada suya en domingo; quizá considerara incluso que había decidido usar la tarjeta que ella le diera en su primera clase para llamarle y hablar de algo más agradable que ponerla en antecedentes de un incidente como aquel.

—Bueno, no tanto así. Dudo de que le rompiera algo, y no que no lo mereciera —se apresuró a corregir Logan al cabo de un segundo.

Lisa suspiró y Logan pudo imaginarla intentando ordenar sus pensamientos.

—Bien por ella —dijo al fin la voz al otro lado del teléfono—. ¿Cómo dices que se llama ese hombre?

—No tengo idea, pero lo he visto en alguna galería de Camden. No es muy alto, cabello rubio...

—Ya. Peter Graham. Lo conozco y Tara hizo bien en pegarle; es un cerdo.

Logan se hallaba en el primer piso de su casa, en el salón donde acostumbraba trabajar y buscó un papel para garabatear el nombre casi sin darse cuenta de lo que hacía. Solo por si acaso. Cuando advirtió que Lisa no decía más, sujetó el teléfono con mayor fuerza.

—De acuerdo —dijo él con tono expectante— ¿Y qué pasa ahora?

—¿Qué pasa con qué?

—Con todo esto. No seguirá en tu clase ¿verdad?

El silencio se hizo al otro lado de la línea y Logan apretó los labios.

—Logan...

Cuando Lisa por fin habló, lo hizo usando una entonación hastiada que le dijo claramente lo que pensaba hacer. Nada.

—Lisa, ese hombre no puede seguir allí; no es justo que Tara tenga que soportarlo —procuró que su enojo no fuera demasiado evidente en su voz, pero dudaba de haberlo conseguido.

—Mira, Tara sabe cómo son estas cosas. Te aseguro que él no será el primer idiota que la trata de esa forma, y no digo que esté bien, me molesta tanto como a ti, ¿pero qué puedo hacer? Soy solo una maestra y la escuela no lo expulsará. Cuando mucho le llamará la atención y la única perjudicada será ella. Y Tara lo sabe, por eso no quiere hacerse problemas. Te recomiendo que tampoco lo hagas tú.

Fue el turno de Logan para callar, y no que no tuviera nada que decir; las palabras se le amontonaban en la garganta, pero logró contener su irritación, consciente de aunque la conducta de Lisa era decepcionante, no era ella la principal responsable de todo ese asunto. Aun así, le costó usar un tono medianamente civilizado al responder.

—Lo siento, pero eso no es aceptable —dijo él.

—Escucha, Logan, entiendo de qué se trata —él frunció el ceño al oírla ¿cómo iba a saberlo ella si él no tenía idea de por qué le afectaba todo aquello tanto? Pero no tuvo tiempo de decir nada porque Lisa continuó en tono suave—. Eres policía y tienes un sentido del deber más desarrollado que la media; no te gustan las injusticias, y eso está muy bien, pero el mundo no funciona así. Cuando el curso termine, Tara no verá más a este hombre y eso será todo. No hay necesidad de exagerar este asunto.

Logan exhaló el aliento contenido; no sabía si por el alivio de que ella hubiera llegado a esa conclusión, que lo salvaba de explicar algo que no tenía cómo siquiera empezar a comprender, o porque hablara con tal frialdad.

—¿Exagerar? —repitió él.

—Logan...

—Está bien, Lisa, entiendo que se te escapa de las manos, pero eso no altera el hecho de que está mal y que deberías de tener una postura más firme en casos como este. Tara no merece...

Un bufido exasperado cortó sus palabras.

—¡Deja a Tara en paz! —El tono de Lisa adquirió un matiz helado—. Ella ha actuado con mucha más sensatez que tú. No puedo creer que me llamas para esto, pensé...

—Mira, olvídale. Te veré en la clase el sábado.

Logan cortó abruptamente, más molesto de lo que creyó que sería posible. Tendría que disculparse por eso luego, supuso en medio de la maraña de pensamientos furiosos en que se había convertido su mente.

Y no era eso lo único que tenía que hacer, resolvió al subir a su habitación para vestirse. Había pensado quedarse en casa durante todo el día para preparar su exposición del día siguiente en la academia, pero se conocía bien y sabía que no iba a lograr concentrarse. Buscó ropa de deporte y salió a correr por un parque cercano para disipar su mente.

Su casa estaba situada en las inmediaciones de la región norte de Baltimore, en Roland Park; quizá la zona residencial más exclusiva de la ciudad a excepción de Mount Vernon, que era donde vivía su madre. Cuando se mudó tuvo cuidado de poner cierta distancia entre ambos, pero no demasiada como para que fuera difícil desplazarse hasta su casa si lo necesitaba para algo. Como hijo único y más allá de sus diferencias, se sentía responsable por ella y procuraba visitarla cuando menos una vez por semana.

Lo que le recordó que le había prometido pasar a cenar con ella esa noche, rumió luego de dar una mirada a su reloj. Llevaba un par de horas trotando y estaba lejos de sentirse más tranquilo que cuando dejó su casa; pero no podía darse el lujo de seguir así durante todo el día.

Redirigió sus pasos para regresar, determinado a ponerse con la odiosa charla aunque tuviera que enterrar los codos en el escritorio hasta que la tuviera lista y luego iría a ver a su madre.

Era un buen plan, intentó convencerse luego de tomar una ducha rápida y de preparar un almuerzo consistente en un par de emparedados de atún. Sin embargo, en tanto intentaba concentrarse en su trabajo, se le aparecían cada tanto un par de ojos cafés que solo conseguían recordarle que en el fondo estaba mucho menos concentrado de lo que le gustaría y que, le agradara o no reconocerlo, estaba también muy lejos de hallarse tranquilo. Y posiblemente no volviera a estarlo hasta que viera a Tara de nuevo.

## CAPÍTULO 3

La llegada de Tara a clases coincidió con la de la mayor parte de su grupo del último año de la Academia de policía de Baltimore. Eran veinte entre hombres y mujeres, pero si bien sus instructores se afanaban mucho en inculcarles la importancia de la puntualidad, era habitual que cuando menos tres o cuatro de ellos llegaran siempre tarde.

Dudaba de que esos fueran a graduarse, concluyó ella sin rastros de malicia al dar una mirada a las filas formadas fuera del salón en que recibirían el seminario organizado por el director de la academia. No había lugar para la desobediencia en una institución como aquella; la exigencia era enorme y muy pocos conseguían terminar la carrera con la puntuación suficiente como para pasar a formar parte oficial de la policía.

Y esa una de las razones por las que se había sentido tan orgullosa cuando consiguió entrar y logró mantenerse en un buen puesto en el cuadro de honor. No era la primera, pero estaba entre el tercio superior y confiaba en que, entre el puntaje sumado en los últimos tres años y el que esperaba obtener en los exámenes que daría en un par de meses, lograra asegurarse una buena asignación.

Tal vez la enviaran al precinto en que sirvió su padre, consideró sin estar segura de si la idea le gustaba o no. El señor Duncan había hecho una carrera impecable antes de ser herido en una intervención de rutina y su nombre estaba muy bien considerado en la institución, pero a Tara no le seducía la idea de hacer una carrera a su sombra.

—¿Ya empezó?

Tara parpadeó y miró tras su hombro para encontrarse con el rostro curioso de una de sus personas favoritas en el mundo. Max Joyce era su amigo desde que entraron al parvulario y no se habían separado desde entonces; cursaron juntos la escuela, batallaron con la adolescencia lado a lado en el instituto y, cuando Tara declaró que postularía a la academia de policía una vez que comprendió que sus sueños de estudiar medicina tendrían que quedarse así, como sueños, Max no dudó en unirse a ella.

A diferencia de Tara, Max no provenía de una familia con tradición en la fuerza, la suya era dueña de un restaurante de comida rápida en el barrio en que ambos habían crecido, pero él siempre había dicho que no estaba interesado en seguir la tradición familiar; tenía dos hermanos mayores deseosos de hacerlo. Y la policía le pareció un destino tan bueno como cualquier otro.

En ese momento, sus pobladas cejas oscuras se unieron en un rictus de extrañeza ante la falta de respuesta de su amiga y Tara comprendió que no había respondido a su pregunta.

—Nada aun —dijo ella al fin y señaló al resto de la fila con una cabezada—. Supongo que entraremos en cualquier momento.

Max asintió y se metió las manos en los pantalones. Llevaba el mismo atuendo que Tara, el uniforme que usaban en la academia: pantalones oscuros y una sudadera de algodón gris sobre una camiseta blanca. Estaba lejos de ser asentador, pero era práctico y lo que se acostumbraba usar entre clases a menos que les ordenaran cambiarlo por el uniforme de reglamento para ocasiones especiales.

Y con seguridad, una clase de ética dada por un ex alumno, por bien que le fuera, no calificaba como tal. Así que el chándal de policía estaba bien, supuso Tara tirando de la sudadera para bajar la manga que se le había subido hasta el antebrazo. El movimiento le provocó una molestia en la mano, pero la ignoró.

El golpe dado al hombre en la escuela le había dejado los nudillos inflamados y una sensación desagradable en la muñeca, pero eso era todo; con seguridad en unos días estaría como nueva. Pudo ser peor, reconoció de mala gana para sí; si no hubiera recibido la ayuda de Logan posiblemente ni siquiera se habría molestado en poner la mano en hielo hasta llegar a casa.

—¿Qué te pasó en la mano?

Tara parpadeó nuevamente y se reprendió por evadirse de esa forma. Desafortunadamente, era algo que había hecho con frecuencia en los últimos días: maldecir al hombre de la escuela por llevarla a pasar por un momento tan desagradable y que su mano aun le molestara, y pensar en Logan. En particular lo segundo.

—No es nada; me golpeé por accidente.

Tara respondió en tono evasivo; por mucho que quisiera a Max, nunca se había atrevido a contarle en qué consistía exactamente su trabajo de fin de semana. Él, lo mismo que su padre, creía que servía como modelo de retratos para artistas aficionados. Y esperaba que siguiera así.

—¿De qué crees que hable este tipo? —Preguntó ella para alejar la charla de un tema tan espinoso—. Es un agente en actividad ¿no?

Su amigo cabeceó y no pareció que encontrara nada extraño en el cambio de tema; estaba acostumbrado a las salidas un tanto bruscas de Tara.

—Eso oí. Es detective en el precinto de Parkville, creo —respondió él—. Y no tengo idea de qué dirá. Tal vez solo quiera hablar de su experiencia y de cómo le va en el cuerpo, motivarnos de alguna forma. Ya sabes cómo es Bowie; quiere recordarnos la suerte que tenemos de estar cerca de graduarnos y que nos espera una gran responsabilidad. Es propio de él traer a alguien que nos sirva de ejemplo.

Tara asintió e hizo una mueca divertida. Bowie era el sargento que lideraba su clase; un tipo de apariencia dura que en el fondo era más blando que un conejo de felpa y que acostumbraba darles sermones acerca de lo que se esperaba de ellos una vez que terminaran su entrenamiento. A Tara le caía bien y, aunque a veces era demasiado aleccionador para su gusto, sabía que lo hacía con buena intención. Él siempre era amable con ella porque conocía a su padre y era habitual que se mostrara interesado por cómo le iban las cosas y le enviara saludos.

—Bueno, pues no está haciendo un buen trabajo —ella señaló su reloj de pulsera con un rictus de enojo—. Llega tarde.

—Aun faltan cinco minutos.

Max se irguió cuan alto era, apenas un par de centímetros más que Tara, y atisbó en lo más alejado de la fila, a las puertas del aula, y entrecerró los ojos antes de volver su atención a su amiga.

—En realidad, creo que ya está allí; me pareció ver a alguien hablando con Bowie —comentó él—. Hay un poco de alboroto allí.

—¿Qué clase de alboroto?

—No sé. Un par de chicas le están respirando encima, creo.

Tara frunció el ceño e intentó mirar también, pero tenía a uno de sus compañeros más altos y corpulentos delante y no pudo distinguir nada.

—¿Y por qué iban a hacer eso? Ni que fuera un *Beatle* —masculló entre dientes.

—Espera. Creo que ya están entrando. Si nos separamos, guárdame un lugar.

Tara asintió y se puso en movimiento en cuanto la fila empezó a avanzar. El aula estaba en penumbras, pero las luces se encendieron tan pronto como entraron y se apresuró a buscar un asiento cerca del estrado para no perderse de nada. Halló un par de sillas vacías en medio de la

cuarta fila y ocupó una con rapidez, poniendo una mano sobre la que estaba a su lado hasta que Max se reunió con ella.

Se apartó un mechón de cabello de la frente y lo acomodó tras la oreja. Acostumbraba sujetar su cabello en una coleta apretada, pero como lo llevaba corto, siempre se le desordenaba a la primera oportunidad. Nunca se maquillaba en la escuela pese a que no estaba prohibido; tenía compañeras que lo hacían y que por obra de magia siempre parecían perfectamente compuestas incluso en clases de defensa personal, pero a ella le resultaba imposible. Lo había intentado en las primeras clases, pero terminó por lavarse la cara en el baño, refunfuñando al ver su rostro como el de un mapache.

—Está allí. Mira.

Tara siguió el dedo con el que Max señalaba al estrado y distinguió la figura del sargento Bowie. El oficial no solo le recordaba a un conejo de felpa por su carácter bonachón, también parecía uno en el exterior. Era tan alto y corpulento como un armario; tenía unos brazos cortos y regordetes que oscilaban a los lados cuando caminaba y sus mejillas rubicundas siempre parecían prestas a inflarse por una sonrisa. En ese momento, sin embargo, tenía el ceño levemente fruncido y hablaba con un hombre que daba la espalda a Tara con unos cortos susurros que ella no pudo descifrar, así que centró su atención en analizar a quien, supuso, sería el agente al que habían invitado.

Era tan solo un poco más bajo que Bowie; calculó que, a ella, al menos, debía de sacarle unos cuantos centímetros, lo que no era poca cosa. Con su metro setenta y cinco, Tara estaba entre las más altas de su curso y aunque era algo que le había acomplexado un poco en la escuela, hacía mucho que había aprendido a apreciar las ventajas de ser más alta que la media.

El agente vestía pantalones oscuros y una chaqueta de pana gris con coderas que le arrancó una sonrisa porque le hizo pensar en uno de esos maestros que se veían en las películas. Los presumidos.

Su mirada se vio atraída por el cabello oscuro levemente ensortijado que cubría su nuca y advirtió también que tenía hombros anchos bajo la chaqueta y que parecía un poco tenso por la forma en que sus manos caían inertes a los lados.

—¿Qué tanto hablan? —susurró Max a su lado.

—No lo sé.

—Tengo hambre.

Tara puso los ojos en blanco y le dirigió una mirada de reproche.

—Siempre tienes hambre —replicó ella entre dientes—. Acabamos de llegar y si te conozco de algo debes de haber arrasado con todo lo que tu madre puso para el desayuno.

Su amigo no respondió, lo que le dijo que estaba en lo cierto, y apartó su mirada de su rostro ofendido para volver su atención al estrado en el momento en que el sargento asentía con gesto cortés y se dirigía con paso lento al micrófono ubicado en el estrado.

—Buenos días —el hombre dio unos golpecitos al micrófono y el eco reverberó en el espacio arrancando unos cuantos gestos de malestar—. Lo siento. Se me oye ¿no?

Hubo un par de asentimientos y el sargento se vio aliviado.

—Bueno, ya saben por qué estamos aquí y no quiero dar muchos rodeos. No es un secreto que me gusta remarcar cuán importante es la labor que realizarán la mayor parte de ustedes una vez que dejen la escuela —empezó él con esa voz cavernosa que contrastaba un poco con su exterior afable—. Los policías estamos para servir a nuestros conciudadanos; esa es la más importante de nuestras labores. Servimos y protegemos. Nunca lo repetiré lo suficiente. Sin embargo, a veces,

nos encontramos en situaciones en que es difícil discernir entre lo que está bien y lo que el reglamento dice. Es natural, no somos robots —señaló él extendiendo un dedo ante la audiencia—. Para ello está el criterio, lo que nos permite interpretar lo que nos han enseñado, desde luego, pero también hay algo a lo cual debemos todos aferrarnos como a un clavo ardiendo. Ética.

El sargento dejó que la palabra hiciera eco entre sus oyentes y asintió complacido cuando varios de ellos cabecearon para mostrarse de acuerdo.

—Exacto. No digo que sea fácil, pero si nos ceñimos a las enseñanzas que recibimos en la escuela, usamos nuestro propio criterio y ponemos a la ética como nuestro norte, estoy convencido de que todos ustedes serán estupendos policías —indicó él con su voz de trueno—. Como lo es el que tenemos aquí hoy. El agente Spencer fue uno de mis mejores estudiantes y ha ascendido en el departamento año a año hasta ocupar un cargo importante en el precinto de Parkville; pero sobre todo, es alguien de quien podrán aprender mucho acerca de la importancia de un correcto uso del reglamento y la ética en sus procedimientos. Estamos muy agradecidos de que viniera a hablar con nosotros hoy. Los dejo con él y si tienen alguna pregunta apreciaré que las dejen para el final.

El hombre al lado del sargento se dirigió al estrado; hasta entonces se había mantenido de perfil oyendo la presentación con semblante inescrutable. Si le habían halagado las alabanzas de Bowie o si por el contrario, las encontró molestas, no había forma de decirlo. Incluso cuando se puso ante el micrófono y carraspeó suavemente antes de desplegar unos papeles ante él, su rostro permaneció impasible; cuando mucho cabeceó en señal de saludo y los cristales de sus gafas relampaguearon cuando las acomodó con el índice para fijarlas sobre el puente de la nariz.

A Tara le habría gustado decir que fue ese el momento en que lo reconoció; pero habría estado mintiendo. Lo hizo mucho antes. Tan pronto como el sargento Bowie se apartó de él para dirigirse al estrado y su atención se mantuvo en su acompañante.

Cuando Logan se puso de perfil para atender a sus palabras, el tiempo pareció detenerse para ella y solo fue capaz de mirarlo con la boca abierta, tan sorprendida que sintió como si alguien acabara de quitar la silla en la que se encontraba sentada y hubiera terminado sobre el suelo de golpe.

Él.

Devoró su rostro sin parpadear, preguntándose si no se trataría de un sueño. Pero entonces las palabras de Bowie empezaron a colarse en su mente y reconoció su apellido. No pudo creerlo. ¿Cómo era posible? ¿Por qué? Si existía realmente alguien que controlara el universo, una idea con la que se debatía de cuando en cuando, dividida entre su naturaleza escéptica y las enseñanzas de sus padres, debía de estarla pasando en grande a su costa.

Logan no dio la impresión de haberla visto; debía de ser difícil distinguir a los asistentes a la charla desde allí, se dijo no sin cierto alivio cuando lo vio ocupar el lugar de Bowie y cabecear para agradecer los aplausos de sus compañeros. Al mirar a su lado, reparó en que Max daba un par de palmadas, pero ella se vio imposibilitada de moverse.

—Buenos días.

Su voz... esa voz que había usado para dirigirse a ella luego del incidente en la escuela, la misma que le pareció encantadora cuando la oyó por primera vez con ese acento cuidado que le debilitó las rodillas y le provocó un estremecimiento en el pecho. Tan ajena y familiar a la vez.

—Gracias, sargento Bowie —Logan cabeceó en señal de reconocimiento al oficial—. Es obvio que usted recuerda mis años aquí con mucha más indulgencia que yo. Estoy seguro de que no pensaba igual cuando tenía que soportar mis preguntas.

Sus palabras arrancaron unas cuantas risas y Logan esbozó una pequeña sonrisa que, Tara

habría podido jurarlo, provocó los suspiros de varias de sus compañeras sentadas en la fila de adelante.

—El sargento tiene razón en algo, sin embargo, y eso es que no les espera una labor sencilla una vez que dejen la escuela —Logan enserió nuevamente el semblante al dirigirse al auditorio—. La labor de la policía muchas veces es incomprensible; la paga es regular en el mejor de los casos y muchas veces nuestra mayor compensación es regresar a casa por las noches sanos y salvos para volver a jugarlos la vida al día siguiente.

—Qué optimista.

Tara ignoró el murmullo de Max y mantuvo la mirada fija en el rostro de Logan, que no pareció alterado por la forma en que fueron recibidas sus primeras palabras.

—Y a pesar de lo poco tentador que suena dicho así, no conozco a un solo policía que no haga todo aquello con gusto y que no se sienta orgulloso de la labor que desempeña —continuó él en tono sereno—. De eso se trata ser policía. Es vocación. Compromiso. Y un valor que no se me ocurriría intentar explicar.

El sargento Bowie asintió, satisfecho, y dirigió una mirada a sus alumnos como si quisiera remarcar que estaba plenamente de acuerdo con eso último.

—Y para poder realizar nuestra labor de la mejor forma, es importante que sigamos un criterio inflexible; no se trata tan solo de obedecer el reglamento, como señaló su sargento, aunque espero que todos ustedes lo tengan aprendido de cabo a rabo —Logan siguió luego de dar una rápida mirada a sus apuntes—. Se trata también de usar las enseñanzas que han recibido aquí y la reserva moral que hayan logrado acumular durante sus vidas. Su honestidad. La ética que les permita analizar cada una de las situaciones en que deberán elegir entre lo sencillo y lo correcto, e incluso entre lo que parece correcto y lo que pueda provocar un perjuicio mayor para el ciudadano. El bienestar de la gente estará en sus manos; serán los llamados a custodiar su tranquilidad y, muchas veces, sus vidas. No es una labor sencilla y hace falta un temple muy especial para no abandonar. Confío en que todos ustedes lo posean y sean capaces de sentirse satisfechos con la carrera que han elegido para sus vidas.

Logan calló para beber un sorbo de agua; el auditorio seguía sus movimientos y sus palabras como si se encontraran hipnotizados. Tara, al menos, se sentía así. No podía despegar la mirada de su rostro y él debió de notarlo; algo debió de decirle que había alguien en algún lado que lo veía de una forma distinta a los demás, como le había ocurrido a ella cuando, mientras posaba, había sido capaz de distinguir sus ojos puestos en ella por encima de los otros.

En un momento, sus ojos se encontraron y ella fue capaz de advertir exactamente el segundo en que la reconoció. Vio sus ojos abrirse con cierta sorpresa y que aspiró con fuerza al toparse con su mirada. Fue cosa de un instante, dudaba de que alguien más lo hubiera notado, pero ella lo hizo y le costó deshacerse de la sensación que la envolvió cuando él se repuso del asombro y desvió la mirada para dirigirse nuevamente al auditorio.

—La ética ha ocupado un lugar importante en mi vida desde que puedo recordarlo —él retomó la charla en un tono un octavo más grave, aunque quizá solo Tara se hubiera dado cuenta de ello; sus ojos rehuían el lugar en que ella se encontraba—. Pero en lugar de dar ejemplos que tengan que ver conmigo, me gustaría que fueran ustedes quienes me los proporcionaran. Háblenme de situaciones en las que imaginen que les resultaría difícil elegir la solución más apegada a lo que han aprendido; momentos en que se han visto o imaginen verse sin saber qué hacer si se vieran divididos entre lo que les han enseñado y lo que creen que es correcto.

Logan aguardó en silencio a que alguien se animara a decir algo y al darse cuenta de que no



sería así, sonrió a medias como si fuera algo que hubiera esperado y señaló a un joven sentado en la segunda fila y que lo veía a su vez con expresión concentrada.

—Empezaré yo; y el señor...

—Morris, señor —el joven se presentó con voz aflautada pero en tono firme.

—Muy bien, señor Morris; me ayudará con esto —Logan asintió—. Digamos que ha recibido un aviso de un hombre sospechoso rondando un vecindario. Responde a la llamada y se presenta en el lugar; deja su patrulla y ubica al sospechoso, pero al darle el alto, él lo ignora y echa a correr. ¿Qué haría?

El joven respondió sin vacilar.

—Doy aviso y voy tras él, señor.

—¿Y luego?

—Lo alcanzo, señor; tengo el record de cien metros con obstáculos en la academia.

Varios de sus compañeros sonrieron y asintieron, divertidos por el tono orgulloso en su voz, y Logan esbozó una sonrisa de aprobación.

—Estupendo —dijo él—. Entonces digamos que no tarda mucho en alcanzarlo y lo acorrala en un callejón. ¿Qué haría entonces?

—Le doy orden de detenerse, señor.

—¿Y si no lo hace?

—Saco mi arma de reglamento y repito la orden, señor —indicó él tras dudar un segundo.

—¿No la ha sacado aun?

El joven frunció el ceño. Tara seguía el intercambio fascinada, al igual que el resto del auditorio; aunque aun resentía el hecho de que Logan hiciera todo lo posible por no mirarla, no hubiera sido humana de no encontrarse totalmente absorbida por la escena.

—No, señor; según el reglamento, lo correcto es dar el alto sin desenfundar —respondió él un poco indeciso.

—De acuerdo. Bueno, la ha sacado ahora y el sospechoso continúa sin responder. ¿Qué hace? —insistió Logan.

—Doy nuevamente la orden, señor.

—¿Y si él le ignora de nuevo?

El joven dudó otra vez.

—Intentaría ir por él, señor; reducirlo —declaró él.

—¿Y si le parece que él tiene un arma también?

—Entonces disparo, señor.

Logan cabeceó y apoyó las palmas de las manos sobre el estrado con semblante pensativo.

—¿Y si está asustado? —Sugirió él entonces.

—¿Quién? ¿Yo? —el joven se señaló con semblante un tanto ofendido.

Logan sonrió.

—No. No usted. El sospechoso —aclaró él—. ¿Qué ocurre si tiene miedo? Tal vez sea muy joven.

—Bueno, eso yo no tengo cómo saberlo.

—Pero es una posibilidad —continuó Logan en tono amable para descartar que lo estuviera culpando de algo—. Como lo es también que tan solo pasara por allí y que alguien lo señalara porque no le gustaba cómo vestía o la forma en que hablaba. Y que al verlo llegar a usted entrara en pánico y huyera por temor a ser culpado de algo que no hizo.

—Pero acaba de decir que tenía un arma...

—No lo he afirmado, solo lo sugerí —aclaró Logan sin parpadear—. Tal vez se llevó la mano al bolsillo para buscar su identificación.

—¿Y cómo iba a saber eso yo?

Logan asintió.

—Ese es el punto. No lo sabe —indicó él—. No hay una respuesta correcta en este caso, señor Morris. No la tengo yo y tampoco la tiene nadie más aquí —Logan señaló al auditorio con una cabezada y sus ojos se encontraron un segundo con los de Tara antes de que los apartara para fijarlos una vez más en el joven—. Si dispara siguiendo el procedimiento, es posible que asesine a un inocente; pero si se trata de un criminal y duda, entonces será usted quien termine muerto. Y esta será tan solo una de las muchas ocasiones en que dependerán totalmente de su juicio y, lamento decirlo, también de la suerte.

Logan dejó que sus palabras calaran en el auditorio y se dirigió entonces a Morris con expresión amable.

—Ha seguido el procedimiento de forma impecable, señor Morris —señaló él—. Para su tranquilidad, el sospechoso no tenía un arma y usted hizo lo correcto al intentar reducirlo antes de disparar. Es posible que salvara la vida de un inocente y la suya también usando su buen criterio.

El joven volvió a su lugar con expresión un tanto desconcertada y Tara no pudo culparlo; había sido una jugada engañosa. Logan lo llevó al límite poniéndolo a prueba y, aun cuando dejara en claro que había salido airoso de la situación, era imposible no plantearse todos los otros posibles escenarios en que podría haber terminado aquello. Algo le dijo, sin embargo, que eso era exactamente lo que Logan buscaba.

—Muy bien. No ha estado mal para comenzar ¿no? —Comentó él al cabo de un momento dando una nueva mirada a las primeras filas—. Ahora me gustaría que sean ustedes los que plantearan distintas situaciones en que podamos decidir entre todos lo que deberíamos hacer. ¿Alguien?

Esta vez, varias manos se elevaron en el aire y Logan esbozó una sonrisa satisfecha. Señaló a una chica que apenas conseguía controlar su impaciencia al extender el brazo tanto como lo permitía su altura y Tara aguardó impaciente, lo mismo que los otros. De improviso y de forma totalmente inesperada, aquella reunión había cobrado una importancia sorprendente.

En su caso, sin embargo, y a diferencia de lo que ocurría con sus compañeros, no se trataba tan solo de una oportunidad para poner a prueba su educación. Había mucho más, se dijo al mirar a Logan con el corazón latiendo en un compás irregular. Un abismo al que ni siquiera se atrevía a asomarse.

—Qué tipo tan raro.

Tara ignoró el comentario de Max y procuró apresurar el paso para dejar atrás al grupo que salía en tropel del auditorio y que hablaba a voces con distintas expresiones que iban del entusiasmo al desconcierto. No era para menos, supuso ella; Logan había pasado la última hora haciendo tambalear todo lo que hasta entonces habían tenido por seguro, desafiando sus conocimientos y sentido común como si estuviera ante un juego de ajedrez. Había sido agotador.

Ella no se atrevió a alzar la mano aunque podía pensar en decenas de situaciones en que le hubiera gustado poner a prueba su criterio. Estaba segura de que Logan lo hubiera pasado genial haciéndola dudar y ella no podía pensar en nada más divertido que desafiarlo. Sin embargo, sabía que tratándose de ellos hubiera sido un juego peligroso que no se atrevía a buscar en presencia de todos sus compañeros y su superior en la escuela.

Había optado por permanecer en silencio y seguir la clase en silencio; por suerte, Max tampoco dijo nada, lo que mantuvo el interés de Logan alejado de donde ella se encontraba. Cuando la clase terminó, salió tan rápido como le dieron los pies, pero no lo suficiente como para que su mirada y la de Logan no se encontraran nuevamente una vez que él se despidió entre aplausos y se reunió para hablar con el sargento Bowie.

Quería escapar. Era raro, pero era lo único en lo que pudo pensar en tanto fingía prestar atención a las palabras de Max, quien parecía que todavía no conseguía hacerse una idea de qué le había parecido la clase.

—No digo que estuviera mal, ha sido muy interesante, pero me pareció como si en lugar de alentarnos, como quería Bowie, solo nos hubiera dejado preguntándonos si no deberíamos cambiar de carrera todavía que podemos.

Tara esbozó una suave sonrisa al oír a su amigo. De nuevo, habría apostado sus escasas posesiones a que eso era también lo que Logan buscaba. Tal vez Max tuviera razón y fuera un tipo muy raro, reconoció con el ceño fruncido al considerarlo.

—¿Tienes clases con Beckley ahora?

Tara sacudió la cabeza al oír la pregunta referida a las que eran una de sus lecciones favoritas. Destacaba en tiro y mucho del puntaje que había acumulado ese semestre se lo debía a esa disciplina.

—No. Mañana —negó ella— ¿Tú sí?

—La próxima hora —indicó él no muy animado; Max tenía algunos problemas con su puntería — ¿Quieres venir? Beckley te adora; te dejaría mirar.

Tara ladeó el rostro y suspiró. En circunstancias normales habría aceptado sin vacilar aunque no le hiciera gracia reconocer que el instructor Beckley, un hombre que podía ser su abuelo y que la trataba con una indulgencia casi graciosa, siempre había mostrado cierta preferencia por ella, encantado con su habilidad.

—No lo creo. Tengo una hora libre y quiero repasar la clase de esta tarde; no he tenido mucho tiempo para estudiar estos días y no quiero dejarlo para cuando tengamos los exámenes encima. Quizá la próxima.

Max se encogió de hombros sin que pareciera ofendido por el rechazo y apoyó una mano sobre su hombro con semblante preocupado.

—¿Estás bien? —Preguntó él—. Te veo un poco rara.

Tara contempló sus ojos azules de un claro casi cegador y sonrió con una dulzura reservada solo para las personas a quienes realmente estimaba.

—No es nada. Solo estoy un poco cansada —dijo ella.

—De acuerdo —él no pareció creerle del todo pero ambos sabían que no insistiría allí—. Ya sabes que cualquier cosa...

Tara asintió y apretó su mano antes de dejarla caer.

—Te avisaré. Ve a clase ahora o Beckley te reñirá.

Max suspiró y se despidió con una sonrisa antes de perderse por el corredor que conducía a la salida del edificio. El área de tiro se encontraba al otro lado del campus, apartada del resto de las instalaciones por una gran muralla.

Cuando su amigo desapareció, Tara dejó de forzarse a sonreír y exhaló el aire que había estado conteniendo hasta entonces. Oyó las voces de algunos de sus compañeros rezagados tras ella y supuso que estarían a punto de ir a sus respectivas clases; al menos los que, a diferencia de ella, no tenían la siguiente hora libre. Los otros, seguro irían a estudiar en los jardines o formarían

corros en los corredores, una práctica habitual aunque estaba prohibida.

Tara no tenía ganas de hablar con nadie ni de verse rodeada por grupos ruidosos, así que se dirigió a la biblioteca, que era un lugar tranquilo en el que siempre se sentía a gusto y donde sabía que nadie la molestaría. Sin embargo, acababa de dar un rodeo en el corredor, dejando al grueso del grupo tras ella, cuando distinguió un par de figuras al otro extremo del pasillo y no pudo hacer nada que no fuera quedarse estática en su lugar, mirando de uno a otro con expresión consternada. Ellos, que notaron su llegada de inmediato, la observaron con distintas expresiones de curiosidad.

El sargento Bowie arqueó las cejas y le hizo un gesto para que se acercara en tanto que Logan, que parecía hablar con él con lo que le pareció una soltura que no le había visto hasta entonces, enserió el semblante y le dirigió una mirada impenetrable.

—Duncan, venga aquí un momento —el hombre mayor la alentó una vez más con una de sus grandes manos y a ella no le quedó otra alternativa que obedecer—. Deje que le presente al detective Spencer. Logan, esta es la recluta Duncan; una de las mejores que tenemos por aquí.

Tara se forzó a mantener una expresión cortés y estrechó la mano que Logan le tendió. Su calor le quemó la piel y tuvo que apartarse con rapidez, prestando toda su atención a lo que Bowie decía.

—Tara viene de una familia de policías, Logan; su padre fue uno de los mejores, lamentamos que se jubilara tan pronto —comentaba el sargento sin que pareciera percibir el enrarecimiento del aire entre ellos—. Hay algo especial cuando uno sigue la tradición familiar.

Logan asintió, cortés, y lo mismo que ella tampoco la observó de frente al responder.

—Eso he oído —dijo él.

—Aunque Tara tenía otras opciones ¿no? —el sargento le dirigió una mirada afectuosa y Tara rogó porque no mencionara sus sueños trancos porque no soportaría que Logan le tuviera lástima—. En fin, estoy seguro de que serás una gran policía.

Tara agradeció sus palabras con una sonrisa temblorosa y estuvo a punto de echarse a llorar de alivio cuando lo vio mirar por encima de su hombro en dirección a una puerta entreabierta desde donde parecían intentar llamar su atención.

—Un momento. Tengo que ver de qué se trata.

Sin esperar respuesta, el oficial los dejó a solas y se dirigió a aquel lugar. Tara aprovechó ese momento para dirigirse a Logan con expresión suplicante.

—No le has dicho nada ¿verdad? —Preguntó en un susurro.

—Por supuesto que no —negó él— ¿Por qué iba a decirlo?

—Porque no puede saberlo —insistió ella con la ansiedad pintada en el rostro.

—No sabía que estuviera prohibido.

Ambos tenían claro a qué se referían. Su trabajo de modelo en la escuela de arte no tenía nada de reprobable, pero estaba lejos de ser lo que uno pensaba al imaginar los empleos que muchos estudiantes tenían en su tiempo libre para pagar las cuentas.

—No lo está, leí el reglamento —se apresuró ella a asegurar—. Pero aun así. Aquí no lo entenderían, y tendría que dar muchas explicaciones. Mis compañeros...

—No hay nada de malo en lo que haces, Tara.

Ella lo observó con una sonrisa agradecida, en especial porque fue evidente que era sincero.

—Lo sé, pero aun así —Tara suspiró y empezó a tirar del bajo de su sudadera, preguntándose de pronto qué tan mal se vería con el cabello desordenado, el rostro lavado y las ropas sin forma—. Prefiero que quede entre nosotros.

—Claro —Logan asintió y sostuvo su mirada—. No diré una palabra.

—Gracias.

—¿Cómo está tu mano?

Ella observó sus nudillos magullados y se encogió de hombros.

—Mejor de lo que esperaba —reconoció con poco entusiasmo—. Pudo ser peor.

Logan vaciló antes de hablar nuevamente.

—Escucha, he estado pensando acerca de eso y...

—No deberías. Ya pasó, no hay nada más que hablar al respecto —lo interrumpió mirando sobre su hombro al advertir el sonido de pasos; Bowie estaba de regreso—. Mira, mejor me voy. Y recuerda: no digas nada. Solo haz como si no existiera.

Tara se alejó antes de que él pudiera responder e hizo un gesto de despedida en dirección al sargento dando a entender que llevaba prisa para su siguiente clase.

Al dejar atrás el corredor, sin embargo, se detuvo de golpe y se llevó una mano al pecho; su corazón martilleaba tan fuerte que le pareció extraño que nadie más pudiera oírlo. Le había pedido a Logan que la ignorara y que hiciera como si no existiera. No tenía idea de si él sería capaz de hacerlo, pero algo estaba claro. Para ella eso era imposible.

## CAPÍTULO 4

Logan sostuvo una tensa reunión con el fiscal encargado del caso de Marvin Quinn. El abogado no recibió muy bien su interés en hablar con el acusado para desarrollar el caso que tenía entre manos. A su parecer, usarlo como fuente de información para que Logan pudiera ir tras la pista del origen de su fortuna y si ésta estaba basada en algún negocio ilícito relacionado con el tráfico de antigüedades podría debilitar su acusación por el cargo de asesinato, para lo cual tenía ya todo el caso armado.

Desde luego, Logan no estuvo de acuerdo; lo que no hizo la situación más cómoda para ninguno. Al final, consiguió que aceptara no poner ningún tipo de traba en tanto él prometiera no inmiscuirse en su caso de asesinato, y arregló una entrevista para un par de días después, cuando hubiera pasado la primera sesión en el juzgado de la lectura de cargos.

Regresó al precinto agotado y de mal humor, aunque tuvo que reconocer que esa sensación no estaba del todo basada en su encontronazo con el fiscal. Era algo más. Y no tenía sentido que perdiera tiempo preguntándose de qué podría tratarse. Lo tenía muy claro.

Tara.

No conseguía dejar de pensar en ella; lo que lo mantenía en un continuo estado de frustración e inquietud que no sabía cómo calmar. Le había dado vuelta tras vuelta a su breve charla en la academia pese a que no dijo nada que le sorprendiera entonces. Tenía claro que ella no deseaba que se hablara más del problema en que se había visto envuelta el último fin de semana, y al conocer ese otro aspecto de su vida como recluta no podía culparla.

Había sido sincero al decir que no creía que hubiera nada de malo en su actividad como modelo; tal vez no fuera la ocupación más común del mundo y hubiera quienes la reprobaran por el grado de exposición al que debía someterse, pero en realidad era un trabajo tan honesto como cualquier otro. Él no cuestionaba eso pese a que, en el fondo, y sin tener aun muy claro por qué, le incomodaba que lo hiciera llevada más por la necesidad que por el gusto. Lo cual era evidente que era su caso. Ella no debería tener que hacer nada que no deseara; en especial si ese algo le provocaba un problema como el que había tenido que sortear luego de la última sesión.

Logan suspiró y se apartó un mechón de cabello de la frente. Necesitaba un corte. Y una afeitada tampoco le vendría mal, se recordó al pasar una mano por su áspera mejilla. Su madre lo mencionó cuando fue a cenar con ella el domingo, y aunque lo hizo muy al vuelo, como acostumbraba hacer siempre, haciendo hincapié en que él había sido extremadamente pulcro y cuidadoso con su aspecto, sus palabras calaron en su inconsciente, como le ocurría siempre. Uno no crecía con unos padres acostumbrados a usar la manipulación para educar a su único hijo sin que algo quedara firmemente enraizado en su mente.

¡Qué diablos!, se dejaría el cabello como estaba, y posiblemente la barba también; decidió en un raptó de rebeldía un tanto tardía.

Un golpecito a la puerta le obligó a abandonar sus pensamientos e hizo un gesto al reconocer la figura de Morgan, que ocupaba casi todo el umbral y que blandía una carpeta en la mano.

—Hola. Pasa —invitó observándolo con curiosidad; era poco habitual que su jefe fuera buscarlo a su oficina— ¿Alguna novedad?

—Algo así —Morgan se dejó caer sobre una butaca junto al archivador y lo observó con curiosidad— ¿Ha habido algún avance en el caso de Quinn? No por la acusación de asesinato, quiero decir; sé que eso va encaminado, acabo de hablar con el fiscal. Me refiero a tu

investigación. La del posible tráfico de lo que sea.

Logan hizo una mueca, divertido de que lo llamara de esa forma, y se apoyó contra el escritorio frente a su jefe, cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Me hago una idea de a qué te refieres —respondió él—. Y sí, podríamos decir que algo de eso hay. No tengo muy claro aun de qué puede tratarse, lo sabré cuando haya hablado con él si consigo que acepte colaborar con nosotros. Pero el desbalance patrimonial está confirmado y hay también algunas cosas que no calzan en los formularios que se presentaron en aduanas al ingresar algunos cargamentos.

—¿Qué tipo de cargamento? —se interesó Morgan.

Logan se encogió de hombros e hizo un gesto indeciso.

—No estoy seguro aun. Quinn declaró que se trataba de antigüedades sin demasiado valor; nada que estuviera fuera de las normas. La clase de cosas que se compran a bajos precios en el extranjero y se revenden aquí por mucho más.

—Ya. Me ha ocurrido —asintió su jefe con una mueca de disgusto—. Una vez hice un viaje con Ángela a Nueva York y ella se encaprichó en comprar una figura horrorosa por un dineral.

Logan sonrió al ver la expresión en el rostro de su amigo. Conocía su debilidad por su esposa y no dudaba de que se hubiera mostrado mucho más dócil cuando ella lo convencía de comprar cualquier cosa.

—Sí, bueno, el punto es que eso no es ilegal...

—Pero debería.

Logan hizo como si no lo hubiera oído y continuó en tono pensativo.

—Y pese a eso, hay un desbalance importante allí. Quinn declaró cierto peso y costos que no se conciben con el reporte final; hay algo que no está bien aunque no estoy del todo seguro de qué puede ser —indicó él—. Si estoy en lo correcto con eso, es posible que Quinn trabaje con alguien en la aduana que le permitiera burlar la vigilancia e introducir al país más de lo que declaró.

—Bueno, eso es ilegal.

—Exacto. Pero no es lo que más me preocupa; más allá de si estafó al estado con los impuestos para introducir una mayor cantidad de mercancía sin declarar, está el asunto de que pudo traer cualquier cosa. Sin un registro riguroso y con los contactos que parecía tener en altos puestos, y debieron serlo para burlar la vigilancia a ese nivel, podríamos estar hablando de patrimonio ilegal, drogas, dinero...

Logan suspiró y Morgan lo contempló con los ojos entrecerrados, asintiendo cada tanto con semblante ensimismado.

—Tal vez este asunto sea más complejo de lo que habíamos considerado —opinó él al cabo de un momento—. Tuviste buen ojo al fijarte en ello. Espero que puedas llevarlo al final sin problemas.

Logan cabeceó sin parecer demasiado convencido de aquello, pero en el fondo agradeció la muestra de confianza.

—Te diré lo que resulte de la entrevista con Quinn —prometió él.

—Muy bien —su jefe se puso de pie con un gruñido pero antes de marcharse blandió ante él la carpeta con la que había llegado—. Por cierto, acabo de recibir una llamada del sargento Bowie.

Los sentidos de Logan se pusieron en alerta de inmediato y observó a Morgan con atención.

—Quedó muy impresionado con tu exposición del otro día —indicó él en tono aprobador—. Bien hecho.

—Gracias.

—Quiere que vuelvas.

Logan apretó los dientes y empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro.

—No...

—Solo un par de veces más.

—Pero ya no tengo nada qué decir.

Morgan puso el legajo ante sus ojos y Logan no pudo resistir el impulso infantil de hacerlo a un lado de un manotazo, pero aquello no pareció ofender a su jefe, que le dirigió una sonrisa burlona.

—Seguro que se te ocurrirá algo —declaró él—. Te esperan el lunes.

—Pero...

Logan maldijo entre dientes al ver a su jefe hacer un gesto de despedida y marcharse sin darle tiempo de decir nada. Ambos sabían que no había ninguna excusa que pudiera urdir para librarse de esa; no si era una decisión tomada muy por arriba de sus atribuciones. Sin embargo, eso no le ayudó a sentirse mejor.

No sentía ningún deseo de volver a la academia, y no porque el lugar le trajera malos recuerdos; todo lo contrario, disfrutó mucho de su tiempo de instrucción allí e incluso le había alegrado encontrarse con sus viejos profesores durante su última visita. Pero si iba nuevamente era más que probable que viera a Tara de nuevo, y no estaba seguro de qué tan bueno fuera aquello.

Ya bastantes problemas tenía para no pensar en ella cuando no se encontraba cerca y ahora debía sumar el verla posar en las clases de dibujo con sus encuentros en la academia con ella como recluta.

Si Logan se hubiera esmerado por idear un escenario más extraño para encontrarse con una mujer a la que, ya no tenía sentido negarlo, se encontraba irremediamente atraído, no habría estado ni cerca de imaginar algo como aquello.

Tara se apretó el nudo del cinturón de la bata con fuerza imaginando que lo hacía alrededor del cuello de cierto detective al que le habría encantado estrangular.

Apenas acababa de poner un pie en la escuela de arte y Lisa la había llamado un momento a su oficina para hablarle del incidente del último fin de semana. Según ella, uno de los estudiantes se había puesto en contacto con ella para hablarle al respecto y quería oír su versión del asunto.

Tara no necesitó preguntar de qué estudiante se trataba. La oyó con un semblante imperturbable y terminó por decirle lo que sin duda ella deseaba oír.

Sí, había ocurrido algo con otro de los alumnos, y sí, se había sentido muy incómoda, pero no se trató de nada que no pudiera manejar y estaba segura de que no se repetiría. No tenía ningún interés en presentar una queja formal y prefería olvidarlo. Desde luego, agradecía el interés del estudiante, quien quiera que fuera, al hacer el reporte, pero creía que lo mejor era dejar las cosas como estaban.

Lisa la oyó con una expresión amable e interesada poco habitual en ella cuando se dirigía a Tara y cabeceó, satisfecha, una vez que ella terminó con lo que tenía que decir. Luego respondió que le alegraba que se mostrara tan comprensiva y no alterara el ambiente de su clase, algo elemental en un ambiente de creación como aquel, y le aseguró que estaría al pendiente por si el incidente se repetía.

Cuando Tara dejó su despacho y se dirigió al auditorio para prepararse para la sesión de aquel día, no consiguió quitarse de encima la sensación de que a Lisa todo aquello le parecía tan solo una anécdota a la que no tenía interés en prestar mayor atención de la necesaria y que, de alguna



forma, estaba en manos de Tara que no se repitiera.

Lo que, claro, era una absoluta injusticia, se dijo ella asegurando el nudo de la bata por tercera vez, atenta al sonido de los pasos en el auditorio. Los estudiantes empezaban a llegar y oyó algunas sillas correrse, así como el sonido de los caballetes siendo arrastrados a su posición habitual.

Intentó calmarse y no pensar en la conversación con Lisa y lo mucho que le enfadaba que Logan hubiera hablado con ella pese a que le pidió que no lo hiciera. Ya se ocuparía de eso luego. Le esperaba una sesión complicada.

Posar de cara al público siempre le había resultado especialmente difícil. No importaba que se esmerara por no ver a nadie y mantuviera la mirada puesta en la nada o en cualquier punto por encima de los rostros del alumnado. Era extraño porque se sentía expuesta de una forma demasiado directa. Cuando se hallaba de espaldas era más sencillo hacer como si se encontraba en cualquier otro lugar, pero en ese caso las cosas eran distintas.

Inhaló y exhaló un par de veces para recuperar la tranquilidad perdida en los últimos minutos y extendió sus manos ante ella hasta que dejaron de temblar. Flexionó sus hombros para relajar los músculos y elevó el mentón antes de dirigirse al auditorio.

Las luces se encontraban entornadas, como siempre, lo que le permitió situarse en su lugar antes incluso de que la mayoría advirtiera su presencia. Mantuvo el rostro sin emociones y se forzó a no mirar en dirección a donde sabía que debía de encontrarse Logan. A una señal de Lisa, una vez que todos se encontraron en sus lugares y ella dio las indicaciones de lo que esperaba que se hiciera en esa sesión, se despojó de la bata y mantuvo la mirada fija en la puerta al otro lado de la estancia.

Se internó en su mundo propio y apenas reparó en el sonido de los lápices al rasgar el papel y los susurros ahogados que intercambiaban algunos de los estudiantes al hacer alguna consulta con sus compañeros o a Lisa, que daba sus habituales paseos alrededor de la clase con ojo crítico.

Tenía que pasar por casa del señor Robinson para dejarle el dinero de las sesiones de su padre de esa semana y luego estudiar un rato por la tarde. Quizá si terminaba temprano podría llamar a Max y quedar para salir a tomar algo; hacía semanas que no podían hablar a gusto y creía que su amigo empezaba a resentir que siempre pareciera estar ocupada. Era un buen plan para un sábado, se dijo tras reprimir un leve escalofrío, ladeando apenas el rostro tras ver un gesto sutil de Lisa.

El domingo se levantaría tarde; nadie la sacaría de la cama cuando menos hasta el medio día, se prometió. Y convencería a su padre para dar un paseo; había un mercadillo cerca del puerto del que le habían hablado y que deseaba visitar, y a él le vendría bien el ejercicio.

Su mirada se vio atraída por un movimiento a su izquierda y al echar un vistazo en esa dirección se encontró con el rostro del hombre al que había golpeado el sábado anterior.

Genial, se dijo al reparar en que la veía con una mezcla de rencor y burla que le habría gustado borrar con un nuevo puñetazo. Suponía que un tipo como aquel tendría difícil superar que una mujer lo pusiera en su lugar de la forma en que ella lo había hecho y que, por otra parte, debía de encontrarse muy satisfecho de poder reafirmar aquello de que no tenía derecho a mostrarse particularmente digna cuando se exponía como lo hacía. Como en ese momento.

Tara desvió la mirada tras contener un gesto de desprecio. De pronto sintió un desagradable nudo en la garganta y tuvo que parpadear para que un par de lágrimas que se habían agolpado en sus ojos no cayeran por sus mejillas. Se encontraba furiosa, y humillada, y le habría gustado marcharse. Por primera vez en todo el tiempo que llevaba haciendo aquello, deseó estar en cualquier otro lugar.

En un momento dado, sin embargo, su mirada se encontró con la de Logan, que parecía haber notado ese silencioso intercambio y hacerse una idea de cómo debía de sentirse y, por obra de lo que le pareció un extraño truco de magia, de pronto experimentó una cierta paz que le permitió volver a respirar con normalidad.

Recorrió el rostro de Logan con lentitud y no le sorprendió que se viera tan tenso como debía de encontrarse el suyo. Tal vez estuviera igual de disgustado; quizá quisiera marcharse también. A Tara nada le habría gustado más que ir con él y tomarlo de la mano para alejarse de allí juntos.

Parpadeó y exhaló antes de desviar la mirada, no sin antes captar un brillo en sus ojos que barrió con cualquier rastro de frío que sintiera hasta entonces. Ahora sintió una calidez abrasadora subiendo por sus miembros hasta alojarse en lo más profundo de su pecho; le empezaron a sudar las palmas de las manos e hizo todo lo posible por regresar a ese mundo pequeño en que sentía a salvo. Lejos de toda aquella gente y también de él, que no tenía cómo saber el efecto que tenía sobre ella.

Logan no consiguió trazar más que un par de líneas temblorosas durante toda la clase y, cuando esta terminó y Tara se perdió tras las puertas para abandonar el auditorio, las borró con furia y guardó el block de dibujo antes de que Lisa pudiera acercarse para evaluar su trabajo.

No había nada que ver, le dijo antes de marcharse cuando se encontró con su rostro consternado al ver que no tendría oportunidad de mirar su dibujo. No había sido un buen día.

Logan se fue tan rápido como le dieron los pies pese a que lo que más deseaba era quedarse allí e ir en busca de Tara. No sin antes buscar a ese hombre que la había mirado con desdén durante toda la clase como si pretendiera humillarla y quebrarle cada hueso del cuerpo hasta hacerlo añicos luego de hacerle jurar que no volvería a incomodarla de ninguna forma.

Pero no hizo ni una cosa ni la otra porque estaba seguro de que Tara lo odiaría si la ponía en evidencia de esa forma y porque él no hacía esa clase de cosas. Él era un hombre racional que pensaba antes de actuar y que nunca dejaba que lo dominaran sus impulsos. No era un salvaje que iba por allí dando de golpes y reclamando a una mujer que en realidad no tenía nada que ver con él. ¡Era un oficial de policía, por el amor de Dios!

Era el estrés, sin duda. Llevaba días sin dormir bien porque entre el caso de Quinn y las charlas que debía preparar para sus próximas visitas a la academia apenas tenía tiempo para él.

Y, no tenía sentido negarlo, había dedicado prácticamente cada momento del día, además, en pensar en Tara y en lo que le inspiraba; pero aun no conseguía llegar a ninguna conclusión que lo satisficiera o cuando menos lo convenciera de que no estaba perdiendo la razón.

La deseaba de una forma que amenazaba con ahogarlo y no sabía qué hacer con aquello. Era tan poco propio de él sentirse atraído a ese punto por una mujer a la que apenas conocía que iba dando tumbos en la oscuridad sin saber qué hacer. De haberse tratado de cualquier otra a quien conociera en distintas circunstancias posiblemente hubiera intentado hacer algún tipo de avance; ver si ella también estaba interesada, y si ese era el caso, no lo habría pensado dos veces antes de llevársela a la cama. No había nada de malo con eso si ambos lo deseaban.

Pero las cosas con Tara eran distintas. Ella era distinta. No solo era demasiado joven para él sino que además estaban en una posición cuando menos... extraña. No podía acostarse con una de las alumnas de la academia, quien además era la mujer a quien intentaba retratar una vez por semana y quien le inspiraba, además, un instinto de protección que no había experimentado nunca antes. No quería lastimarla sino protegerla; aun cuando fuera de sí mismo.

Todo era un desastre.

Logan puso el auto en marcha y se dirigió a casa para asegurarse de no hacer ninguna tontería. Lo que fuera que estuviera ocurriendo en su cabeza no era culpa de Tara y pensaba que no era justo involucrarla cuando era obvio que ella ya tenía suficientes problemas.

Tendría que encontrar una solución para todo aquello por su cuenta. Y si no daba con una, bueno, eso también era asunto suyo.

—¿Segura de que te encuentras bien? ¿No te ha gustado el pastel de carne? Porque saqué la receta del libro de Martha Stewart que me regalaste para Navidad y según ella es uno de sus favoritos.

Tara forzó una sonrisa y sacudió la cabeza sin desviar la mirada del fregadero. Ella y su padre acababan de terminar de cenar y se había ofrecido a lavar los platos en tanto él se tomaba un café. La calefacción estaba encendida pese a que se trataba de una noche cálida pero a su padre le molestaba el frío más que a la mayoría; su pierna se resentía ante cualquier descenso en la temperatura y aunque ella sentía su frente perlada de una leve película de sudor, no se le habría ocurrido pedirle que la apagara.

—No, ha estado muy bien; me gustó mucho —aseguró ella pese a que acababa de guardar la mitad de su plato en la nevera para el día siguiente—. Es solo que no tengo mucho hambre.

—Eso es raro.

Tara se encogió de hombros ante el tono extrañado en la voz de su padre.

—Deben de ser los exámenes —respondió ella.

El señor Duncan cabeceó, pensativo.

—Claro. Es un momento importante —aceptó él—. ¿Te gustaría jugar una partida de cartas para que te relajes un poco?

Tara sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No, creo que iré a tomar un poco de aire luego de sacar la basura —ella lo miró sobre su hombro con expresión de disculpa— ¿Te importa si lo dejamos para mañana?

—Claro que no. Haz lo que sea que te haga sentir mejor.

Tara suspiró y, tras terminar de secar los platos, depositó un beso en la frente de su padre, que le sonrió alentador, y tomó la bolsa de basura para dejarla en el contenedor al otro lado de la calle. Luego, en lugar de volver a casa, empezó un lento caminar alrededor de la manzana con expresión pensativa.

Giró por *Erdman Avenue* e hizo como que no veía a un grupo de chicos que oían música y hablaban a gritos entre ellos y que la miraron pasar sin hacer ningún comentario malsonante; una hazaña tratándose de un conjunto como aquel. Pero la conocían y también a su padre y nunca la habían puesto en una situación desagradable.

El este de Baltimore no era precisamente el mejor lugar para crecer, reconoció dando una mirada a las casas pequeñas y adosadas una a la otra con los jardincitos diminutos en el frente y donde había todo tipo de trastos tirados. A diferencia de aquellos, el suyo se encontraba mucho mejor cuidado, pero esa era la única diferencia.

Y pese a ello, le gustaba. Su infancia se encontraba impresa en cada una de sus calles; podía recordar su primera caída en bicicleta frente a la puerta de la señora Parker y que era el señor Mandolini quien le daba buena parte del botín en sus salidas para pedir dulces en *Halloween*.

A diferencia de muchos de sus amigos que se habían criado también allí, Tara no tenía mayor interés en abandonar su barrio y buscar un lugar que pudiera considerarse más privilegiado. Y estaba segura de que su padre compartía su opinión. Pero sí que quería algo más. Algo que iba

más allá de las cosas y las apariencias. Quería cumplir sus sueños; sentirse útil y realizada. Tal vez no pudiera hacerlo asistiendo a la escuela de medicina, eso ya lo tenía asumido, pero el ser policía siempre había sido una estupenda opción para ella y ahora se encontraba muy cerca de verlo convertido en una realidad.

Estaba al alcance de su mano pero por algún motivo no conseguía disfrutarlo. Y conocía bien cuál era ese motivo.

Lo que le ocurría con Logan no solo era raro, también era cuando menos absurdo. No era una chiquilla deslumbrada por un hombre atractivo, tenía veintitrés años y aunque no contaba con una gran experiencia tampoco era totalmente inocente. Había salido con chicos, con uno de ellos durante todo un año antes de descubrir que iban por caminos distintos; y también había tenido un par de rollos de una noche, como cualquier otra chica de su edad. Sabía cómo eran las cosas, lo que se sentía al desear a alguien y lo bien que podría sentirse al satisfacer esa clase de deseos; pero por alguna razón que no conseguía identificar, las cosas con Logan se le antojaban distintas.

Él la hacía sentir demasiado, y eso a ella no le gustaba. Si con solo unas veces de verse había sido capaz de sacudir su mundo de esa forma, volviéndola un ente medio idiota cada vez que se encontraban en el mismo lugar, no quería ni imaginar lo que le ocurriría si profundizaban en esa conexión.

Sus pasos la llevaron hasta el final de la calle y al reparar en que llevaba caminando cuando menos media hora, exhaló un suspiro y dio vuelta para volver a casa. Su padre estaría preocupado y aun tenía varias cosas que hacer antes de irse a la cama. Tenía clases a primera hora del día siguiente y necesitaba su mente despejada.

Además, era posible que viera a Logan allí. No tenía muy claro si sus charlas se repetirían, pero luego del éxito de la primera era una posibilidad latente y no deseaba que volviera a cogerla con la guardia baja. Como si eso no fuera suficiente, sería la primera vez que se vieran luego de esa desastrosa sesión en que ella se mostrara tan incómoda. Estaba segura de que él había podido verlo y no estaba lista para enfrentar lo que tuviera que decir al respecto.

Eso y cuando tuvieran la oportunidad de hablar, se recordó con un suspiro al cruzar la puerta de casa luego de ahuyentar al gato del señor Robinson que, por algún motivo, acostumbraba ir cada noche. Tal vez no pudiera resistirse a las sobras de la comida de su padre, supuso tras hacerle una caricia antes de que saliera brincando por el jardín.

Era eso lo que tenía que hacer, decidió. Era indispensable que intentara mantenerse lejos de Logan y no intercambiar ni una palabra con él. Claro que de la teoría a la práctica había un mundo de distancia, pero estaba dispuesta a intentarlo.

El padre de Logan fue profesor de ética en la Universidad Johns Hopkins durante treinta años antes de sufrir un infarto fulminante que no le dio tiempo ni siquiera para despedirse de su esposa e hijo. En agradecimiento a todo su tiempo de enseñanza, le pusieron una placa en el campus y una de las salas de estudio llevaba su nombre. Aunque Logan siempre había sospechado que las autoridades de la universidad nunca se habrían mostrado tan agradecidas de no ser por los donativos que su familia hacía cada año para el fondo de investigación.

Eso en realidad daba igual, se recordó; ese reconocimiento había supuesto un gran consuelo para su madre en su momento, en especial porque la pérdida del que había sido su compañero durante casi toda su vida supuso un golpe mucho más doloroso de lo que ella misma habría podido imaginar.

Sus padres no sostuvieron una relación particularmente afectuosa, al menos no en público.

Logan no podía recordar haberlos visto intercambiar un abrazo en su presencia, ya no digamos cualquier otra muestra de amor. Eran corteses el uno con el otro y muy divertidos a su modo. Tenían un sentido del humor tan negro como la noche y podían incluso ser un poco hirientes, pero jamás ninguno pareció resentir algún comentario malintencionado.

A Logan, acostumbrado a ese ambiente, le costó comprender que tal vez no se tratara de una relación muy normal. Tuvo que salir de casa y tratar a otro tipo de personas para darse cuenta de que era posible amar a alguien y preocuparse por él sin necesidad de hacer alarde de un ingenio demasiado desarrollado. Bastaba con quererlo y preocuparse porque se encontrara bien.

Pensaba mucho en su padre últimamente. En especial desde que Morgan le pidiera que diera esas clases en la academia. Aunque en un principio se había sentido sobrepasado por el encargo, la verdad era que casi empezaba a disfrutarlo, y gran parte de ello se debía a las enseñanzas de su padre.

El señor Spencer había empezado a ponerle ejemplos de ética casi desde que empezó a compartir la mesa del comedor con él y su madre. Lo alentaba a leer a los grandes filósofos para alternar con sus lecturas de la escuela y le encantaba debatir con él cualquier tipo de problema que pudiera presentársele preguntándole qué harían ellos en su lugar.

Fue por eso que se le ocurrió llevar sus disertaciones por esa senda en la academia. Tal vez su padre hubiera tenido algunos defectos, pero su uso de la moral y la ética calzaban perfectamente con la compleja psicología de la labor policial.

Y hasta entonces le había dado excelentes resultados.

Acababa de terminar su cuarta conferencia y hubiera sido una muestra de modestia ridícula no reconocer que los reclutas parecían encantados con ellas. Al comienzo habían parecido un poco desconcertados de verse obligados a usar todos los conocimientos adquiridos en la academia para darles vuelta y pensar por sí mismos cada vez que Logan ponía un ejemplo particularmente engañoso a fin de hacerlos dudar. Sin embargo, había terminado por convertirse en una práctica divertida.

Tal vez hubiera heredado algo de los genes inclinados a la enseñanza de su padre, se dijo Logan al juntar sus cosas para dejar el auditorio y volver a la estación para ponerse con el caso que estaba lejos de avanzar. Tenía una reunión con Quinn al día siguiente y esperaba que las cosas mejoraran si conseguía convencerlo de cooperar con su investigación.

Todo se vería mucho mejor de no ser por esa constante sensación de incomodidad que estaba lejos de abandonarlo y que solo se incrementaba cada vez que se hallaba en la misma habitación que Tara, reconoció de mala gana.

Ella había asistido a todas y cada una de las charlas que diera en la academia y la había visto también un par de veces en la escuela de arte, pero no intercambiaron ni una sola palabra. A lo mucho se veían cuando pensaban que el otro no se daba cuenta hasta que sus miradas se encontraban; entonces desviaban la vista y se sumían en un silencio incómodo.

Y sin embargo, Logan tuvo que reconocer que la conexión entre ambos no hacía más que fortalecerse con cada mirada y cada palabra no dicha. Era como un cable de acero que los unía y que permanecía tirante hasta el límite. Era posible que continuara así hasta que alguno de ellos hiciera algo, supuso, o tal vez tan solo terminara por hacerse añicos a sus pies.

Logan tomó el maletín que llevaba con él a la academia y abandonó el edificio principal, pero en lugar de dirigirse al estacionamiento, decidió dar una vuelta para disipar su mente. Tenía un recuerdo claro de la distribución del recinto y, al oír un ruido familiar, no pudo evitar esbozar una sonrisa nostálgica.

Sus pies lo condujeron al otro lado de la muralla que separaba las instalaciones de estudio académico y las oficinas administrativas del campo de tiro. Era un espacio a campo abierto pero cubierto por un techo alto de plexiglás que aislaba el ruido para evitar que los reclutas se distrajeran por el jaleo propio de la escuela.

Logan distinguió la figura esmirriada del sargento Beckley, que había sido su instructor de tiro en sus tiempos de estudiante. Un grupo lo rodeaba y Logan reconoció a Tara de inmediato. Ella tenía el mismo uniforme que usaba en la escuela en el día a día pero portaba un arma en la mano derecha y unos lentes de acrílico protegían sus ojos en tanto asentía en dirección al profesor, que susurraba algunas palabras con semblante aleccionador.

Un muchacho que había visto sentado siempre a su lado durante sus conferencias se encontraba de pie junto a ella y asentía también, aunque él no se veía tan seguro como Tara por lo que fuera que Beckley les dijera.

Logan se mantuvo a cierta distancia, pero se aseguró de tener una buena visión del campo en tanto los estudiantes se situaban ante las rayas que marcaban el gras a sus pies, la distancia reglamentaria para disparar. El sargento Beckley dio la señal y una ristra de disparos quebró el silencio. Logan no apartó la mirada del rostro sereno de Tara y admiró la forma eficiente en que sostenía el arma en lo alto; su espalda apenas se inclinó hacia atrás para acusar el impacto del disparo; sus pies se encontraban firmes sobre el césped y, a diferencia de su amigo y varios de sus compañeros, no parpadeó por el sonido.

Era buena. Muy buena, se corrigió al ver que Beckley le marcaba un puntaje casi perfecto una vez que estudió los blancos. Sin embargo, no estaba muy sorprendido, reconoció poco después al disponerse a alejarse una vez que vio al chico alto a su lado dándole una palmada en el hombro para felicitarla y que ella recibió con una sonrisa que no le había visto antes y que le provocó un nudo en el estómago.

Habría dado lo que fuera porque le sonriera de esa forma a él.

Sus pasos lo llevaron de vuelta al edificio principal pero en lugar de irse permaneció dando vueltas fuera de él sin saber qué era exactamente lo que quería. Lo único que sabía era que la idea de marcharse una vez más sin hablar antes con Tara le pareció insoportable. ¿Por qué no podían tener una conversación civilizada como un par de adultos que se conocían y que, le gustaba pensar, se agradaban el uno al otro?

Solo una charla.

Tuvo suerte. La vio volver por el jardín acompañada por un grupo que fue dejando atrás según avanzaba en dirección al edificio principal con expresión pensativa. El muchacho que parecía ser muy cercano a ella según pudo observar Logan con cierto resquemor iba a su lado y parlotaba sin parar en tanto Tara parecía responder con algunos monosílabos.

Logan se encontraba bajo un pabellón que conducía al estacionamiento, una bóveda cubierta por un techo cóncavo que lo mantenía semi oculto de la mirada exterior pero que le proveía de una vista estupenda de los jardines. Tenía las manos en los bolsillos y miraba al frente con la secreta esperanza de que Tara fuera capaz de percibir su mirada antes de que entrara al edificio de la escuela.

Y así fue.

La vio mirar en su dirección y abrir mucho los ojos antes de susurrar algo al chico junto a ella que, tras dirigirle una mirada intrigada, asintió con hosquedad antes de alejarse en dirección contraria.

Tara miró sobre su hombro antes de caminar hacia donde Logan se encontraba con pasos

medidos y una falsa expresión desenfadada que no lo engañó ni un segundo. Cuando llegó a su altura, se hizo a un lado para que se ubicara tras él; su posición les impedía ser vistos desde fuera, pero aun así creyó que ella apreciaría cualquier precaución extra.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Su pregunta no lo cogió desprevenido, pero sí la animosidad que vio en sus ojos. ¿Por qué estaba molesta?

—Acabo de dar una clase.

—Sabes a lo que me refiero.

Logan suspiró y se llevó una mano a la nuca. Debió imaginar que ella no se lo iba a poner fácil. ¿Y por qué lo haría?, tuvo que reconocer él aunque la idea tan solo lo desesperó más.

—Quería hablar un momento contigo —dijo él.

Ella se cruzó de brazos y lo observó con el mentón elevado en un ademán receloso.

—¿Acerca de qué? —Tara torció el gesto y entrecerró los ojos— ¿Vas a contarme que decidiste hablar con Lisa a pesar de que te pedí que no lo hicieras? Porque si se trata de eso, tal vez sea un poco tarde.

Logan sostuvo su mirada y el músculo de su barbilla empezó a latir. No le gustó en absoluto el tono que ella usó y no porque no tuviera algo de razón en sentirse enojada por ello sino porque le dio la impresión de que había algo más. Algo que la impulsaba a actuar como si él fuera capaz de hacerle daño. La idea le revolvió el estómago.

—Estás molesta —dijo él procurando imprimir un tono sereno a su voz—. Y tienes razón en estarlo, pero necesito que lo entiendas; tenía que hacerlo. No podía simplemente quedarme callado, no está bien. Lisa tenía que saberlo.

—¿Para qué? ¿Qué diferencia hace?

Logan tuvo que admitir que, vista la reacción de Lisa, en realidad no, no hacía mayor diferencia. Pero no se trataba tan solo de eso.

—Era lo correcto a hacer —dijo él.

Tara emitió un bufido.

—Claro. Lo olvidé; te gusta mucho la ética y siempre haces lo correcto ¿no? —espetó ella de malos modos.

Logan frunció el ceño.

—No, la verdad es que no, no siempre hago lo correcto; pero lo intento —replicó él con frialdad—. Y no hay un gran conflicto moral aquí, así que no hace falta mencionarlo. Es bastante lógico: ese hombre no debería seguir asistiendo a las clases y tú no tienes por qué tolerarlo. ¿Por qué es tan difícil de aceptarlo?

Tara se irguió cuan alta era y lo miró a los ojos con una expresión burlona que no le gustó en absoluto.

—¿Qué clase de policía eres? —Preguntó ella a su vez—. Parece como si vivieras en otro mundo. La vida no es justa, y mucho menos lógica —sus labios se elevaron en una sonrisa cargada de mofa que, sin embargo, dejó traslucir también cierta amargura—. Deliras si piensas que las cosas se amoldarán a lo que piensas que es correcto. Puedes ser el hombre más decente del mundo pero te aseguro que formas parte de una minoría y más te vale aprenderlo ya o lo vas a pasar muy mal.

Logan estuvo a punto de decirle que podía parar con su actitud de estar de vuelta de todo, que aunque no lo pareciera su vida había estado lejos de ser un lecho de rosas y que a lo largo de los años había visto cosas que le pondrían los pelos de punta y echarían abajo ese aire de sabelotodo

que parecía adoptar cuando se encontraba asustada. Pero no lo hizo. Y fue precisamente por ello: porque se dio cuenta de que debajo de todas esas capas de seguridad se escondía una joven aterrada que solo conseguía mantenerse a salvo fingiendo una autosuficiencia que estaba lejos de ser real.

El enojo que sintiera hasta entonces se esfumó como por obra de magia y la observó bajo una nueva luz. Las penumbras en las que se encontraban les conferían una intimidad que le dio la suficiente confianza para ir hacia ella y buscar su mirada con semblante tranquilo.

—¿Qué pasa contigo? —Preguntó él.

Tara parpadeó y pareció sorprendida; posiblemente fuera lo último que esperara oír y, cuando le devolvió la mirada, Logan notó que apretaba los labios con fuerza y que sus hombros parecían tan tensos como si se encontraran a punto de quebrarse.

—No me pasa nada —respondió ella al fin tras humedecerse los labios resecaos.

—¿Entonces por qué actúas de esta forma?

—¿Cómo?

Logan dio otro paso hacia ella y Tara retrocedió hasta que su espalda dio contra el tabique del arco bajo el que se guarecían del exterior.

—Así. Como si fuera tu enemigo —Logan se señaló a sí mismo con un ademán cansado, tan cerca que sus pies se tocaban—. Solo intento ayudarte.

—No necesito tu ayuda. Solo quiero que me dejes en paz.

Él odió la forma en que ella empezó a mirar de un lado a otro como si deseara huir de algún peligro que la tuviera al borde de un ataque de nervios. Y todo parecía indicar que el peligro era él. ¿Cómo no podía ver que él se encontraba igual, o aun más asustado?, se preguntó.

—Eso no es justo. No te he hecho nada —Logan suspiró e intentó sonar conciliador—. Vamos, dime qué es lo que te molesta tanto de mí.

Tara cogió aire de golpe y Logan se dio cuenta de que hacía todo lo posible por evitar mirarlo a los ojos; su rostro se encontraba a solo unos centímetros del suyo y por primera vez reparó en que apenas tenía que inclinar la cabeza para observarla. Parecía como si hubiera sido hecha para él.

—No se trata de eso. Es solo...

Logan oyó su débil balbuceo y, sin ser muy consciente de lo que hacía, apoyó las manos sobre la pared, una a cada lado de su rostro, y echó el cuerpo hacia adelante hasta rozar su pecho con el suyo.

—¿Qué?

—No es nada.

Él sonrió, lo que pareció sobresaltarla; fue una sonrisa cargada de conocimiento.

—Es esto ¿verdad? Estás enfadada por esto —Logan acercó los labios a su mejilla y la sintió temblar bajo él—. No puedo culparte; a mí también me está volviendo loco.

—Logan...

No la dejó terminar. No habría podido ni siquiera de haberlo deseado. Y con seguridad no lo hacía. Solo había una cosa que anhelaba hacer con todas sus fuerzas; lo mismo que, estaba seguro, deseaba ella también.

Por eso, no vaciló al buscar sus labios con los suyos y emitió un gruñido de triunfo al sentirla recibirlo con la misma pasión que a él lo tenía sumido en un mar de desesperación. Envolvió su cintura con las manos y pegó su cuerpo al suyo hasta oír la gemir bajo sus caricias. Tara llevó las manos a su nuca y enterró los dedos en su cabello, entreabriendo sus rodillas para que Logan se



asentara entre ellas e intensificara así el contacto.

Los labios de Tara le supieron a gloria; había soñado con ese momento desde que sus miradas se cruzaron por primera vez pero nada lo preparó para el torbellino en que se convirtió su mente cuando al fin la tuvo entre sus brazos. Deslizó las manos a lo largo de su espalda y sostuvo sus caderas con fuerza; sus dedos trajinaron con el borde de la sudadera para colarse bajo ella y buscar su piel desnuda, dejando una huella de fuego a su paso. Rozó el borde de su pecho y abandonó sus labios para besar sus mejillas, el puente de la nariz y el pliegue de su frente.

Tara tenía los ojos cerrados y sus dedos abandonaron su cabello para posarse sobre su rostro; abarcaba sus mejillas con la yema de los dedos y resopló cuando Logan lamió su cuello antes de buscar nuevamente sus labios. Ella lo recibió exhalando una bocanada de aire y apresó su lengua con la suya antes de tirar de él para que profundizara sus caricias; parecía como si hubiera perdido del todo el control y no hubiera nada que le impidiera entregarse allí mismo.

Logan se detuvo de golpe y Tara abrió los ojos, parpadeando como si acabara de salir de un sueño. Abrió la boca para preguntar qué había ocurrido cuando advirtió la expresión preocupada en el rostro de Logan y, al aguzar el oído reparó en que se escuchaban unas voces provenientes del estacionamiento. Como si aquello no hubiera sido suficiente para despejar su mente del todo, habría podido jurar que una de ellas pertenecía al sargento Bowie.

Aterrada, se apartó de Logan y retrocedió llevándose las manos a sus mejillas ardientes. Él no intentó detenerla; por el contrario, le dio un suave empujón en el hombro y Tara pudo reconocer el desconcierto en su mirada. No solo por correr el riesgo de ser descubiertos en semejante posición sino también por haberse dejado llevar de la forma en que lo hizo.

Él no tuvo que decir nada, ella interpretó su expresión de inmediato y, tras asentir sin atreverse a mirarlo a los ojos, se pasó una mano por el cabello, intentó acomodar sus ropas lo mejor que pudo y se apresuró a correr de vuelta al edificio principal en tanto él se quedaba haciéndole de escudo para que quien fuera que se dirigiera allí no pudiera verla.

Tara no se detuvo hasta que se encontró dentro del edificio y una vez allí buscó la primera ventana que diera a los jardines ignorando algunas miradas curiosas de los otros reclutas que pasaban por el vestíbulo.

Distinguió a Logan a través del cristal, pero a diferencia de como lo dejara hacía un minuto, ya no se encontraba solo. Hablaba con un pequeño grupo de cuatro o cinco hombres, entre ellos el sargento Bowie. No parecía como si ninguno de ellos le increpara algo; por el contrario, hubiera jurado que todos sonreían y hablaban con cierta confianza, así que con seguridad no la habían visto y mucho menos fueron testigos de lo que ocurriera entre ella y Logan.

Su corazón estuvo lejos de recuperar la normalidad, sin embargo, y dudaba de que fuera a ocurrir pronto. Estaba sobrepasada por lo que acababa de hacer; al llevar sus manos frente a ella advirtió que temblaban y tuvo que llevárselas al pecho, inhalando una y otra vez para tranquilizarse. Pegó la frente sudorosa al cristal y buscó el rostro de Logan a lo lejos; no pudo distinguir sus rasgos con claridad, pero habría podido jurar que él advirtió su mirada y que dirigió la vista hacia donde ella se encontraba, entablándose un intercambio silencioso entre ambos.

Tara suspiró y se apartó de la ventana al oír el timbre que señalaba el final de la hora. Ni siquiera podía recordar a dónde debía ir, se sorprendió pensando al forzar a sus pies a moverse para dirigirse al segundo nivel de la escuela. Supuso que lo recordaría pronto, se consoló siguiendo a un grupo de compañeros que la saludaron antes de apresurar el paso y cruzar por su lado.

En realidad era posible que diera igual de cualquier forma, reconoció al suspirar nuevamente.

Dudaba de que fuera capaz de concentrarse en lo que restaba del día; no había un centímetro de su cuerpo y mente que no se encontrara aletargada por la emoción, y todo ello provocado por Logan.

Estaba metida en grandes problemas. Trastabilló al llevarse una mano a los labios y descubrir su calor asentado allí como si hubiera dejado una huella indeleble. Lo peor era que, pese a que sabía que de aquello no podría salir nada bueno, estaba lejos de sentirse arrepentida.

## CAPÍTULO 5

Logan llegó a la penitenciaría del estado poco antes de que se iniciara la hora de las visitas. Se perdió entre la multitud que aguardaba para entrar y entregó su credencial al guardia para que lo guiara a la sala en la que debía encontrarse con Marvin Quinn.

Quinn no se perdería ninguna visita, comentó el fiscal luego de darle la hora de la cita y que Logan señalara que no hubiera tenido problemas en dejarlo para otro momento del día.

A Quinn no iba a verlo nadie.

Logan tuvo que reconocer que eso no era de sorprender, reconoció al toparse con el rostro del prisionero que aguardaba a por él sentado al otro lado de una mesa de acero con las muñecas sujetas por esposas afirmadas a las que llevaba alrededor de los tobillos.

Estudió su rostro en silencio en tanto ocupaba la silla contraria y dejó su maletín sobre la mesa sin decir una palabra.

Quinn tenía un aspecto engañoso. Aunque estaba cerca de los setenta, Logan podía dar fe de que poseía la vitalidad de un hombre veinte años menor. Se había enfrentado a él durante su arresto y aun recordaba con claridad lo mucho que le había costado sujetarlo entonces; de no haber sido porque contó con ayuda entonces, posiblemente hubiera salido mucho más lastimado de lo que resultó.

Los dedos fibrosos del prisionero empezaron a martillar contra la mesa, pero Logan no permitió que lo alterara pese a que el sonido era realmente molesto. Sacó el contenido de su maletín sin prisa y estudió los documentos con expresión concentrada, satisfecho al advertir que era Quinn ahora quien parecía alterado y expectante.

Al final, se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz y miró al hombre a los ojos cristalinos y apagados que le recordaron a los de un pez muerto.

—El fiscal ha pedido treinta y cinco años para usted ante la corte —resumió él sin ánimos de andarse con rodeos—; y es probable que los consiga sin esforzarse demasiado. Tiene un caso sólido y supongo que su abogado ya le habrá recomendado que lo dé por perdido y que procure acogerse a cualquier beneficio que le ayude a reducir la pena.

Logan observó la espiral de emociones que hicieron presa del hombre ante él: ira, rebeldía, odio, y una buena cuota de conformismo que le dio a entender que tal vez su visita resultara tan satisfactoria como había esperado.

Quinn no dijo una palabra, pero no fue necesario; estaba claro que no tenía nada que objetar al resumen de Logan y este tomó aquello como una señal para continuar.

—No solo asesinó a un hombre a sangre fría con premeditación y ventaja sino que lo sometió a un ritual abominable. Además, atacó a un servidor de la policía. A decir verdad, me sorprende que el fiscal no pidiera cadena perpetua —comentó él sin poder ocultar su animadversión.

Quinn cabeceó y le dirigió una mirada entre las rendijas de sus ojos fríos y se encogió de hombros, aun en silencio.

—De cualquier forma, no es ese el principal motivo de mi visita —continuó Logan en un tono algo menos beligerante—. En realidad, he venido a hacerle una oferta.

—¿Qué clase de oferta?

Logan contuvo un gesto de desagrado al oír la voz del hombre. Parecía provenir de lo más profundo de un lugar sórdido y pantanoso y era tan fría como su mirada. Pero cuando menos había dicho algo, se recordó con un gesto de satisfacción casi imperceptible al tiempo que disponía

algunos documentos ante él e iba señalándolos al retomar la palabra.

—Al confiscar sus bienes y hacer un registro de ellos, descubrimos que hay un importante desbalance patrimonial en sus cuentas. No solo eso, también captamos una serie de movimientos en sus ingresos al país con mercancía que no declaró; seguro con la complicidad de algunos agentes de aduana —resumió Logan—. Hábleme acerca de eso.

Logan advirtió que Quinn no había esperado nada de aquello y que, por el contrario, acusaba sus palabras con cierta sorpresa.

—No sé a qué clase de cosas se refiere —espetó él pasados unos minutos en un silencio pensativo y receloso.

—Creo que he sido muy claro —Logan no perdió la calma ni fingió que fuera una respuesta que no esperara recibir—. Es evidente que sus negocios han estado lejos de ser limpios y quiero saber en qué consistían realmente. ¿Qué era lo que no declaraba al ingresar al país, a quién se lo vendía y quiénes eran los oficiales a quienes sobornó para que no le pusieran obstáculos? Dígame todo eso y, si compruebo que está diciendo la verdad, prometo que haré un trato con el fiscal para reducir su pena.

El hombre empezó a martillar nuevamente con los dedos y bajó la cabeza hasta tocar su pecho con la barbilla para ocultar su mirada; pero Logan pudo ver un brillo de interés en sus ojos hasta entonces apagados. El sonido de sus pies al golpear contra el linóleo haciendo resonar las cadenas que llevaba ajustadas a los tobillos provocó un eco desagradable en la sala.

Logan no intentó apurarlo y se cuidó de mostrar cuán ansioso se encontraba en el fondo. Quería una respuesta; necesitaba llegar hasta el fondo de todo porque estaba convencido de que se trataba de algo mucho mayor de lo que todo parecía indicar. Pero para avanzar, necesitaba su ayuda; solo así conseguiría que Morgan consintiera en que siguiera con el caso hasta el final.

Cuando creyó que Quinn no diría nada y que iba a ser necesario que pensara en otra forma de plantear un trato, este lo sorprendió al elevar la mirada de golpe y fijar sus ojos sobre su rostro.

—¿Qué tanto? —Preguntó él.

—¿Qué tanto qué?

El hombre hizo un gesto de fastidio.

—¿Qué tanto podría reducir la pena si le doy algo que le sirva?

Logan inclinó el cuerpo hacia adelante y mantuvo un semblante inmutable al sostener su mirada.

—No puedo asegurarle nada, pero puede estar seguro de que lo haré; eso dependerá, al final, de qué tan útil sea la información que me dé —respondió él—. Tal vez no sea necesario que pase el resto de su vida aquí; pero eso solo ocurrirá si me ayuda.

Quinn tragó espeso y frotó su muñeca envuelta por las esposas con un ademán nervioso. Guardó silencio un momento más, pero esta vez no tardó demasiado en retomar la palabra.

—Me está pidiendo que traicione a gente muy poderosa ¿sabe?—por primera vez desde que empezara la charla, Logan notó un tono de inquietud en su voz—. Podría meterme en problemas.

—No le ocurrirá nada; me ocuparé de que esté a salvo aquí dentro —aseguró Logan sintiendo cómo su interés se incrementaba.

El hombre esbozó una sonrisa torcida.

—¿Y usted? —Espetó él con un retintín burlón— ¿Quién lo cuidará a usted?

Logan entrecerró los ojos.

—De eso me encargo yo —replicó él sin vacilar—. Ahora, ¿por qué no me cuenta lo que quiero saber? Su próxima audiencia es dentro de tres días y supongo que querrá que hable con el

fiscal antes de eso.

Vio al hombre vacilar una última vez antes de que empezara a asentir, cabizbajo.

—Está bien —dijo él—. Pero irá bajo su propio riesgo.

Logan no respondió a la provocación; aun más, hizo como si apenas le hubiera oído aunque en el fondo pensó que si aquel hombre se encontraba tan asustado como parecía y era capaz de hacerle esa clase de advertencias, tal vez las cosas fueran realmente tan serias como había pensado. Aquello, en lugar de asustarlo, le provocó una sacudida de anticipación. Quería saberlo todo.

Atento, hizo un gesto al hombre y tomó una grabadora del maletín que encendió y puso en medio de ambos sobre la mesa.

—Muy bien —Logan dio una cabezada—. Lo escucho.

El prisionero cogió aire y Logan apoyó la lapicera sobre su libreta, atento a cada una de sus palabras. Según hablaba, iba tomando notas pese a que la grabadora registraba todo; y para cuando terminó de hablar, asintió con gesto serio. Luego hizo algunas preguntas antes de detener la grabación.

Para cuando dejó la prisión poco después, Logan se dijo que sus instintos no le habían engañado en absoluto. Tenía un gran caso entre manos.

Tara dejó su casa cuando menos una hora antes de lo habitual; a lo mucho bebió un café y tomó una tostada antes de despedirse de su padre para dirigirse a la escuela de arte.

Apenas conseguía estar en la misma habitación que el señor Duncan sin que este empezara a hacer preguntas acerca de por qué parecía estar actuando tan raro; de modo que lo único que podía hacer para evitar ser sometida a un interrogatorio tras otro era mantenerse tan alejada como podía y, cuando eso no era una opción, llevar la charla por otro camino menos espinoso.

Sabía que su padre estaba preocupado, y en el fondo le inspiraba ternura comprobar que, no importaba la edad que tuviera o cuán arisca pudiera mostrarse a veces, él siempre haría lo posible por entenderla y ayudarla. Sin embargo, lo que le ocurría en ese momento era tan privado, tan extraño incluso para ella, que ponerlo en palabras le parecía imposible. Y aun más en presencia de su padre.

¿Qué iba a decir?

*Papá, he conocido a un hombre y aunque solo nos hemos visto unas cuantas veces jamás me había sentido tan atraída por alguien como me ocurre con él. Pienso que es maravilloso y no puedo dejar de actuar como una idiota cada vez que lo veo. Ah, sí, y estuve a punto de acostarme con él en la academia a la vista de todo el mundo. Por cierto, el sargento Bowie te envía saludos.*

Tara tembló solo de imaginar esa conversación. Su padre no sobreviviría a algo como eso, y si lo hacía, sería sin duda solo para matarla.

Tara cambió de autobús sin darse cuenta de lo que hacía; tenía su rutina tan bien interiorizada que pese a actuar como una autómatas no se pasó una sola parada y, cuando el vehículo se detuvo a un par de calles de la escuela de arte, bajó sin inconvenientes.

Aun era temprano para la clase, comprobó al ver el reloj en el vestíbulo. Tenía cuando menos media hora libre y decidió utilizarla para dar un paseo por la escuela; nunca contaba con tiempo para recorrerla a gusto y pensó que le ayudaría a evadirse un poco de todo lo que la mantenía en ese constante estado de tensión que empezaba a abrumarla.

Recorrió los pasillos flanqueados por representaciones de dioses griegos y romanos y se

animó a entrar a una clase libre en la que oyó unos cuantos minutos de una conferencia sobre arte y política que la dejó fascinada. Lamentó tener que marcharse antes de que terminara, pero había pasado más tiempo del que calculó y ahora, en lugar de ir con tiempo de sobra, tenía que apresurarse si no quería llegar tarde.

Corrió escaleras abajo, atravesó el vestíbulo a toda velocidad sin detenerse siquiera a admirar la claraboya en el techo, algo que acostumbraba hacer cada vez que pasaba por allí, y se dirigió al aula de dibujo. Al llegar allí, oyó un corrillo de voces en su interior y supuso que la mayor parte de los asistentes al curso ya se encontrarían allí, de modo que decidió entrar por la otra puerta que conducía a la oficina de Lisa y a la pequeña habitación en que solía dejar sus cosas antes de posar.

La puerta se encontraba entreabierta y supuso que Lisa la habría dejado allí para que ella pudiera entrar en tanto se ocupaba de entretener a la clase hasta que llegara. Seguro que tendría algunas cosas que decirle luego acerca de esa tardanza, supuso Tara exhalando un suspiro al entrar a la oficina.

Sin embargo, apenas había puesto un pie allí cuando tuvo que detenerse con la mano en el picaporte y expresión de desconcierto al reparar en que no solo Lisa se encontraba aun allí sino que además tenía compañía.

Su mirada se vio irremediamente atraída por el rostro de Logan, que también pareció sorprenderse de verla de una forma tan abrupta. Él y Lisa se encontraban de pie uno al lado del otro ante un archivador que ella mantenía entreabierto en tanto susurrabas unas palabras aunque calló de inmediato al reparar en la presencia de Tara.

Ella de cualquier forma no escuchó nada porque había estado muy distraída al entrar y, además, al verla al lado de Logan, con el cuerpo echado hacia adelante en una postura demasiado sugerente como para no advertirlo, con la mano libre rozando su brazo y sin dejar de mirarlo a los ojos, carraspeó y miró a ambos con frialdad.

—Lo siento; creí que no había nadie, tan solo iba a...

Señaló la pequeña puerta al otro lado de la oficina que conducía al auditorio e hizo un gesto de incomodidad.

Fue Lisa quien respondió entonces, dirigiéndose a ella sin rastros de la seductora expresión con que pareciera dirigirse a Logan antes.

—Estaba a punto de llamarte; creí que algo te había retenido —indicó ella con el ceño fruncido.

—No. Solo me distraje, lo siento —respondió Tara con voz tensa.

—Está bien, hoy estamos un poco más flexibles ¿no? —Lisa se dirigió a Logan con una sonrisa divertida—. Nosotros estamos por entrar; prepárate y te veremos allí en cinco minutos.

Tara mantuvo la mirada apartada de Logan; no había buscado sus ojos ni una vez desde su llegada pese a que pudo sentir que él no dejaba de observarla. Pasó por su lado y por el de Lisa con la cabeza en alto y no consiguió volver a respirar con normalidad hasta que se encontró dentro de cubículo en que debía desnudarse.

Tomó una bata con manos temblorosas y se la puso una vez que se deshizo de su ropa. Sus dedos se enredaron con las cintas e hizo un gesto de malestar al caer en la cuenta de que sentía una sensación horrorosa en el pecho. Tenía ganas de llorar, pero no sabía por qué y tuvo que mirarse al espejo para apretar sus mejillas y recuperar el control. El reflejo le devolvió su imagen distorsionada; sus mejillas se veían pálidas y sus ojos brillaban por las lágrimas contenidas.

¡Qué estupidez!, se dijo una vez que consiguió reponerse y se dirigió al auditorio arrastrando

los pies.

Mantuvo sus ojos puestos en el vacío al ubicarse en la plataforma, desconectada de lo que le rodeaba. No sintió las miradas de los estudiantes ni llegaron a sus oídos los continuos cuchicheos entre ellos o las palabras de Lisa. Aun así, parte de ella, una que se mantenía consciente y anclada en la realidad, fue capaz de distinguir la sensación que le provocaba siempre la mirada de Logan.

Pero no lo buscó; no hizo absolutamente nada que le llevara a pensar que podía sentirlo y mucho menos que el saberlo allí le recordó de una forma brutal lo que sintiera la última vez que se vieron, la forma en que se besaron o la profunda emoción que provocaba en ella.

El tiempo pasó con una lentitud espantosa y, para cuando sonó el fin de la clase, estuvo a punto de echarse a llorar de alivio. Se cubrió con la bata y volvió por donde había llegado para vestirse, pero tuvo que sentarse antes de ponerse la cazadora porque sus rodillas temblaban y temió que fuera a terminar sobre el suelo en tanto no se calmara.

Se quedó allí durante quince minutos, cuando menos, lo que era raro para ella. Lo habitual era que se vistiera y dejara el edificio a la velocidad de la luz; pero si bien parte de ella quería poner tanta distancia entre ella y Logan como fuera posible, otra temía salir para encontrarse con que él hubiera retomado su reunión con Lisa. Quién sabía con qué fin.

Bueno, ella, al menos, tenía un fin muy claro entre manos, tuvo que reconocer una vez que reunió las fuerzas para ponerse en movimiento. Aunque no fue capaz de estudiar el rostro de Logan cuando lo encontró con ella en la oficina, en lo que a Lisa se refería era evidente que no lo habría pensado dos veces para abalanzarse sobre él. Y Tara dudaba de que estuviera interesada en hacerle un retrato.

Había visto el deseo en sus ojos; el mismo que debía de ser obvio en ella también, supuso con un gesto de enojo dirigido a sí misma. No le agradaba la idea de ser tan transparente y esperaba que nadie más se hubiera dado cuenta. A excepción de Logan, claro; el debía de saberlo de la forma en que sabía ella también que a él le ocurría exactamente lo mismo.

Confusa y desalentada a partes iguales, se detuvo un momento fuera del campus para respirar aire puro, dando una mirada a la parada de autobús a lo lejos. No le tentaba mucho volver a casa para someterse a otra tanda de preguntas de su padre; de modo que decidió ir al café al otro lado de la calle para beber algo y hacer un poco de tiempo. Con suerte, cuando llegara a casa su padre estaría entretenido con algún partido en la televisión y ella podría urdir alguna excusa para pasar el resto del día en su habitación.

Apenas puso un pie en el local, sin embargo, reparó en que tal vez estuviera lejos de encontrar la tranquilidad que estaba buscando.

Al buscar una mesa, su mirada se vio atraída de inmediato por la del fondo, la misma que ocupara con Logan hacía unas semanas cuando fueron allí para que atendiera su mano. Y la mesa no se encontraba vacía. Él estaba allí.

Tara ni siquiera lo pensó; sus pies se movieron antes de que fuera capaz de tomar una decisión. En unos segundos se encontraba de pie a su lado y, cuando él reparó en su presencia, no parecía que estuviera sorprendido del todo. Tal vez no hubiera esperado verla allí pero fue evidente que, de alguna forma, como le ocurría a ella, creía que esos encuentros estaban de alguna forma destinados. Era tan natural como respirar.

No importaba si era ella quien iba hacia él o sucedía al revés. Ni siquiera si lo hacían de forma consciente. Era así y, comprendió Tara de golpe sin saber si sentirse en paz con ello o si debía de morir de miedo, no había nada que pudiera hacer por cambiarlo.

Logan le sonrió y ella se encontró devolviéndole la sonrisa antes de ocupar la silla a su lado.

—Esperaba poder hablar contigo —dijo él; su voz le pareció más profunda que nunca, o tal vez fuera cosa suya, que tenía los sentidos alterados—. Pero no sabía dónde buscarte.

Tara se encogió de hombros y deslizó un dedo para trazar el bordado en el mantel.

—Eres policía —replicó ella con un tono levemente burlón—. Seguro que podrías haber encontrado una forma.

La sonrisa de él se hizo más amplia y Tara advirtió que extendía una mano para rozar la suya; un gesto que a cualquiera que los viera le habría parecido sin duda accidental, un movimiento inconsciente e inofensivo; pero ella sabía que no era así. Sus dedos buscaron los suyos y no hizo nada para apartarlo, por el contrario, rozó sus nudillos con suavidad y contuvo al aliento al sentir su piel contra la suya.

—¿Estás sugiriendo algo ilegal? —Preguntó él sin que la idea pareciera molestarle del todo.

Tara arqueó una ceja y lo miró a los ojos con los labios entreabiertos; por alguna razón, le estaba costando respirar y necesitaba tragar aire con mayor rapidez de lo normal.

—¿Lo sería? —Preguntó ella a su vez.

—No lo sé. Quizá —fue el turno de él para encogerse de hombros—. Pero debí hacerlo de cualquier forma porque es importante que hablemos.

—¿Acerca de qué?

Logan se inclinó hacia ella y Tara sintió el roce de su rodilla en el muslo.

—De nosotros. De lo que pasó...

—No pasó nada.

—¿No?

Tara se humedeció los labios y fijó la mirada en sus manos unidas sobre el mantel. En lugar de responder, cabeceó con suavidad y tensó los dedos alrededor de los suyos.

—¿Podríamos irnos? —Preguntó ella de golpe.

Logan acusó sus palabras sin que se le alterara el semblante, pero Tara advirtió que su mano temblaba tanto como la suya y que su respiración surgía también agitada de entre sus labios.

—¿Tú y yo? —Preguntó él, atento a su respuesta— ¿Juntos?

Tara bajó la mirada un segundo antes de volverla a su rostro y, cuando lo hizo, una expresión determinada había sustituido a cualquier rastro de duda que abrigara hasta entonces. Pero no dijo una palabra, no pudo; eso habría sido demasiado. Tan solo atinó a asentir y, cuando Logan la miró a los ojos, supo que no hacía falta que lo hiciera. Él entendía. Y no hacía falta más.

*Debí haber recogido los restos del desayuno que dejé sobre la mesa del salón,* se dijo Logan sintiéndose un poco confuso en tanto Tara entraba a su casa tras él y se detenía un momento en el vestíbulo para dar una mirada alrededor con las cejas arqueadas y sin disimular su sorpresa.

Tal vez se preguntara como un oficial de policía, por muy detective que fuera, podía pagar un lugar como aquel en una zona tan exclusiva de la ciudad, o quizá tan solo le pareciera extraño el orden con el que se encontró. Aparte de la taza con restos de café y el plato con las migas del emparedado que desayunara ese día, todo estaba en su lugar; los muebles combinaban hasta el último detalle e incluso la chimenea del salón se encontraba lista para ser encendida, sin el más mínimo rastro de hollín.

Por primera vez en su vida, Logan se dijo que tal vez debería de tranquilizarse con esa manía por tener todo bajo control. No iba a pasar nada porque dejara algún cojín tirado por allí ¿no? Quizá a ella no le gustara el orden a ese extremo; tal vez creyera que estaba un poco loco...

—¿Logan?



Él oyó su voz y la observó, atento a su reacción, reprendiéndose por haberse distraído con esa clase de tonterías. Sin embargo, pareció como si Tara pudiera hacerse una idea de lo que debía de estar pensando porque sonrió y tendió una mano hacia él que se apresuró a tomar.

—Me gusta —dijo ella—. Me gusta mucho.

Él cabeceó y tiró de ella con suavidad para que lo siguiera por las escaleras. Tara no vaciló, fue con él mirando de un lado a otro; su atención se vio atraída por un retrato colgado en lo alto del descansillo. Una pareja elegante posaba con un niño pequeño entre ambos que veía a la cámara con una mirada analítica que le arrancó una sonrisa. Pero no se detuvo a hacer preguntas. No era el momento para eso y no era tampoco el motivo por el que se encontraba allí.

Logan no se detuvo hasta que se encontraron dentro de su habitación y su mirada se vio inmediatamente atraída a la cama en el centro cubierta por una manta mullida; una ventana que ocupaba media pared y que le pareció conducía a un estrecho balcón que daba a la calle dejaba entrar una suave brisa que le dio en el rostro cuando Logan la acercó para envolverla entre sus brazos.

Ninguno dijo nada; estaban ya muy lejos de necesitar palabras para expresar lo que sentían. Ella no dudó un segundo en ir con él; era posible, quizá, que fuera ella quien decidió por ambos. Algo le dijo que Logan no la habría puesto en la posición de aceptar o no de haber sido él quien lo sugiriera. Era un paso demasiado grande; incluso un poco peligroso, pero Tara nunca había estado tan segura de algo en su vida.

Cuando sintió las manos de Logan abarcando sus caderas, pasó los brazos por detrás de su cuello tal y como lo había hecho en la academia y suspiró sobre sus labios sin cerrar los ojos. Quería verlo; no deseaba perderse un segundo de aquello. Lo besó como no había besado a nadie nunca: con unas ansias nacidas de lo más profundo de su pecho y él devoró sus labios hasta hacerla gemir. Mordisqueó su lengua y lamió la comisura de su boca sin detener la exploración que habían iniciado sus manos al despojarla primero de la chaqueta y tirando luego de los botones de la blusa para deshacerse de ella dejándola caer por sus hombros.

Tara recorrió la línea de su cuello y descendió por el frente de su camisa, apartando un botón tras otro hasta sentir la piel de su pecho bajo sus dedos; una fina capa de vello le provocó un cosquilleo que estuvo a punto de hacerla sonreír. La prenda se unió a la blusa a sus pies y ella se recreó con la imagen de su torso desnudo; pegó la nariz a la altura de su corazón y aspiró con fuerza para empaparse de su olor. Le pareció como si hubiera formado parte de ella por siempre y se preguntó si a él le ocurriría lo mismo.

Logan soltó el broche de sus pantalones y tiró de ellos hacia abajo; Tara tuvo que apoyarse en sus hombros para quitárselos y, cuando al fin consiguió hacerlo sin caer, los lanzó al otro lado de la habitación de una patada. Su mirada se encontró con la de Logan y ambos sonrieron, quebrando parte de la tensión que los atenazara hasta entonces.

Él la desvistió capa a capa, dejando un rastro ardiente según iba pasando los dedos por la piel descubierta. Los restos de ropa fueron cayendo hasta que se encontró del todo desnuda ante él y se sorprendió al experimentar un leve rastro de vergüenza. Él la había visto antes así. Varias veces. Pero eso era distinto, comprendió luego cuando Logan llevó las manos a su pecho y acarició sus pezones con los dedos arrancándole un gemido de placer.

Tan distinto, se repitió al ir hacia él y apoyar las manos sobre sus caderas para mantener el equilibrio. Aquello no tenía ni punto de comparación con la intimidad que compartían en ese momento. Ella deseaba que la viera y la tocara como nunca había deseado que lo hiciera alguien antes; quería fundirse con él y verlo de la misma forma en la que lo hacía él.

Tara llevó las manos a sus pantalones con un jadeo de apremio y Logan sonrió al ayudarla, deshaciéndose de lo que le quedaba encima hasta encontrarse tan desnudo como ella. Sin perder tiempo, la atrajo hacia él y Tara percibió la dureza contra su piel, ansiosa por ir más allá, por sentirlo dentro de ella.

Logan la tendió sobre la cama y se postró ante ella con las rodillas afirmadas a cada lado de sus caderas. Sus labios cubrieron su rostro con un reguero de besos antes de descender por su cuello, deteniéndose para lamer y mordisquear sus pezones arrancándole un gemido tras otro que no intentó contener.

Su piel quemaba allí donde la rozaba y dirigió sus manos a su espalda, recorriendo la línea que la dividía con la punta de los dedos. Él resopló sobre su pecho al sentir sus caricias y levantó la cabeza de golpe para encontrarse con sus ojos antes de descender sin dejar de besarla hasta detenerse en el triángulo entre sus piernas.

Tara no pudo mantener los ojos abiertos por más tiempo cuando su lengua reclamó aquel punto y terminó por perder el control al sentirlo besar el interior de sus muslos; lamió y succionó con un ritmo cuidado que le dijo que sin duda debía de saber muy bien lo que hacía. Ella sujetó sus hombros y tensó las rodillas al sentirlo penetrar hasta dar con el lugar preciso que terminó por hacer estallar todas sus terminaciones nerviosas.

Habría deseado gritar, pero no fue capaz de hacer nada que no fuera gimotear y respirar una y otra vez golpeando su cabeza contra la almohada; apretaba los ojos con tanta fuerza que le dolían y, cuando consiguió abrirlos unos segundos después, unas luces titilaron ante sus ojos antes de que el rostro de Logan se dibujara sobre ella.

Él tenía la frente perlada de sudor y la veía con una mezcla de satisfacción y necesidad que consiguió encender nuevamente el fuego que parecía encontrarse siempre en su vientre cuando se hallaban juntos. Los rescoldos ardieron una vez más y llevó las manos a su rostro para tirar de él y besarlo, sintiéndolo tenderse sobre ella hasta que no hubo un resquicio de piel que no se tocara.

Abrió las piernas y rodeó sus caderas, alentándolo a hacer lo que ambos deseaban. Logan no la defraudó. Sin dejar de mirarla, se hundió en ella con una sola embestida y Tara jadeó al sentirlo en lo más hondo; hundió los dedos en su espalda y se arqueó para ir hacia él pese a que no podían encontrarse más unidos.

Logan se retiró y volvió a arremeter; se movía con una suavidad enloquecedora que le arrancaba un gemido y otro más según iba ascendiendo en velocidad. Sus acometidas se hicieron más rudas, más profundas, y Tara cogió aire una y otra vez para resistir sus embates, igualando ese ritmo frenético hasta que el mundo pareció detenerse para ellos. Algo dentro de ella se quebró del todo; la última línea que aun la sostenía a tierra terminó por soltarse y se oyó gritando una sarta de palabras que ni siquiera ella pudo descifrar.

Sintió que caía y lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos sin intentar resistirse. Estaba bien. Podía dejarse ir. No estaba sola. Logan la sostenía.

Él, que no se había detenido y continuaba embistiendo cada vez con mayor rapidez, preso de una emoción muy parecida a la suya, se detuvo de golpe y emitió un rugido que resonó en su oído al tenderse sobre ella y abandonarse del todo sin dejar de temblar.

Tara lo envolvió con sus brazos y apretó sus caderas con las rodillas; a pesar del estado en que se encontraba, confusa y medio perdida en medio de ese mar de sensaciones al que habían llegado, supo que no quería que se apartara. No todavía. Necesitaba el contacto de su piel sobre la suya, sentir su aliento en su rostro.

Permanecieron así durante lo que le pareció mucho tiempo hasta que Logan levantó la cabeza

que había mantenido enterrada en su pecho y buscó su mirada con ojos brillantes. Tara advirtió entonces que habían adquirido un tinte verdoso que no había conseguido apreciar antes; sus gafas habían caído por algún lugar en medio de la pasión y eso le permitió examinar su rostro a placer.

Pasó la mano por su cabello y descendió para cubrir la línea de su barbilla, donde una suave barba le arañó los dedos. Ella sonrió al sentirlo soplar sobre ellos y apresar uno con la boca antes de soltarlo y buscar sus labios.

Lo sintió en ella, sus manos explorando el contorno de su cintura con languidez y comprendió que no había lugar a arrepentimientos, que no deseaba pensar en a dónde los llevaría el paso que acababan de dar. En ese momento, al menos, estaba exactamente donde debía estar.

—¿Nunca has pensado en tener un perro o algo así?

Logan miró sobre su hombro y se encontró con el rostro sonriente de Tara que lo veía en tanto llevaba los restos del desayuno a la cocina para dejarlos en el lavaplatos. Acababan de bajar luego de pasar las últimas horas haciendo el amor y la noche estaba al caer; pero ni ella parecía tentada a marcharse ni a Logan le apetecía nada menos en ese momento que dejarla ir.

Tras mucho remolonear, había conseguido convencerla de que fuera con él para comer algo y ahora parecía interesada en inspeccionar la casa con mayor interés del que mostrara al llegar. La vio recorrer habitación tras habitación estudiando los objetos con los que se encontraba; pareció especialmente interesada al dar con su estudio y dio una mirada al escritorio, donde se encontraban sus libros de consulta y sus apuntes antes de dirigirle una sonrisa burlona por el orden en el que encontró todo.

Tendría que tirar algunas cosas de vez en cuando, se repitió él con el ceño fruncido antes de insistir para que lo acompañara a la cocina.

—Tuve un par de peces hace unos años.

Logan respondió a su pregunta poco después, cuando ya había dejado todo en su lugar e inspeccionaba el interior de la nevera con gesto crítico.

—Un pez no es un perro —negó ella ocupando una de las banquetas ante la isla en el centro de la cocina—. Tal vez un gato...

—Requieren mucha atención.

—Pero lo valen.

Logan sacó una caja con los restos de pizza de su cena de la noche anterior y la sostuvo ante Tara hasta verla asentir con entusiasmo para dar a entender que no podía pensar en nada que le apeteciera más.

—No digo que no. Tuvimos mascotas cuando era niño; perros, mayormente, pero cuando me mudé comprendí que no sería fácil cuidar de uno por mí mismo. Paso mucho tiempo fuera y no me parece justo con el animal —explicó él antes de poner los trozos de pizza en un plato y llevarlo al microondas.

Tara lo observó buscar hasta dar con una botella de vino que dejó sobre la mesa con un par de copas.

—Supongo que tienes razón; pero ellos se acostumbran bastante bien. Recuerdo que tuvimos una gata cuando era niña. Era preciosa —comentó ella con una sonrisa nostálgica.

—¿Sí?

—Ajá. Se llamaba Peggy.

Logan sonrió y descorchó la botella para servir el vino.

—Peggy —repitió él—. Bonito nombre.

—Sí, se lo puso mi madre; le encantaban los *Muppets* —recordó ella—. Luego papá recogió a un perro que encontró cerca a la estación al final de su turno por la noche y lo llevó a casa. Le pusimos *Ulises*.

—¿Y qué pasó con ellos?

Tara se encogió de hombros.

—¿Qué ocurre siempre con las mascotas? —Replicó ella con un suspiro—. Murieron. Primero *Ulises*, en realidad; estaba ya algo viejo cuando llegó a casa. Luego *Peggy*; tenía quince años cuando menos. Pero fue genial tenerlos con nosotros.

—No lo dudo. ¿Y no pensaron en acoger a algún otro animal después?

Tara sacudió la cabeza de un lado a otro y miró a Logan en tanto él atendía al pitido del microondas y no respondió hasta que puso las humeantes rebanadas de pizza ante sus ojos.

—No. Para entonces mamá ya no estaba, yo aun iba a la escuela y lo último que necesitaba papá era otra responsabilidad —respondió ella.

—Ya. ¿Qué edad tenías cuando...?

Tara no necesitó que terminara la oración.

—Quince —respondió ella— ¿Y tú? ¿Cuando tu padre...?

—Era algo mayor que tú. Veinte.

Logan suspiró y dio un mordisco a su pizza. En realidad, sentía que sabía mucho más acerca de Tara de lo que había conseguido averiguar en todo el tiempo que llevaban de conocerse, y no que eso fuera mucho.

No solo habían pasado las últimas horas teniendo sexo; también hablaron. Mucho. De todo y de nada; de las cosas más vanas acerca de ellos a las más profundas. Era cuando menos impresionante lo mucho que se habían permitido compartir el uno con el otro una vez que dejaron caer las barreras que mantuvieron entre ambos antes de que decidieran rendirse.

Por eso, ella sabía de su crianza un tanto rígida, lo que debió de explicar muchas de sus manías; le habló de su relación con sus padres, de lo mucho que les afectó a él y a su madre la pérdida de su padre, en especial a ella, y cómo había intentado superar una maraña de años distantes con un acercamiento con ella que si bien estaba lejos de poder ser considerado afectuoso, los mantenía al menos en medio de una relación algo más propia de madre e hijo.

Tara, por su parte, compartió con él lo que habían sido los últimos años. Había poco que decir acerca de su infancia; fue de lo más común, como dijo ella. Padres amorosos, una casita en los suburbios y las necesidades cubiertas con lo justo y necesario; pero ella no lo habría cambiado por nada. Lo duro vino después, claro. Le contó de la enfermedad de su madre, de cómo la vieron consumirse mes a mes hasta que simplemente pareció desvanecerse; la desolación de su padre y de cómo quizá habrían conseguido sobrellevarlo todo un poco mejor si él no hubiera tenido ese accidente.

A su parecer, todo empezaba a mejorar, sin embargo, le aseguró ella. Su padre parecía cada vez más animado; a gusto con su nueva rutina y mejorando cada día gracias a la rehabilitación. El verla a punto de terminar sus estudios había contribuido también a darle cierta tranquilidad, de allí que ella estuviera tan afanada en hacer las cosas tan bien como podía.

—No existe una edad adecuada para perder a un padre —mencionó ella luego de dar un par de mordiscos a su comida con semblante pensativo—. Solo... sigues con tu vida como mejor puedes hasta que deja de doler un poco y en lugar de sentirte miserable porque ya no está allí puedes empezar a recordar las cosas buenas.

Logan asintió.

—Sí, creo que tienes razón —indicó él; su voz adquirió un tono más ligero antes de continuar—. Pero respecto a la mascota...

—Fue solo una sugerencia.

—¿Crees que le daría algo de vida a este lugar?

Tara se encogió de hombros y dio una mirada alrededor, deteniéndose en la encimera cubierta por aparatos modernos que parecían utilizarse con poca frecuencia.

—Quizá. Aunque bueno, estás tú, y creo que deberías de bastar para eso ¿no?

Logan le devolvió la sonrisa.

—Supongo —aceptó él—. Aunque...

—¿Si?

Él apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia ella para hablar sobre sus labios.

—Nunca me he sentido más vivo que en este momento —reconoció él.

Tara tragó el trozo de pizza que se le había atascado en la garganta y exhaló de golpe.

—¿Si?

Logan sonrió al oír su voz ahogada.

—Nunca —repitió él—. Y todo parece más vivo ahora también.

Tara apartó la mirada de sus ojos e intentó hacer como si no pudiera oír su corazón martilleando contra su pecho. Sin embargo, cuando se sintió lo bastante segura para levantarlos de nuevo, se encontró con que él continuaba mirándola y entonces no pudo hacer nada que no fuera obedecer a su corazón y buscar sus labios para besarlos como si necesitara tomar el aire de él y así continuar respirando.

Cuando se apartó, Logan tomó un mechón de su cabello y lo acomodó tras su oreja con expresión pensativa.

—Pero no descarto tomar tu sugerencia de la mascota —anotó él con una pequeña sonrisa.

Tara carraspeó y asintió.

—Bien. Eso estaría muy bien.

Fue Logan quien la besó entonces y ella dejó de pensar.

## CAPÍTULO 6

Los exámenes de Tara estaban a la vuelta de la esquina y apenas conseguía mantenerse concentrada para dividir su tiempo entre las clases, las horas que posaba en la escuela de arte y el rígido calendario de estudio que había elaborado con la ayuda de Max para no dejar nada al azar.

Y estaba Logan también, se recordaba ella con frecuencia cuando tenía un momento para darse un respiro de ese ritmo frenético que había adquirido su vida.

Procuraban verse tanto como sus horarios lo permitían. A veces él la esperaba fuera de la academia cuando terminaba sus clases para ir a comer algo; siempre eran lo bastante discretos para evitar llamar la atención. Logan había terminado con sus conferencias y técnicamente jamás fue un profesor, pero Tara dudaba de que el sargento Bowie fuera capaz de apreciar ese leve matiz. Además, no le gustaba ser el centro de las habladurías y sin duda salir con el hombre que hasta hacía unos días había impartido clases allí levantaría algunas cejas.

Cuando sus horarios no les permitían reunirse, pasaban horas hablando por teléfono; una forma de mantenerse al día y de continuar con esas confidencias que habían iniciado la primera vez que pasaron la noche juntos. Tara estaba ansiosa por saberlo todo de él y lo mismo parecía ocurrirle a Logan. Cuando hablaban se interrumpían el uno al otro para hacer preguntas o recordar algo que habían olvidado mencionar durante su última charla. Ella no recordaba haber sentido antes una necesidad como aquella o sentirse conectada a ese grado con otra persona. Era raro, maravilloso, y un poquito abrumador. Todo al mismo tiempo.

Sin embargo, no había nada que disfrutara más que pasar el tiempo con él en su casa. Allí podía verlo realmente; descubrir sus muchas manías, las cuales consideraba hilarantes, y también apreciar los mil y un detalles que componían a ese hombre que se había convertido, de la noche en la mañana, en una de las personas más importantes de su vida.

Logan dejaba que husmeara entre sus cosas e incluso había decidido compartir con ella el caso en el que trabajaba. Tara estaba fascinada por las complejidades del trabajo policial; aun más porque sabía que ella, como novata, tendría que esperar mucho tiempo antes de poder asomarse siquiera a algo como aquello. Oía a Logan sin perderse una palabra y nada le hacía más feliz que aportar alguna idea que pudiera ayudarle a resolver ese asunto.

Para su sorpresa, aunque él pareció algo menos asombrado que ella al mencionarlo, tenía una mente lo bastante analítica como para entender las cosas al vuelo y conseguir meterse en los entresijos de una mente criminal. A Tara aquello no le sonó muy bien, pero estaba encantada de escuchar cualquier halago que él quisiera dirigirle.

Reían mucho también. Todo el tiempo.

En la cama al hacer al amor, y luego en tanto yacían uno en brazos del otro contándose sus secretos. Cuando Tara intentaba aleccionarlo de que podía vivir de algo que no fuera comida congelada. Después de todo, como le dijo ella más de una vez cuando le descargó algunas recetas sencillas y las pegó en la nevera, alterando con satisfacción el orden que él mantuviera allí, como hija de un gran cocinero no estaba dispuesta a cenar pizza recalentada más de lo necesario.

Logan la dejaba hacer y aunque a veces refunfuñaba al encontrarse con las cosas en lugares en los que no recordaba haberlos dejado, era evidente que le hacía feliz cualquier rastro que ella dejara a su paso.

Cuando ya llevaban un par de semanas sumidos en esa rutina, Tara se sorprendió a sí misma al recibir la llave que él le dio sin poner un solo reparo. Logan insistió en que se trataba tan solo de

un gesto práctico; con sus horarios que parecían siempre colisionar y sus turnos cambiantes en la estación, no les vendría mal que ella pudiera esperar por él y en tanto continuar destrozando su orden, como mencionó entre risas. Y podría usar sus libros para estudiar o pasar el rato hasta que él llegara; era, como insistió, tan solo una medida razonable en la situación un tanto extraña en que se encontraban.

*¿Dónde había quedado la chica sensata y desconfiada que se había esmerado tanto por construir?*, se preguntó Tara más de una vez en las tardes en que permanecía con las rodillas dobladas en el sillón, leyendo sus apuntes en tanto mordisqueaba la comida que llevara con ella. Logan le había hecho algo, sin duda; aunque no tenía muy claro de qué se trataba y la posibilidad de que se encontrara irremisiblemente enamorada permanecía bien refundida en el fondo de su mente. No se atrevía a explorar demasiado en ello. Primero tenía que rendir los exámenes y salir bien librada de ellos. Cuando hubiera pasado la graduación... bueno, quizá entonces se permitiera considerarlo.

Además, también estaba el tema de su padre. El señor Duncan no tenía un pelo de tonto, y la conocía como nadie, así que fue el primero, incluso antes que Max, que se dio cuenta de que algo ocurría en su vida. Y sin embargo, la sorprendió al no hacer demasiadas preguntas; sin duda muchas menos de las que había esperado tratándose de él. Tan solo la contemplaba con las cejas arqueadas cuando la veía llegar tarde y con una sonrisa de boba en el rostro.

Y ella se metía a la cama sin dejar de pensar en que jamás habría podido imaginarse viviendo algo como aquello pero que daría cualquier cosa porque no terminara jamás.

—Tengo las ordenes que encargaste; no fue sencillo y es posible que termine pagando por esto, así que más te vale que tus instintos sean correctos. Por cierto, he decidido raparme el cabello y hacerme un tatuaje en la mejilla; a Ángela siempre le han gustado y queremos innovar en la relación.

Logan frunció el ceño y alternó la mirada de las notas en que trabajaba al rostro de su jefe, que lo veía a su vez desde el otro lado del escritorio con expresión socarrona.

—¿Cómo? —Logan miró el legajo que acababa de dejar ante él y asintió un tanto distraído—. Ah, sí, gracias.

—¿Y qué opinas de lo del cabello y el tatuaje?

—¿Perdón?

Morgan sacudió la cabeza y se pasó una mano por su espesa mata de cabello rubio oscuro en un gesto que dejaba en claro que nunca haría algo como deshacerse de él; pero al menos sirvió para confirmar que su agente estaba más despistado de lo usual.

—Olvidalo —dijo él— ¿Y qué hay de nuevo?

Logan carraspeó y asentó los papeles sobre el escritorio; se quitó las gafas y masajéo el puente de la nariz. Llevaba horas allí sin parar de leer y tomar apuntes y las letras empezaban a danzar ante sus ojos. Le vendría bien un descanso, reconoció prestando atención a su amigo.

—Precisamente pensaba buscarte luego para hablarte de eso —Logan buscó entre los papeles y tendió uno a su jefe—. Gracias a la declaración de Quinn, creo que ya he dado con el punto de partida. Al parecer, él es solo un pequeño pez en un tanque de pirañas. Según me dijo, él se encargaba de introducir en el país piezas que pertenecían a un listado de bienes patrimoniales, en su mayoría asiáticos, que jamás debieron comerciarse; pero falseaba la documentación con la ayuda de algunos agentes de aduana a quienes mantenía sobornados. Hizo una buena fortuna así; pero no es nada comparado con lo que ganó la gente para la que trabajaba.

—¿Para eso necesitabas las ordenes? ¿Para requisar los almacenes de esta gente?

Logan asintió ante la pregunta.

—Sí. Y también sus oficinas —indicó él—. Si te fijas en los nombres, verás que se trata de gente con mucho poder en el mundo del arte; algunos incluso ocupan cargos importantes en el Museo de Baltimore; eso sin considerar que deben de tener grandes amigos en el gobierno.

—Lo que les daría la oportunidad de pedir algunos favores para que se hicieran de la vida gorda en tanto ellos saqueaban algún país para enriquecerse con su historia —Morgan hizo un gesto de desagrado— ¿Conoces a alguno?

Logan asintió con el ceño levemente fruncido.

—A un par —reconoció él—. Los he visto en las galerías que acostumbro visitar y también me los he encontrado alguna vez en las cenas de mi madre.

Morgan cabeceó, haciéndose una idea de que debían de pertenecer al mismo círculo que su familia y que al parecer aquello estaba lejos de hacerle gracia.

—Ya. Supongo que eso no significará ningún problema —tanteó él.

Los ojos de Logan destellaron al fijarlos en el rostro de su amigo con expresión ceñuda.

—Desde luego que no —respondió sin vacilar—. Haré lo que tenga que hacer.

—Muy bien.

Ninguno dijo nada de inmediato y Morgan aprovechó ese silencio para examinar a su agente con ojo crítico.

—¿Y bien?

La pregunta surgió de sus labios en tono impaciente.

—¿Y bien qué? —Logan le dirigió una mirada un tanto confusa.

—¿Qué más?

—Bueno, eso es todo hasta ahora; pero usaré las órdenes que conseguiste para hacer las requisas esta tarde. Ya tengo un equipo armado; te mantendré informado de lo que averigüe.

Morgan hizo un gesto para dar a entender que eso estaba muy bien, pero no había sido a aquello precisamente a lo que se refería.

—Sí, claro, estaré atento; pero yo preguntaba por algo más —explicó él.

—¿Algo como qué?

—Me refiero a ti.

El gesto de confusión se acentuó en el rostro de Logan y observó a su amigo sin comprender.

—¿Qué pasa conmigo? —Preguntó él.

—Eso es lo que me gustaría saber.

—No entiendo.

Morgan hizo un gesto de desaliento, pero fue obvio que estaba lejos de darse por vencido.

—Estás raro —indicó él al fin—. Más de lo normal.

Logan ladeó el rostro y dirigió al otro hombre una mirada recelosa.

—No tengo idea de a qué te refieres.

—¿Estás saliendo con alguien?

—¿Qué?

La respuesta de Logan surgió en un tono más agudo de lo que le habría gustado y tuvo que carraspear cuando se encontró con el rostro burlón de su amigo.

—¿De dónde sacas eso? —Preguntó él entonces, más seguro.

—Es evidente.

—No veo cómo.



Morgan hizo como que no advertía la postura envarada asumida por Logan o que lo observara como si estuviera tentado a hacerle tragar los papeles que aferraba entre los dedos en un gesto de desinterés poco propio en un hombre tan meticuloso como él.

—Podría pasarme horas enumerando todas las señales, pero tengo una reunión con el comisionado en diez minutos, así que basta con decir que se te nota en la cara —resumió él sin andarse con rodeos—. Nunca te había visto sonreír tanto.

—Yo sonrío —replicó su amigo en tono ofendido.

—No como ahora, y esa es solo la prueba más evidente. Estás raro, Logan, pero a diferencia de lo habitual, diría que ahora lo estás en el buen sentido. Y en mi experiencia eso solo ocurre cuando pasa algo importante en nuestras vidas, algo que nos hace felices. Como enamorarnos.

Logan abrió la boca para negarlo, pero no consiguió emitir ningún sonido y Morgan pareció tomar aquello como la confirmación de sus sospechas, por lo que adoptó una expresión satisfecha antes de ponerse de pie y sacudirse una mota invisible de la chaqueta.

—Me alegro por ti; ya era hora —indicó él, cabeceando y sin darle tiempo a decir nada; lo que fue un buen gesto de su parte porque no pareció que Logan hubiera podido hacerlo siquiera de haber querido—. Tienes que presentármela un día de estos. Tráela a cenar a casa para que Ángela pueda conocerla también.

Logan resopló y asentó las manos sobre el escritorio; parecía como si al fin hubiera recuperado el control sobre sí mismo y, de paso, la capacidad de hablar. Sin embargo, aunque se veía un poco consternado, no increpó a su amigo por llegar a esa conclusión sin que él dijera algo al respecto ni tomó a mal que se arrogara el papel de compañero curioso. En lugar de ello, le dirigió una mirada cansada en la que se traslucía una buena parte de aprecio y asintió con gesto brusco.

—Te buscaré en cuanto vuelva de hacer los registros esta tarde —dijo tan solo.

Morgan sonrió y dio unos golpecitos al escritorio antes de marcharse con las manos en los bolsillos y, Logan habría podido jurarlo, silbaba en tanto atravesaba el corredor perdiéndose escaleras abajo unos minutos después.

Genial, se dijo Logan enterrando la cabeza entre las manos en cuanto estuvo seguro de que se encontraba a solas. Si Morgan, que vivía para el trabajo y apenas era capaz de mirar más allá de su nariz y cuyo mundo se dividía entre la estación y la vida en su hogar, había sido capaz de deducir algo que a él todavía le costaba procesar, entonces no tenía sentido negarlo más. Estaba perdido.

O enamorado, como dijo él. A su parecer, daba más o menos lo mismo.

Por primera vez en mucho tiempo, Tara se levantó al amanecer del domingo y, tras dejar una nota a su padre en la que le decía que pensaba pasar el día fuera pero que volvería para la cena y que ella se encargaría del postre, se dirigió a casa de Logan.

Apenas eran las ocho cuando llegó y en lugar de llamar al timbre decidió abrir con la llave que él le había dado para sorprenderlo. Sonrió al notar una manta lanzada al descuido sobre el sillón y dejó las cosas que había llevado para el desayuno; panecillos y café recién hecho de una pastelería que encontró en el camino.

Logan necesitaba una mascota, se repitió como hacía con frecuencia. Un ser vivo que le moviera la cola al verlo llegar y que hiciera un poco de ruido para animar ese lugar que, aun cuando le parecía precioso, en su opinión necesitaba algo más para terminar de parecer un hogar.

Subió al dormitorio y encontró a Logan durmiendo boca abajo; las mantas se le enredaban en

las piernas y tuvo una muy buena vista de su trasero cubierto por unos cortos bóxers.

Tara sonrió y se inclinó sobre él, soplando con suavidad en su sien. Él tenía una almohada aferrada bajo el brazo y lo vio parpadear, suspirando aun sumergido entre sueños antes de enfocarla bien y sujetar su mano entre los dedos.

—En serio ¿cómo has sobrevivido todo este tiempo sin que un homicida despiadado te asesine mientras duermes? Eres un policía fuera de lo común —musitó ella con una risita apartando un mechón de cabello oscuro de sus ojos—. Mi padre salta cuando alguien se le acerca incluso estando despierto.

Logan se desperezó y tiró suavemente de su brazo para que se tendiera a su lado y ella dejó sobre la mesa de noche el vaso con café que llevara antes de arrebujarse junto a él.

—Estaba soñando contigo.

Tara arqueó una ceja y procuró que no se le notara demasiado que su corazón se había saltado un latido.

—¿De verdad? —replicó ella sin dejar de sonreír—. Espero que no fuera una pesadilla.

Logan sacudió la cabeza de un lado a otro y empezó a deslizar una mano por debajo de su camiseta.

—No; no lo recuerdo muy bien pero era algo bueno.

Tara suspiró al sentir el toque de sus dedos haciendo a un lado el encaje del sujetador para abarcar uno de sus pechos.

—Qué alivio —susurró ella ahogando un jadeo—. Deja eso, tenemos mucho que hacer.

Logan, que parecía ya despierto del todo, se incorporó y la sujetó por las caderas para que se tendiera sobre él.

—Lo sé; pero lo que tenemos que hacer es precisamente esto —dijo él—. Te he extrañado.

Tara se abstuvo de decir que ella también lo había hecho aunque acababan de verse la tarde anterior y se apoyó sobre su pecho con las palmas abiertas, frotando sus caderas con una sonrisa.

—Se nota —comentó ella, divertida y excitada a partes iguales—. Quiero que vayamos a dar un paseo.

—Pero es domingo.

—Y precisamente por eso tenemos el tiempo para hacerlo. Esta semana será difícil para mí; empiezo los exámenes en la academia y no sé cuándo tendremos la oportunidad de tomarnos un descanso —Tara inclinó el cuerpo hacia adelante y habló sobre sus labios sin dejar de moverse— ¿Qué dices?

Logan ahogó un gemido y echó la cabeza hacia atrás al tiempo que la asía por los muslos para incrementar la fricción.

—¿Puedo negarme? —Preguntó él a su vez.

—Claro que sí, aunque no haría mayor diferencia.

Tara intentó apartarse pero él no se lo permitió y no pareció como si eso le molestara mucho. Por el contrario, jadeó cuando lo sintió tirar de sus pantalones hacia abajo para introducir una mano bajo las bragas.

—Pero...

Logan sonrió al ver el efecto que sus caricias tenían en ella y sostuvo su mirada mientras Tara se frotaba contra sus dedos y usaba la mano libre para buscar la abertura en sus bóxers. Él gimió cuando lo sostuvo para llevarlo a su interior y enterró los dedos en su carne para hacerla descender hasta que se encontraron completamente unidos.

—¿Pero qué? —Preguntó él con lo último que le quedaba de sentido común.

Tara se balanceó hacia adelante y atrás con el cuello arqueado y Logan admiró la línea de su mandíbula tirante y la forma en que sus ojos almendrados relampaguearon al buscar su rostro.

—Podemos ir más tarde —susurró ella, vencida.

Logan sonrió y se incorporó a medias para buscar sus labios.

Había estado en lo cierto al considerar que estaba perdido, se dijo en medio de la maraña en que se convirtieron sus pensamientos poco después en tanto acallaba los suspiros de Tara, llevándolos a su interior para que se convirtieran también en parte de él, como muchas cosas tuyas que sentía que ahora le pertenecían también.

Y nada lo había hecho sentir más feliz.

—¿Por qué alguien haría turismo en la ciudad en la que ha vivido toda su vida?

Tara torció el gesto al oír las quejas de Logan, que le parecieron menos firmes que hacía un par de horas antes cuando consiguió convencerlo de dejar la casa y dar una vuelta por el centro de Baltimore.

—Porque es hermosa —respondió ella sin vacilar—. Y porque tomar aire puro es muy saludable.

—No digo que no lo sea, siempre me ha gustado, pero podríamos...

Tara aferró la mano que sostenía la suya, algo que la había mantenido con una sonrisa idiota desde que fue él quien buscara el contacto tan pronto como iniciaron el paseo, y dio un leve tirón para acercar su rostro al suyo y mirarlo con el ceño fruncido.

—No —dijo ella—. Ya hemos tenido bastante de holgazanear por casa. Ahora vamos a dar un paseo.

Logan no lo discutió, aunque a él se le ocurrían muchas cosas más que hacer en casa que holgazanear, consideró al pensar en que, por ejemplo, le habría encantado usar la enorme tina que tenía en el baño con ella.

—Está bien. Paseamos entonces —aceptó él—. Serás mi guía, supongo.

Tara respondió con una sonrisa y Logan se sorprendió pensando que, de golpe, la idea de dar vueltas por la ciudad no le parecía tan mala. Siempre que ella le sonriera de esa forma.

Baltimore tenía un encanto muy particular, pero él jamás le había prestado demasiada atención; no más, al menos, de lo que la mayor parte de la gente le destina a los lugares que conocen de toda la vida. Él había nacido allí, como dijo a Tara, y no podía recordar que sus padres lo llevaran nunca a admirar la ciudad; cuando mucho había hecho un par de excursiones cuando estaba en la escuela, pero eso era todo. La vida le había llevado a preocuparse por otras cosas y, aun cuando disfrutaba de mirar las calles cuando conducía, estaba lejos de ser un caminante en toda regla, como parecía ser el caso de la mujer que iba a su lado parlotando y señalando cada cosa que llamaba su atención.

Tara lo arrastró por la zona norte, cruzando la calle que daba nombre a la ciudad, sin dejar de hacer comentarios que se incrementaron tan pronto como los carteles que señalaban la escuela de música de Baltimore y la casa de la Ópera se distinguieron a los lejos. Ella apresuró el paso y Logan fue tras ella al verla detenerse ante los edificios, leyendo las placas situadas en lo alto para repetir la información con voz emocionada.

Él estaba seguro de que no era la primera vez que ella se encontraba allí y leía esas mismas palabras, y por eso su admiración se redobló por conservar la capacidad de sorprenderse y apreciar las cosas una y otra vez sin que la repetición quitara un ápice de magia a la experiencia. No habría concierto esa tarde, comprobaron al buscar en la taquilla, pero él le prometió que

encontrarían una oportunidad en el futuro y tomó como una buena señal que a Tara aquella promesa no pareciera asustarla.

Pasearon sin soltar sus manos por varias galerías de arte que Logan conocía y él ocupó el lugar de entendido entonces para contarle acerca de las obras dispuestas en las paredes, hablando de los artistas que conocía y de la influencia que podía ver en cada uno de ellos. Tara le sonreía cada vez que lo veía perderse en sus recuerdos y advertía cuán importante era todo aquello para él.

La mañana transcurrió con una rapidez asombrosa y, de no haber sido porque al salir de una galería llegó a ellos un aroma delicioso que les recordó que llevaban casi todo el día sin comer, no habrían atinado a buscar un lugar para almorzar.

Tara conocía un local de comida mexicana que sugirió tan pronto como reparó en qué parte de la ciudad se encontraban. Comieron sin dejar de parlotear y reanudaron el paseo tan pronto como se encontraron saciados siguiendo la avenida Bolton Hill para regresar por una ruta distinta a la que habían usado para llegar.

Logan le señaló la casa en la que había crecido, cerca de allí, en una urbanización un tanto apartada y de la que se distinguían tan solo los techos a dos aguas y las verjas que separaban la propiedad de la acera y el parque frente a ella y donde él recordaba haber aprendido a andar en bicicleta.

Tara inspeccionó el lugar con ojo crítico y le dirigió una mirada curiosa antes de reanudar la marcha, pero no hizo comentarios aunque Logan reparó en que le había sorprendido un poco. Si la sorpresa le había desagradado, eso no lo tenía muy seguro.

Reanudaron la charla una vez que se encontraron cerca de casa y Tara se detuvo un momento en la pastelería en que comprara el desayuno algo más temprano para hacerse con algunos pasteles para llevar a su padre para la cena, como prometiera. También eligió algunos para Logan. Así comería algo además de la pizza, mencionó ella sonriente una vez que los dejó en la encimera de la cocina y fue a recoger las cosas que dejara en el salón al llegar.

Él no intentó convencerla de quedarse; no había absolutamente nada en el mundo que deseara más; sin embargo, sabía lo importante que era su padre para ella y cómo habría odiado romper su promesa. Pero sí que la persuadió de quedarse al menos un rato más y permitir que él la llevara a casa para disponer de un poco más de tiempo para ambos.

Hicieron el amor apurados sobre el sofá y se quedaron un rato hablando a media voz antes de que ella comprobara nuevamente la hora y diera un salto, gritando que llegaría tarde. Logan condujo con rapidez una vez que se pusieron en camino y, al detener el coche ante la calle de Tara, examinó las cercanías con curiosidad. No se lo dijo entonces, pero sentía la necesidad de conocer el lugar en que había crecido de la misma forma en que no había conseguido contener el impulso de mostrarle el suyo. Así como pensó antes que deseaba atesorar cada parte suya, convertirlas en parte de él, de la misma forma anhelaba que ella tuviera también algo que le perteneciera. Como sus recuerdos. E incluso su corazón.

Tara se mostró un poco nerviosa en tanto lo observaba curiosear sin ocultar su interés, pero no dijo una palabra hasta que reparó en que la luz del porche de su casa se encontraba encendida. Solo entonces buscó sus labios con rapidez y lo besó acunando su rostro entre las manos antes de tomar sus cosas y bajar corriendo para dirigirse a su casa.

Logan la observó entrar y, poco después, la puerta se cerró pero la luz se mantuvo encendida y él se quedó contemplándola unos minutos antes de poner el auto en marcha y perderse en la oscuridad.

## CAPÍTULO 7

Tara estuvo en lo cierto al decir que una vez que iniciaran sus exámenes tendrían muy difícil verse. Tanto que, luego de esa salida, no pudieron hacerlo nuevamente hasta la siguiente semana durante la clase de Logan en la escuela de arte.

Si antes el posar ante Logan le había resultado un poco violento porque había sido muy consciente de la atracción entre ambos; el que se encontraran juntos aun cuando fuera en una dinámica incierta que ninguno se atrevía a nombrar solo lo hacía más raro.

Era cuando menos perturbador desnudarse ante un grupo de personas sabiendo que una de ellas la conocía de una forma tan íntima y que, además, ocupaba un lugar tan importante en su vida. A Tara le costaba mantenerse impasible al sentir su mirada sobre su piel y tenía que hacer acopio de toneladas de autocontrol para no evocar las veces en que la había acariciado y cuán bien conocía cada resquicio de su cuerpo.

Podía decir a favor de Logan, sin embargo, que él adoptaba una actitud sorprendentemente profesional durante las sesiones. Lo mismo que la mayor parte del grupo, cumplía con su trabajo al intentar plasmar su figura en el papel y procuraba mostrar una expresión impávida cada vez que Lisa hacía algún comentario para que estudiaran determinada parte de su cuerpo o se inclinaba hacia ella para captar el efecto de la luz sobre su piel.

Él acostumbraba esperar a que ella se marchara una vez que terminaba la clase para retirarse también y Tara tuvo la satisfacción de comprobar que nunca se quedaba a hablar con Lisa pese a que eran evidentes los esfuerzos de la profesora por captar su atención.

Lo único que parecía molestarle, pese a que se cuidó de hacer algún comentario al respecto, era la presencia del hombre al que Tara golpeara hacia lo que parecía haber transcurrido mucho tiempo. Él continuaba asistiendo a las clases pese a que, al parecer de Logan luego de haber atisbado en su trabajo en las primeras sesiones, estaba lejos de ser un retratista muy talentoso.

Tal vez no tuviera nada mejor que hacer un sábado, o le avergonzara reconocer que no servía para ello. O quizá solo disfrutara de incomodar a Tara luego de que ella lo humillara de la forma en que lo hizo. Como fuera, Logan mantenía una mirada de halcón puesta en él durante buena parte de la clase y tuvo la satisfacción de advertir, más de una vez, que él se revolvió incómodo en el asiento cada vez que notaba esa vigilancia. Alguna vez le había sonreído con una mueca cómplice, pero bastaba con que se encontrara con su gesto ceñudo para que borrara la sonrisa de su rostro y la fijara en la libreta de dibujo.

A Logan le importaba más bien poco lo que él pudiera deducir de su actitud. No era un hombre posesivo ni tenía un carácter particularmente sobreprotector; no más de lo normal, al menos. Pero odiaba la idea de que Tara debiera tolerar aquello solo porque era obcecada y estaba determinada a mantener una actitud estoica sin quejarse. El curso estaba por terminar, además, así que ella lo dejaría entonces como le comentó un día en que hablaron acerca de qué pensaba hacer una vez que se graduara y empezara a hacer sus prácticas donde fuera que decidiera enviarla el departamento.

Posar estaba bien para pagar las cuentas mientras estudiaba, resumió ella con ese talante práctico y desenfadado que él había aprendido a admirar; pero no tenía ningún interés en continuar con ello una vez que empezara a recibir una paga formal.

Logan había tenido que reconocer que aquello había supuesto un enorme alivio para él aun cuando no se lo dijo entonces. De haber decidido continuar, además, jamás se le hubiera ocurrido oponerse; sabía que ella no lo hubiera tolerado. Pero en realidad daba igual, se dijo después al

pensar en ello. La vida con Tara estaba plagada de tantas experiencias, la mayor parte de ellas buenas aunque distaran de ser perfectas, que había aprendido a relajar sus defensas y a tomar las cosas con más calma.

Excepto cuando no podía verla o abrazarla como le habría gustado hacerlo.

Luego de las sesiones en la escuela de arte él esperaba por ella cerca a la parada del autobús y se dirigían a su casa para hacer el amor sin prisas y pasar un rato juntos antes de que ella debiera marcharse y así continuó siendo todo durante un par de semanas más hasta que ella terminó con los exámenes y solo quedó esperar para conocer los resultados.

Sin embargo, eso no permitió que pudieran verse como a ambos les hubiera gustado porque los horarios de Logan estaban lejos de haberse flexibilizado. Al contrario, estaba en la recta final de la resolución de su caso y pasaba más tiempo en la estación que en casa.

Era habitual que llegara muy temprano para ponerse con los avances y mantener largas reuniones con Morgan y los fiscales que habían sido asignados al caso tan pronto como se dieron cuenta de que, si actuaban con inteligencia, podrían desmontar una organización criminal de tráfico de antigüedades que operaba al más alto nivel. Por lo pronto, los abogados contaban ya con el nombre de dos senadores y cuando menos un par de oficiales del departamento de aduanas metidos hasta en cuello en todo ese desastre.

A todos se les había ofrecido beneficios con tal de mantener el caso en silencio hasta que dieran con las cabezas de la organización. Una vez que se hicieran las acusaciones, se les ofrecería una pena menor; eso siempre y cuando dijeran algo que les sirviera, claro.

Logan iba de un lado a otro organizando requisas y facilitando información a Morgan para que fuera él quien se ocupara de llevarla al comisionado y entablar conversaciones con los gobiernos de los que fueron sustraídos los objetos que había conseguido incautar hasta entonces. Cuando todo terminara, las piezas volverían a sus lugares de origen, pero de eso se encargarían los canales que se ocupaban de las relaciones internacionales; muy lejos del trabajo destinado a un precinto pequeño en uno de los suburbios de Baltimore.

Mientras tanto, Logan seguía abocado a su trabajo para no dejar un solo cabo suelto que pudiera traerles problemas más adelante. Y se sentía muy satisfecho por todo lo que lograra hasta entonces. Morgan ya había deslizado la posibilidad de que aquello le significara un nuevo ascenso; incluso una medalla si eso conseguía que el país robusteciera sus relaciones con los gobiernos a los que su trabajo permitiría recuperar sus tesoros.

A Logan aquello le halagó mucho, claro; no era de piedra y tenía un ego tan saludable como el de cualquiera, pero no era por eso por lo que lo hacía; tenía bastante con saber que estaba en lo cierto al seguir sus instintos y que todos sus esfuerzos estaban a punto de llevarlos a donde deseaba. Lo único que lamentaba era que aquello le impidiera pasar tanto tiempo al lado de Tara como le hubiera gustado.

Cada vez que pensaba en que ella se encontraba libre al fin de los exámenes que la tuvieran al borde de la locura durante semanas y que de no ser por todo su trabajo él podría encontrarse a su lado, sentía su corazón apretar contra su pecho y le costaba no ceder a la tentación de llamarla para cuando menos poder oír su voz.

Acordaron verse un par de veces, pero había tenido que cancelar a último momento y, aun cuando ella pareció entenderlo, eso estaba lejos de ser un consuelo para él. Quizá esa fuera una de las razones por las que se mostraba tan determinado a terminar con ese caso lo antes posible.

Veía finalmente un camino pavimentado para ambos en lo que a su relación se refería y estaba seguro de que había llegado el momento de que dejaran sus reservas a un lado y le pusieran un

nombre a lo que sucedía entre ellos.

Él la amaba. Lo tenía muy claro y deseaba decírselo aun cuando no estuviera seguro de si ella sentía lo mismo.

Posiblemente lo descubriera pronto, se dijo sin poder evitar el sentir una sensación desagradable en el estómago al considerar que tal vez no tuviera la respuesta que deseaba. Pero era eso o permanecer callado y si había algo que tenía del todo claro era que, al menos en lo que a su relación con Tara se refería, no estaba dispuesto a guardarse nada.

Cuando Tara despertó la mañana en que recibiría finalmente los resultados de sus exámenes permaneció tendida un rato en la cama dando vueltas respecto a lo que podría esperar. Estaba segura de aprobar; no era tan modesta como para no reconocer que le había resultado medianamente sencillo desarrollar cada uno de ellos para obtener una buena calificación. Algunos se le resistieron algo más que otros, pero nada fuera de lo esperado; supo resolverlo todo.

Contaba con ocupar uno de los primeros puestos para tener la oportunidad de postular a los precintos con mejor reputación; pero de eso no estaba tan segura. Supuso que lo sabría pronto.

Se puso de pie con un bostezo. Terminadas las clases, había decidido darse el gusto de dormir un poco más; últimamente tenía sueño todo el tiempo, además, y el señor Duncan decía que no era para menos considerando que había pasado los últimos tres años estudiando a sol y sombra, eso sin mencionar sus empleos de fin de semana y el poco tiempo que dedicaba a descansar. Que aprovechara ahora que podía, había recalcado, porque en cuanto estuviera al mando de algún sargento malhumorado en el lugar al que fuera destacada podía estar segura de que pasaría ya bastantes malas noches.

Había acordado cenar con Logan para contarle cómo le había ido con los resultados, así que tenía el día libre y pensaba pasarlo con su padre. El señor Robinson pasaría por la tarde para ocuparse de su terapia y deseaba estar presente para ver sus progresos; hacía mucho que no lo acompañaba en ese trance y se sentía un poco mal de haber esperado a ese momento para ocuparse de ello aunque su padre nunca se lo había reprochado.

Lo encontró preparando el desayuno y lo saludó con un gruñido luego de darle un beso en la mejilla. No era una persona matutina y apenas conseguía hilar un par de palabras antes de haber bebido un par de tazas de café; él la conocía bien, así que le dirigió una sonrisa burlona al verla buscar una taza en el aparador y servirse una buena cantidad que él dejara para ella en la cafetera.

Tara sorbió con semblante pensativo pero hizo un gesto de desagrado cuando iba por la mitad de la taza y observó a su padre con el ceño fruncido.

—Sabe raro —dijo ella— ¿Le pusiste azúcar?

El señor Duncan la miró por encima del hombro y asintió antes de volver su atención a la sartén en que freía unas lonjas de jamón.

—Claro que sí, y es el mismo de siempre —comentó él—. Lo sentí bien cuando lo tomé.

Tara se encogió de hombros e hizo un mohín antes de hacer la taza a un lado. De pronto dejó de parecerle apetitoso empezar el día con eso y miró a su padre, atenta a sus movimientos sin decir más.

Esbozó una sonrisa al reparar en que iba de un lado al otro de la mesada sin usar el bastón y que apenas hacía un leve gesto de dolor al asentar el pie sobre el suelo.

—Estás muy ágil hoy —mencionó ella—. Y muy guapo. ¿Te has hecho algo en el cabello?

Su padre apretó los labios y sirvió unos panecillos y el jamón en un plato al lado de un par de huevos que puso ante ella.

—Apenas —respondió él volviendo ante la hornilla para servirse un plato similar—. La

señora Niewa sugirió que podría usar un gel para asentarlos un poco.

La sonrisa de Tara se ensanchó al advertir el sonrojo en la nuca de su padre. No era un secreto para ambos que la vecina sorbía los vientos por él y que aprovechaba cualquier oportunidad para acercarse, fuera llevando un pastel o interesándose por su salud. O dando consejos de belleza, sumó ella a su lista al considerarlo.

—Tú no estás mal tampoco, por cierto —su padre se sentó ante ella sin darle tiempo a hacer algún comentario que pudiera avergonzarlo más—. Te ves descansada.

—Debo estarlo. He dormido... ¿cuánto? Doce horas —sumó ella tomando el tenedor para hundirlo en el jamón—. Y podría con otras doce; es una locura, pero pasaría el día en la cama.

—Es el cansancio acumulado, y el estrés; han sido unas semanas difíciles —su padre se encogió de hombros y le dirigió una mirada amorosa—. Pero valdrá la pena, ya lo verás.

—Eso espero.

Comieron en un agradable silencio; apenas se oía el tintinear de los cubiertos contra los platos y Tara se dijo que algo debía de estarle ocurriendo porque no recordaba haber estado nunca tan hambrienta. Pero no lo mencionó porque su padre lo achacaría también al estrés y no quería que se lamentara por ella.

En realidad, consideró al descartar el café nuevamente y tomar un buen sorbo de zumo de naranja, nunca se había sentido mejor.

Al levantar la mirada de su plato, se topó con la mirada de su padre fija en su rostro y se encontró sonriendo con expresión de desconcierto.

—¿Qué? —Preguntó ella.

El señor Duncan dudó antes de responder.

—Es que me parece mentira... —él resopló y sacudió la cabeza de un lado a otro—. Te graduarás de la academia pronto y... no sé, no me había dado cuenta de que el tiempo había pasado tan rápido.

Tara sonrió.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo tampoco —reconoció ella—. Va a ser raro. Ya sabes, pasar a lo siguiente.

Su padre asintió. Posiblemente comprendiera ese temor al futuro tan bien como ella.

—Irás bien —dijo él, confiado—. Eres buena en todo lo que haces; no tendría por qué ser distinto ahora.

—Lo dices porque me quieres.

—Lo digo porque es la verdad —él la señaló con su taza vacía y gesto serio—. El departamento tiene suerte de tenerte.

Tara agradeció sus palabras con una sonrisa y suspiró, llevando la mirada a la ventana entreabierta. Hacía una linda mañana con el sol en lo alto y la brisa fresca que se colaba por las cortinas.

Sería agradable dar un paseo, se dijo pensativa, y lamentando de inmediato no poder compartirlo con Logan porque dudaba de que estuviera libre hasta esa noche.

—Oye, Tara...

Llevó la mirada al rostro de su padre al oírlo nombrarla y algo se tensó en su interior al reparar en que la veía de una forma un poco extraña; como si intentara adivinar lo que pensaba.

—¿Qué ocurre? —Preguntó ella.

El señor Duncan dudó antes de responder, pero cuando lo hizo fue con una entonación grave poco habitual en él.



—Sabes que no hay nada de malo en que salgas con alguien ¿no?

Tara parpadeó y se llevó una mano al cuello de forma inconsciente; no había esperado eso, pero su padre aguardaba una respuesta y supuso que no tenía sentido fingir que no entendía a qué se refería. Él habría tenido que estar ciego para no darse cuenta.

—Claro que lo sé —respondió ella en voz baja al cabo de un momento.

El señor Duncan asintió y pareció aliviado de que no intentara negarlo.

—¿Entonces por qué no me hablas de él?

—No hay nada que decir —Tara se encogió de hombros.

—¿Acaso hay algo de malo con este hombre?

—Por supuesto que no.

Su padre sonrió.

—Ah, bueno, al menos reconoces que existe —dijo él— ¿Es un compañero de la academia?

—No.

—¿No?

Tara puso los ojos en blanco. Su padre no sabía cuándo parar.

—No —repitió ella.

—¿Entonces dónde lo conociste? No sales mucho... ¿es acaso de esa escuela a la que vas a posar? ¿Es un alumno? ¿Un profesor? ¿Es eso legal?

Tara decidió que aun cuando evidentemente su padre no tuviera idea de cuándo era un buen momento para dejar de hacer preguntas, ella sí lo tenía claro. Así que se puso de pie con un movimiento enérgico y tomó los platos de la mesa para llevarlos al fregadero.

—Dejaré todo limpio y luego iré a poner un poco de orden en mi habitación; parece la cueva de un oso —comentó ella en tono agudo y con una levisima inflexión de súplica en la voz—. Avísame cuando llegue el señor Robinson para bajar y darles una mano.

*Por favor, no preguntes más; no ahora,* pareció querer decir. Y su padre, que era curioso, pero también muy considerado, terminó por entender porque, luego de emitir un resoplido de disgusto, asintió de mala gana y cogió su bastón para dirigirse al salón. Sin embargo, antes de desaparecer, le dirigió una profunda mirada por encima del hombro y la señaló con un dedo.

—Hablaemos luego —prometió en tono firme.

Tara forzó una sonrisa y asintió, exhalando un hondo suspiro de alivio tan pronto como lo vio marcharse.

Su relación con Logan estaba lejos de ser un secreto, y sabía que no había nada por lo que debiera avergonzarse. Tal vez se hubieran conocido en circunstancias extrañas, pero no eran distintos a muchas otras parejas. Aun así, no se sentía cómoda aún hablando acerca de ambos, mucho menos con su padre. No, al menos, hasta que estuviera más segura de sus sentimientos y de a dónde los llevaría aquello.

Si es que los llevaba a alguna parte, reconoció para sí poco después; pero hizo a un lado una idea que estaba lejos de animarla y siguió con lo suyo, segura de que cuando lo viera nuevamente esa noche cualquier asomo de dudas desaparecía.

Cuando Logan llegó a casa Tara aun no se encontraba allí y eso le dio tiempo para ocuparse de poner un poco de orden entre sus cosas. Guardó algunos archivos en los que había estado trabajando durante el día, y envió unos correos para acordar una reunión con el fiscal del caso Quinn para el día siguiente porque necesitaba un acta oficial con la oferta que hiciera a ese hombre para poder asegurarse de contar con su testimonio una vez que llevaran a sus cómplices a

la corte.

Informó también de aquello a Morgan y de lo bien que habían ido las cosas en las requisas de ese día; sus sospechas habían sido correctas y tenía ya dos detenidos dispuestos a soltar todo lo que sabían con tal de que se mantuviera su identidad en reserva. Se trataba de un par de galeristas a los que él había frecuentado alguna vez y que se convirtieron en contactos de Quinn para ayudarlo a colocar las piezas de contrabando que ingresó al país por encargo de las cabezas de la organización.

Incluso tuvo tiempo de hablar un momento con su madre y le prometió que iría a cenar con ella el siguiente domingo, como acostumbraba hacer. La señora Spencer había estado escarbando en el ático y encontró algunas fotografías y libretas de su padre que creía que le gustaría ver. Logan prometió que estaría allí sin falta y colgó con esa sensación punzante que lo asaltaba siempre que pensaba en su padre y en lo poco que lo conociera estando con vida. Explorar en sus recuerdos luego de su muerte seguía dejándole un sabor amargo.

Por suerte, Tara llegó poco después y ya no tuvo tiempo para hundirse en esa clase de pensamientos.

Oyó el sonido de la puerta abrirse en tanto terminaba de enviar el último correo y se dirigió al salón. Ella se estaba despojando de la chaqueta para dejarla sobre un sofá y, en cuanto sus ojos se encontraron, fue hacia él y se detuvo a unos centímetros de distancia con el rostro muy serio. Logan intentó leer en su expresión, pero no vio nada en claro, así que mantuvo la expectativa hasta que no pudo aguantar más.

—¿Y bien? —Preguntó él— ¿Qué tal salió todo? ¿Tienes los resultados de los exámenes?

Vio a Tara sonreír a medias antes de empezar a asentir con fervor.

—Todo aprobado —dijo ella al fin—. Y estoy en el cuadro de honor. Podré ir al precinto que quiera.

Logan exhaló el aire que había estado conteniendo y separó la distancia que los separaba para apresarla entre sus brazos; hundió el rostro en su cabello y la sintió reír contra su oído.

—No puedo creerlo —susurró ella.

—A mí no me sorprende.

—Lo mismo dijo mi padre cuando se lo conté.

Logan sonrió y la apartó tan solo lo suficiente para mirarla a los ojos; él se veía muy serio y su voz surgió segura al responder.

—Eso es porque ambos sabemos todo lo que eres capaz de lograr —dijo él.

Tara parpadeó para alejar las lágrimas que se agolparon en sus ojos, pero no pareció como si fuera capaz de dar con una respuesta apropiada. En su lugar, lo abrazó nuevamente y Logan percibió el lento latir de su corazón contra el suyo al rodear su cintura para pegarla a su pecho.

—Siento que debería premiarte de alguna forma —susurró él al cabo de un momento.

—No me oirás quejarme por eso. ¿En qué has pensado?

Logan fingió meditarlo.

—Bueno, tengo pizza congelada en la nevera —sugirió él.

Oyó la risa de Tara reverberando en su garganta y, como siempre, le produjo una agradable sensación de calidez en el pecho.

—Eso suena bien —indicó ella, sin ser consciente quizá del efecto que tenía en él—. Estoy hambrienta; parece que no puedo dejar de comer.

Logan sonrió y sostuvo su mano para tirar de ella y dirigirse a la cocina. En tanto él se ocupaba de servir la cena, ella empezó a contarle al detalle los resultados de los exámenes; cómo había

estado a punto de morir de la angustia hasta que al fin pudo descargar la información en la página de la academia, y que poco después recibió un correo del sargento Bowie en que la felicitaba por haber ocupado un buen puesto en la promoción.

Max también había pasado, dijo, aunque lo había tenido un poco más difícil porque sus notas en la clase de tiro le jugaron un poco en contra. Lo logró, no obstante, y eso era lo único que importaba; si había suerte, quizá fueran destacados al mismo precinto.

Desde luego, su padre estaba exultante. Había saltado, incluso, en tanto ella se lo contaba. Aunque era posible que ello tuviera que ver con que precisamente en ese momento él se encontraba bajo las manos del señor Robinson y cualquiera daba un brinco mientras te aplican presión en una pierna con los nervios alterados. De cualquier forma, él estaba feliz y ella nunca se había sentido más orgullosa por hacer algo que le hiciera ver cuánto apreciaba todos los sacrificios que había hecho para llegar hasta allí.

Logan la oyó muy atento; incluso cuando parecía que se encontraba un poco distraído yendo de un lado a otro de la cocina. Pero si alguien le hubiera preguntado, habría podido recitar cada una de sus palabras de memoria; y no solo eso, tenía claros cada uno de sus gestos, los ademanes que hacía con las manos según se emocionaba; los casi imperceptibles botes que daba sobre la silla cuando le contaba la ansiedad que había sentido durante todo el día hasta que obtuvo los resultados.

Él la veía de una forma que no habría conseguido explicar. Sus sentidos parecían haber adoptado el grado preciso para captar los mil y un sutiles matices que componían a la mujer que le había robado el corazón. Hubiera podido reconocer su voz u olor entre una multitud y, al mirarla sonriendo, tan despreocupada y feliz como no la había visto en todo el tiempo que llevaba de conocerla, se dijo que podría vivir tan solo con eso.

## CAPÍTULO 8

Un leve revés en el caso de Logan le obligó a sumergirse nuevamente en sus investigaciones. Uno de los galeristas a los que le había arrancado la promesa de colaborar a cambio de ciertos beneficios se echó para atrás a último momento y decidió mantenerse apartado del caso, al parecer con la esperanza de que su falta de colaboración llevara a Logan a un callejón sin salida y no pudiera presentar ninguna prueba en su contra.

A su parecer, era posible que el hombre en cuestión hubiera recibido alguna amenaza de alguien poderoso a quien no le convenía que su nombre se ventilara en ese caso y había decidido jugar sus últimas cartas.

A Logan, al fin y al cabo, eso le daba más o menos igual. No tenía sentido lamentarse o intentar amedrentar al testigo porque si este presentaba alguna queja su caso podría hacerse pedazos. En lugar de ello, empezó a hacer averiguaciones para dar con algún otro conocido, no necesariamente involucrado en el caso, pero que tuviera los suficientes contactos y conocimientos para conducirlo a algún otro al que le resultara más sencillo llegar.

Sin embargo, no fue sencillo rastrear a alguien que fuera de utilidad. El círculo artístico era muy cerrado y pese a que tenía mucho tiempo en él, jamás lo hizo desde su papel de policía. Para el grueso de sus conocidos artistas, él era un dibujante talentoso que pertenecía a una familia con buenos contactos y a quien les convenía ver como uno de los suyos. Pero Logan dudaba mucho de que se mostraran tan receptivos si él se acercaba para sonsacarles información; en especial porque estaba seguro de que varios de los galeristas a los que había interrogado ya debían de haber hecho correr la voz de que, después de todo, tal vez no fuera tan de fiar.

Pero entonces, cuando estaba a punto de rendirse, se le ocurrió que había sido un poco idiota al no considerar que conocía a alguien que tal vez pudiera ayudarlo. Aun más, la tuvo al alcance durante todo ese tiempo; pero él había estado tan concentrado en lo que ya daba por seguro y, también, abocado el resto del tiempo a todo lo que estuviera relacionado con Tara, que ni siquiera se permitió considerarlo. Ahora, sin embargo, estaba lo bastante desesperado para plantárselo.

Logan llegó a la escuela de arte cuarenta minutos antes de que iniciara la clase de dibujo y pasó cuando menos diez de ellos esperando a la puerta de la oficina de Lisa. Rogó porque ella fuera lo bastante puntual para contar con tiempo para hablar antes de que tuviera que empezar la clase.

Por suerte, ella llegó poco después y cuando mucho arqueó una de sus bien delineadas cejas al verlo de pie junto a la puerta y con una expresión levemente ansiosa; pero no hizo preguntas hasta que se encontraron dentro de su oficina.

La última vez que Logan estuvo allí fue el día en que fue a hablar con ella acerca del hombre que insultara a Tara para insistir en que reportara el incidente. Lisa no había querido discutir una palabra al respecto y cuando Logan estaba a punto de decir lo que pensaba de su actitud, Tara había irrumpido en la oficina y no habían tenido oportunidad de hablar nuevamente.

Mucho de ello había sido responsabilidad suya, reconoció él dando una mirada para abarcar la fría decoración en tonos de blanco y ocre que le resultaron casi asépticas. Algunas de las obras dibujadas por su ocupante se encontraban colgadas en las paredes y Logan las estudió un minuto, admirando los trazos sencillos e impactantes, algo que siempre le había llamado la atención de su obra.

Tal vez Lisa estuviera lejos de ser una mujer con la que se sentía a gusto, pero como artista su talento era innegable.

—He estado pensando en armar una exposición para el otro trimestre; es posible que unos amigos artistas se sumen también.

Logan abandonó su inspección de los cuadros y observó a la mujer ante él con una sonrisa cortés.

—Eso suena muy bien. Avísame cuando tengas una fecha, me encantaría ir —respondió él.

—En realidad... —ella se llevó una mano a la cadera y lo estudió con los ojos entrecerrados—. Había pensado que tal vez te gustaría sumarte.

Logan parpadeó, sin disimular su sorpresa.

—¿Yo? —Se señaló con gesto escéptico—. No lo creo; pero agradezco que lo consideraras.

—¿Por qué no?

—No tengo el nivel...

Lisa sacudió la cabeza y lo interrumpió antes de que pudiera empezar a esbozar una excusa.

—Tonterías. Tu nivel está muy por encima de lo que parece pensar —negar ella—. Y si tenía alguna duda, te aseguro que eso quedó en el pasado luego de ver tu trabajo en este curso. Me sorprende que no seas capaz de verlo también, aunque quizá haz estado demasiado distraído últimamente como para pensar en tus progresos.

Logan sintió que una leve tensión hacía presa de sus miembros al toparse con la mirada calculadora de Lisa y captar el leve tono burlón en su voz. Podía hacerse una idea de lo que pretendía implicar.

Por otra parte, ¿tendría razón ella? ¿Había estado tan metido en sus propios asuntos, en particular en todo lo relacionado con Tara, que no se había detenido un momento en pensar en lo que ese curso había influido en él como artista? Era posible que así fuera, reconoció al cabo de un momento de mala gana y tan solo para sí; no pensaba darle a ella la satisfacción de saber que estaba en lo cierto, en especial porque le pareció que su intención al decirlo, más que halagarlo, nacía de la necesidad de echarle en cara algo que evidentemente le disgustaba.

—Supongo que eso es algo que tendré que considerar luego, aunque tengo claro que este curso ha sido muy especial para mí —respondió él al cabo de un momento al reparar en que ella esperaba una respuesta—. Respecto a la exposición, dudo de que pueda aceptarlo, pero te lo agradezco.

Ella cabeceó y dio vuelta al escritorio sin dejar de dirigirle unas cuantas miradas escrutadoras.

—Como quieras. Pero si cambias de opinión puedes venir a hablar conmigo cuando lo desees —dijo ella ocupando su silla tras apartarla del borde del escritorio para cruzar sus largas piernas y observarlo por debajo de sus pestañas entornadas—. Pero sabes que tendrás que participar en la exposición de fin de curso aquí en la escuela; todos los alumnos están obligados a hacerlo.

Logan lo sabía, claro, y no se le había ocurrido zafarse de esa responsabilidad, por lo que asintió para dar a entender que eso lo tenía asumido.

—Bueno ¿y de qué quieres hablar conmigo? Porque algo me dice que no se trata de un tema social —comentó ella tras exhalar un suave suspiro.

Logan asintió nuevamente, pero esta vez se dirigió al otro lado del escritorio para apoyar las palmas abiertas sobre él y empezó a decir lo que necesitaba de ella. Fue tan conciso como le fue posible y se guardó la mayor parte de la información que tenía así como los nombres de los involucrados porque no había necesidad de que ella lo supiera; además de que, no tenía sentido negarlo, tampoco le inspiraba la suficiente confianza como para compartir datos confidenciales.

Lisa lo oyó con atención y Logan advirtió que su rostro iba despojándose de la frialdad que conservara hasta entonces para adoptar una expresión de desconcierto al ir asimilando lo que decía. Para cuando él terminó, ella se encontraba en el borde de la silla y buena parte de su fachada de *femme fatal* había desaparecido.

—De modo que eras tú —murmuró ella observándolo con el ceño fruncido—. Oí rumores acerca de un policía que había estado visitando algunas galerías para hacer demasiadas preguntas... pero nadie mencionó tu nombre.

Logan se encogió de hombros.

—La mayor parte de ellos no me conocen y supongo que los otros estarían demasiado comprometidos como para reconocer cualquier cosa que los relacionara conmigo —supuso él sin darle demasiada importancia—. Pero eso es lo de menos. Necesito saber si puedes ayudarme, ¿sabes algo que pueda ser de utilidad? ¿Algún nombre que hayas oído? ¿Cualquier cosa que llamara tu atención?

Ella resopló y Logan vio que una de sus manos asía el borde de su chaqueta con semblante pensativo.

—No lo sé. No es en absoluto mi línea; yo pinto y expongo mi trabajo en las galerías, sí, pero no tengo nada que ver con la importación de piezas de arte —indicó ella al cabo de un momento.

Logan no permitió que una excusa como esa le impidiera ir más allá y la observó, atento.

—Pero formas parte de un círculo muy cerrado al que yo no tengo acceso —recordó él en tono persuasivo—. Es posible que oyeras algo al respecto; cualquier cosa fuera de lo normal que te hiciera sospechar de algo irregular.

Lisa cabeceó, ensimismada.

—No lo sé. Quizá... supongo que he oído rumores, pero nada fuera de lo habitual —reconoció ella adoptando un tono fastidiado al continuar—. Tú sabes cómo es el mundo del arte, Logan; hay muchos secretos. Los artistas son desconfiados por naturaleza, no importa qué tanto se esfuercen por ocultarlo. En el fondo, odian que se metan en sus asuntos, así que nadie va por allí ventilando sus pasos. Ahora, si te refieres a algo ilegal, lamento decirlo, pero eso también es bastante habitual; pero me refiero a pequeñas libertades que se toman de vez en cuando.

—Como falsear el precio de una obra o no pagar impuestos. Ya. Eso lo tengo claro y no pretendo cuestionarlo aunque lo desapruebe; no es en eso en lo que estoy trabajando ahora y definitivamente no me corresponde a mí investigar al respecto —descartó él con un gesto ceñudo—. Pero sabes a lo que me refiero, he sido muy claro acerca de lo que necesito. ¿Has oído alguna vez de un hombre llamado Marvin Quinn y su trabajo con las altas esferas? Esto hablando del gobierno, Lisa, de funcionarios oficiales. Si no estás informada al respecto, me servirá mucho si me das el nombre de cualquier persona que pueda darme información acerca de eso. Prometo que no mencionaré tu nombre.

Ella vaciló y guardó silencio durante todo un minuto antes de dirigirle una mirada recelosa que él mantuvo sin parpadear. Al cabo de un momento, la vio garabatear algo en un papel que arrancó de una libreta y se lo tendió de mala gana. Logan se apresuró a tomarlo y ni siquiera lo leyó antes de guardarlo en el bolsillo de su chaqueta.

—Más te vale que te lo tragues luego de haber usado esa información —rumió ella entre dientes y con un brillo de enojo en los ojos—. No le digas que vas de mi parte, pero es posible que él pueda ayudarte. Eso sí, seguro que querrá algo a cambio.

Logan asintió; de pronto lo inundó una sensación de alivio tan palpable que se encontró sonriendo.

—Gracias —dijo él—. Te debo una.

Lisa asumió entonces una actitud más relajada, distinta a la tensa desconfianza que mostrara hasta entonces y cruzó los brazos a la altura del pecho sin dejar de observarlo.

—Puedes pagármelo con una cena —sugirió ella.

La sonrisa de Logan se borró de su rostro, pero procuró que no fuera demasiado evidente lo mal que le había caído la propuesta. No obstante, Lisa lo notó; fue obvio porque la vio fruncir el ceño y contemplarlo con una expresión de molestia que le hizo agradecer haber conseguido esa información de su parte antes de que lo echara de su oficina.

—Ya, veo que eso no ocurrirá —dijo ella en tono gélido—. Debí suponerlo. En serio, Logan ¿hasta dónde piensas llegar con esta locura?

Él parpadeó, confundido.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero —respondió ella de inmediato—. A lo tuyo con Tara. No pensarías que no me he dado cuenta.

Logan arqueó una ceja y se metió las manos a los bolsillos porque de no hacerlo lo habría delatado el temblor de sus dedos por la furia que sintió al oír la burla en su voz o ver la forma irónica en que ella lo contemplaba.

—No hay nada que deba hablar al respecto contigo —replicó él en un tono que habría amedrentado a alguien con menos agallas.

—A decir verdad, creo que tiene mucho que ver conmigo porque ella trabaja para mí. Y la verdad es que considero muy poco profesional de tu parte haber iniciado este jueguito con ella a mis espaldas.

—No se trata de ningún juego...

Lisa no pareció oírlo, o tal vez sí lo hiciera, pero estaba mucho más disgustada de lo que se veía a simple vista y su tono subió una octava más al dirigirse nuevamente a él.

—No eres distinto de ese hombre; solo querías acostarte con ella —espetó ella, diciendo al fin lo que debía de haberla estado carcomiendo hasta entonces.

Logan aspiró con fuerza y le devolvió una mirada de desdén.

—No te atrevas a compararme con él; no es lo mismo —replicó él.

—¿Ah, no?

—No.

Lisa esbozó una sonrisa irónica y se llevó un mechón de cabello platinado tras la oreja.

—¿Y cuál es la diferencia? —Preguntó ella entonces sin variar el tono—. Ilústrame.

—Yo la quiero —Logan no vaciló al responder—. Pero eso no es asunto tuyo. No hay nada que puedas reprochar a Tara. O a mí. Ambos hemos cumplido con nuestras obligaciones y lo nuestro no ha afectado de ninguna forma a tu curso, que por si lo has olvidado, no forma parte del currículo formal, además de que ella no trabaja realmente para la escuela.

Logan se dio cuenta de que Lisa lo veía con la boca abierta y que, bien podría haber continuado hablando porque ella no lo interrumpiría; pero era lo último que deseaba. Se sintió enojado consigo mismo por no haber conseguido contener su temperamento y decir algo tan privado a la última persona a la que habría deseado confesárselo. Ni siquiera había tenido el valor para decírselo a Tara.

Cuando el silencio empezó a hacerse tan pesado que hubiera podido cortarlo con un cuchillo, hizo un gesto de malestar y se dirigió a la puerta no sin antes dedicar una última mirada a Lisa, que lo veía con el rostro lívido y una mueca de confusión en los labios.

—Gracias por tu ayuda.

Con eso, abandonó la oficina, cerrando con firmeza la puerta tras él.

Tara tomó aire un par de veces y mantuvo la quijada apretada en tanto se ponía de perfil luego de oír las indicaciones de Lisa, que sonaron algo más bruscas de lo habitual.

*Alguien se ha levantado del lado equivocado de la cama*, se dijo haciendo lo que le pedía tras dirigirle una rápida mirada para encontrarse con su rostro ceñudo.

Bueno, ella no se hallaba de mucho mejor humor, reconoció devolviéndole una mirada airada. Hacía todo lo que le indicaba; no veía por qué tenía también que tolerar su mal genio. Pese a ello, procuró que su enfado no fuera demasiado evidente y aguantó con gesto estoico hasta que la clase terminó y luego se quedó un rato dentro del cuartito en que acostumbraba vestirse.

No quería salir.

Aun más, le hubiera gustado poder desaparecer de allí y aparecer nuevamente en su casa. En su dormitorio, para ser más precisa; a ser posible debajo de su cama y con la puerta tapiada para no tener que ver a nadie.

Nunca había tenido tanto miedo en su vida como cuando dejó el edificio de la escuela tras ella y caminó en dirección a la parada de autobús. Sabía que Logan estaría esperando por ella, pero no deseaba verlo. Aun más, no podía.

Por eso, dio un largo rodeo y se mantuvo a la sombra bajo unos árboles, tan apartada del estacionamiento donde sabía que él aguardaba como le fue posible hasta que vio el autobús que acostumbraba tomar y solo entonces corrió para subir sin mirar atrás.

Se comportaba como una niña, se dijo cuando poco después su teléfono empezó a sonar y, al ver el nombre que aparecía en pantalla, lo apagó con manos temblorosas. No podía hablar con él. No todavía.

Hizo el resto del viaje con los ojos cerrados y la frente pegada a la ventana. Fue a una farmacia antes de tomar el siguiente que la dejaría cerca de casa y no pudo dejar de apretar su bolso durante todo el camino.

Su padre le dirigió una mirada de desconcierto al verla llegar apurada y, tras saludarlo al vuelo, correr a su habitación excusándose de almorzar porque había comido algo al salir de la escuela. El señor Duncan sabía que eso no era su comportamiento habitual, y sin duda le habría encantado hacer varias preguntas, pero Tara se encerró en su habitación antes de que llegara siquiera a abrir la boca.

Cuando estuvo segura de que su padre no iría a buscarla porque era lo bastante considerado para no irrumpir en su espacio privado, aunque sin duda tendría mucho que decir una vez que ella bajara a cenar, Tara sacó su compra del bolso y se quedó mirando el paquete en sus manos antes de atinar a actuar.

Fueron los cinco minutos más largos de su vida. Y cuando al fin tuvo el resultado, no fue capaz de verlo durante al menos otros diez mientras mantenía sus dedos cruzados y respiraba una y otra vez para que sus manos dejaran de temblar.

En cuanto consiguió reunir el valor para mirar, sin embargo, le bastó con ver las líneas en la pantalla para saber que estaba perdida.

Cerró los ojos y se llevó la mano al rostro dando patadas a la nada, furiosa consigo misma como no se había sentido nunca. ¿Cómo había podido ser tan idiota? ¿Qué diablos iba a hacer ahora? Su padre jamás se lo perdonaría. Ella no podía perdonarse en ese momento, y posiblemente la culpa la carcomiera durante lo que le restaba de vida. Había luchado tanto para



llegar a ese momento y ahora acababa de arruinarlo.

Lloró como no lo hacía desde la muerte de su madre y vio el tiempo pasar tendida sobre su cama con la vista fija en el techo y en las fotografías que tenía dispuestas en varios lugares de su habitación. Su mirada se vio atraída de inmediato por una pequeña y menos colorida que los demás que tenía en la mesa de noche junto a la cama.

Era la que tomaron el día de la graduación de su padre; él y su madre ya se conocían por entonces y ella aparecía a su lado con el resto de su familia. Tara no hubiera podido decir quién lucía más orgulloso.

Eso era lo que ella siempre deseó. Y había estado tan cerca...

Lloró de nuevo y empezó a golpear las almohadas con los puños, furiosa y dolida a partes iguales. ¿Era ese el precio a pagar por el tiempo compartido con Logan? ¿Era posible que el destino no pudiera darle un poco de felicidad antes de tirarle la factura a la cara?

No podía verlo o hablar con él. Hubiera deseado hacerlo, pero tenía demasiado miedo; por eso llevaba varios días inventado excusas para no verse y él se mostró tan comprensivo como siempre aun cuando ella sabía, por el tono de su voz al hablar, que no le creía del todo. Sus exámenes, que fueron lo que los mantuvo separados durante las últimas semanas, habían terminado ya y en teoría no había nada que les impidiera pasar más tiempo juntos. Pero él no dijo nada, fingió entender. Quizá con la esperanza de preguntar lo que ocurría luego de la clase del sábado en la escuela de arte.

¿Pero qué había hecho ella? Huir como una rata asustada.

Tara suspiró y abrazó su almohada, cerrando los ojos con la esperanza de dormir para dejar de pensar; pero no pudo conciliar el sueño hasta muy avanzada la madrugada. Su padre subió poco antes a preguntarle si deseaba cenar, pero ella le dijo que no se sentía bien y que prefería descansar. El señor Duncan tuvo el suficiente tacto para no insistir, pero Tara sabía que eso no duraría mucho. Iba a tener que decírselo.

Poco antes de quedarse dormida, conjuró el rostro de Logan y se preguntó si todo habría terminado entre ambos aun cuando él no lo supiera. La idea le pareció tan dolorosa que la sacudió una nueva tanda de sollozos y posiblemente hubiera continuado por horas de no ser porque ya no pudo resistir más y cayó rendida en un sueño intranquilo y plagado de pesadillas.

Logan miró la pantalla del móvil y contuvo una maldición. El teléfono de Tara continuaba apagado y él empezaba a ponerse nervioso.

¿A quién diablos quería engañar?, se dijo poco después en tanto recibía de un asistente una carpeta que apenas consiguió leer a medias antes de dejarlo por imposible. Llevaba días sumido en un mar de confusión y si no había empezado a subirse a las paredes era porque todavía le quedaba algo de dignidad; pero no habría podido asegurar durante cuánto tiempo iba a ser capaz de resistir.

Él había empezado a entender el carácter de Tara lo suficiente para saber que era una mujer reservada y que necesitaba su espacio, en especial cuando había algo que le preocupaba. El problema era que Logan no podía pensar en nada que hubiera podido afectarla al grado de no querer hablarle y desaparecer de la forma en que lo había hecho.

Aun le costaba creer que lo hubiera evitado de una forma tan extrema al huir de él luego de la clase en la escuela. ¿Qué rayos hizo? ¿Se escabulló entre los árboles para correr a un autobús antes de que él pudiera acercársele? Era ridículo. Él no había hecho nada que mereciera un comportamiento como aquel.

Logan dio un nuevo suspiro y se masajó el cuello con brusquedad, consciente de que toda esa

situación empezaba a afectarlo más de lo que hubiera podido imaginar. No conseguía concentrarse y ya se había ganado un par de miradas de preocupación de Morgan y otros de sus compañeros. Él nunca se distraía. Y ahora apenas era capaz de leer dos renglones seguidos sin hacer sus informes a un lado.

A ese paso, ya podía olvidarse de dar por terminado su caso. Se encontraba en la recta final, a punto de cerrarlo al fin luego de hablar con el hombre con el que Lisa le recomendara hablar y que había resultado ser una mina de información. Pero no era capaz de hilar un solo pensamiento más o menos coherente y como siguiera así iba a terminar por mandar al demonio meses de trabajo.

Tenía que hacer algo. Era eso o volverse loco.

Resuelto, o desesperado; a esas alturas daba más o menos lo mismo, decidió ir en busca de Tara y exigirle que le dijera qué rayos estaba ocurriendo. ¿No quería contestar sus llamadas? Muy bien. Se plantaría ante ella en persona y entonces quería ver si continuaba evitándolo.

Dejó el precinto a media tarde, varias horas antes de que terminara su turno del día, pero nadie se atrevió a detenerlo. Ni siquiera Morgan, que lo vio salir con semblante preocupado porque, a su parecer, había pocas cosas más peligrosas que un hombre desesperado que marchaba como si estuviera a punto de ir a la guerra.

Por sorprendente que pudiera parecer, Tara había conseguido eludir las preguntas de su padre durante varios días. En gran medida, debía reconocer, porque pasaba tan poco tiempo en casa que aun cuando el señor Duncan hubiera deseado hablar con ella no habría encontrado un momento para hacerlo.

Salía muy temprano por la mañana con la excusa de tener que ocuparse de algunos trámites en la escuela, lo que en pequeña medida era cierto; sin embargo, era algo que le tomaba cuando mucho un par de horas, pero como nada le apeteecía menos que volver a casa para enfrentar a su padre, deambulaba por el edificio y luego se reunía con Max para charlar.

Él no era tan perspicaz como el resto de los hombres de su vida, así que no pareció encontrar nada raro en su actitud; tal vez lo achacara tan solo al hecho de que su amiga se sentía un poco nostálgica por haber terminado las clases y deseaba pasar más tiempo con él antes de que debieran enfrentar sus obligaciones como parte del cuerpo de policía de forma oficial.

Tara llegaba a casa bien avanzada la noche y la golpeaba la culpa al encontrar una luz encendida en el porche, un plato con la cena en el microondas, y una nota de su padre en que le decía que esperaba que se encontrara bien.

¿Durante cuánto tiempo más iba a soportar eso?, se preguntó la última tarde en que dejó a Max luego de pasar algunas horas en el restaurante de su familia, oyéndolo pelear con sus hermanos.

Tenía que hablar con su padre, decidió ese día al dirigirse a casa algo más temprano con la esperanza de encontrarlo despierto. Él no la había criado para que fuera una cobarde sino para que le plantara cara a los problemas. Estaba dispuesta a oír cualquier reproche y a ver la decepción en sus ojos con tal de no guardarle más secretos; le hablaría de Logan y de cómo habían ocurrido las cosas entre ambos en los últimos meses, y del terrible error que acababa de cometer.

La luz de la tarde empezaba a morir, reemplazada por el leve brillo de una luna que apenas asomaba entre los árboles. La luz del porche ya se encontraba encendida y Tara se dirigió a la puerta con el corazón latiendo en un ritmo lento y acompasado que nada tenía que ver con el temblor de sus rodillas al introducir la llave en la cerradura. Sin embargo, una vez que cerró la puerta tras ella se mantuvo de pie en el pequeño vestíbulo y su corazón cobró velocidad al reconocer una de las voces provenientes del salón.

*Por favor, que esté imaginando cosas*, se dijo forzando a sus pies a moverse.

Al llegar al salón, no obstante, y encontrarse con el rostro de Logan, supo que no iba a tener tanta suerte.

Él estaba sentado al lado de su padre, en su sillón favorito, y al que no permitía que nadie que no fuera él se sentara. A excepción de Tara y, sospechaba ella, también el señor Robinson. Logan no tenía cómo saberlo, pero el señor Duncan le había concedido un honor asombroso para tratarse de su primera visita.

Eso, o tan solo deseaba tenerlo tan cerca como fuera posible para estudiarlo a gusto y que no pudiera escapar cuando empezara a hacer preguntas, se dijo ella con un retortijón en el estómago.

—Has llegado temprano hoy. Le decía a Logan que tendría suerte si conseguía verte —el señor Duncan le dirigió una mirada encantadora que no la engañó ni un segundo—. Estábamos hablando un momento para aprovechar la espera.

Tara dejó su bolso sobre un sillón y esquivó la mirada de Logan porque no creía que fuera capaz de verlo a los ojos sin romperse en mil pedazos y no quería hacerlo frente a su padre. Por eso, forzó una expresión desenfadada y se encogió de hombros antes de dirigirse al señor Duncan en un tono indiferente que dudaba que él fuera a creerse.

—Ya lo imagino —replicó ella.

Su padre hizo como que no captó el leve matiz burlón en su voz y continuó aun cuando era imposible que no se hubiera dado cuenta de la tensión entre ambos. Logan, que no había dicho una palabra desde su llegada, mantuvo su mirada firmemente puesta en el rostro de Tara y ella sintió un ardor familiar en cada fragmento de piel bajo su análisis. Que no dijera nada, rogó, no todavía.

—Logan me estaba contando de su trabajo en el precinto de Parkville. ¿Sabes que varios de mis compañeros de promoción sirvieron allí? Tiene una estupenda reputación —el señor Duncan continuó a toda velocidad como si sintiera la necesidad de llenar el silencio—. Y conozco a su capitán; fue instructor en la academia, aunque hace años que dejó de enseñar.

—¿Ah, sí?

El señor asintió con fervor a la pregunta de su hija.

—Parece que las cosas han cambiado mucho últimamente en el trabajo policial porque solo he podido entender la mitad de los procedimientos que ha intentado explicarme —indicó él, dirigiendo al hombre a su lado una mirada de curiosidad—. Tienes que quedarte a cenar, por cierto, así podrás hablarme más de esos programas de reconocimiento que han empezado a usar. No recuerdo haber visto nada como eso antes de que pidiera la baja.

Logan estuvo a punto de responder, pero Tara se le adelantó y su voz surgió con una entonación suplicante.

—Quizá podrían dejarlo para otro día —sugirió ella—. No creo que Logan viniera pensando en quedarse a cenar.

Fue él quien respondió en lugar de su padre, lo que fue una suerte porque Tara estaba segura de que el señor Duncan no habría dudado en insistir.

—Tara tiene razón, señor Duncan; la verdad es que tengo mucho trabajo y necesito ponerme con eso hoy —dijo él con amabilidad—. En realidad, esperaba poder hablar un momento con Tara antes de marcharme.

Ella exhaló el aire que había estado conteniendo y dirigió a su padre una mirada de ruego para que no le pusiera ningún obstáculo. Este, que pareció comprender que se había visto envuelto en una situación más seria de lo que imaginaba, asintió con un ademán tirante y forzó una sonrisa.

—Claro, claro. Es de imaginar; no ibas a venir a verme a mí —intentó bromear él con pésimos

resultados—. Si gustan, puedo irme...

El señor Duncan acababa de señalar el piso superior con un dedo cuando Tara ya había empezado a sacudir la cabeza en señal de negación. Definitivamente no quería sostener esa charla en casa con su padre a pocos metros.

—Podríamos dar un paseo —sugirió ella—. Le mostraré a Logan el vecindario.

Su padre cabeceó, sin que pareciera que la idea lo entusiasmara, pero como debió de hacerse una idea de que no podía opinar al respecto, los despidió con una sonrisa preocupada y los vio marchar calle abajo sin decir una palabra salvo para invitar a Logan para que volviera un día cualquiera. Entonces podría probar uno de sus platillos en tanto le hablaba de cómo iban las cosas en el precinto.

Tara sintió la presencia de Logan a su lado y sus pasos resonaron sobre la acera apenas iluminada por los postes de luz mortecina que flanqueaban la avenida. Ninguno dijo una palabra hasta que se encontraron a un par de calles lejos de la casa y, cuando él se detuvo de golpe forzándola a que ella hiciera otro tanto, Tara solo atinó a sacudir la cabeza y a exhalar un hondo suspiro.

—Debes de estar muy enojado conmigo —dijo ella.

No se atrevió a levantar el rostro para mirarlo, pero supo que él la veía porque estaba tan acostumbrada a percibir sus emociones que en ese momento estuvo segura de que le costaba encontrar las palabras.

—No estoy enojado, solo preocupado —replicó él con esa voz grave y sedosa que nunca dejaría de alterar sus sentidos—. Y también un poco confundido. ¿Qué está ocurriendo, Tara? ¿Por qué estás huyendo de mí de esta forma? ¿Hice algo...?

—No, claro que no.

Lo oyó exhalar un suspiro de alivio. No se había detenido a pensarlo hasta entonces, pero era lógico que supusiera que su actitud debía de tener algo que ver con él. Se sintió aun más culpable entonces y habría empezado a gritar de no ser porque sabía que ya había tenido bastante de eso.

—Sé que hice mal en venir, y lo siento; no era la forma en que me hubiera gustado conocer a tu padre —él continuó al reparar en que ella no diría nada más—. Pero necesitaba hablar contigo para saber... no pude pensar en otra cosa.

Fue el turno de Tara para suspirar. Ella levantó la mirada como si tuviera un peso enorme asentado en los hombros y le costara un esfuerzo sobrehumano apartar los ojos del suelo para posarlos sobre su rostro. Ojalá no lo hubiera hecho, se dijo luego; no podía mirarlo, recorrer su rostro y conservar un valor que no dejaba de ser tan solo una fachada.

—Está bien; no estoy enojada por eso, sé que no te di otra alternativa —reconoció ella, y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones para no ceder al deseo de tocarlo— ¿Te importa si caminamos un poco más? Hay un parque de juegos cerca; podríamos sentarnos allí.

Logan asintió y adecuó el paso al suyo, como hacía siempre. Ella acostumbraba andar a toda velocidad, como si estuviera siempre por llegar tarde, en tanto que él se movía con mayor lentitud con un andar seguro y sereno que hablaba de alguien que se tomaba las cosas con calma porque sabía que iba por el camino correcto. En el tiempo que llevaban de conocerse, sin embargo, había aprendido a acelerar un poco para mantenerse a la par, y también Tara, aunque ella no se hubiera dado cuenta de ello, procuraba bajar las revoluciones hasta llegar a un punto medio que les permitía conservar cada uno parte de su ritmo habitual y al mismo tiempo ceder un poco en consideración al otro.

Anduvieron por unas tres calles más hasta que Tara dio un rodeo al final de la avenida y se

internó en un callejón que daba al parque de juegos del que había hablado. Era pequeño, y sin duda destinado a los chicos del vecindario; un campo de fútbol que ocupaba casi toda el área y dejaba una parcela reducida para unos cuantos juegos, entre ellos un par de columpios un tanto oxidados hacia los que ella se dirigió.

Eran los únicos allí en ese momento. Ella no lo mencionó, pero era habitual que a esa hora se encontrara deshabitado porque la mayor parte de los residentes se encontraban cenando en sus casas. Un par de horas después, sin duda, se llenaría de críos y gritos, pero en ese momento era tan solo para ambos y ella agradeció que así fuera.

Ocupó uno de los columpios e hizo un gesto a Logan para que hiciera lo mismo con el otro. Lo vio vacilar y sin duda se habría echado a reír al verlo tomar las cadenas antes de acomodarse con esfuerzo en el asiento, como si jamás hubiera hecho algo como eso, de no sentir su corazón a punto de estallar de miedo.

—Puedes sostenerte de las cadenas...

—Por favor, dime que no esperas que empiece a columpiarme.

Tara le sonrió sin poder evitarlo y asentó los pies en la tierra para dar vuelta al asiento y quedar frente a él. Ya no pensaba esquivar su mirada ni desviar su atención. En lugar de ello, fijó sus ojos en su rostro y mantuvo una expresión tan calmada como le fue posible.

—Lamento haberme portado de la forma en que lo hice estos días; ha sido una niñería y me sorprende que aun desees hablar conmigo —empezó ella tras exhalar un hondo suspiro.

Logan sacudió la cabeza y se balanceó un instante antes de fijar los pies de la misma forma en que lo había hecho ella y apoyó los codos sobre las rodillas para mantener el equilibrio. Lo mismo que Tara, no desvió un instante la mirada de su rostro.

—Nunca pensaría algo como eso —aseguró él—. Y siempre querré hablar contigo. No importa lo que ocurra, Tara, debes entender lo importante que eres para mí. Yo...

Ella lo detuvo con un gesto. Si decía lo que creía que estaba a punto de decir, no sería capaz de continuar.

—Espera. No lo digas —pidió ella—. Deja que yo me explique primero.

Logan asintió, y Tara pudo ver que contenía el aliento. ¿Qué esperarías él oír?, se preguntó. ¿Tendría acaso la más mínima sospecha? Algo le dijo que era una de esas cosas que nadie podía imaginar hasta que le estallaba entre las manos.

—No me he sentido muy bien últimamente —empezó ella tras aclararse la garganta—. Creí que se debía al estrés de los exámenes y todo lo que ha pasado los últimos meses entre tú y yo.

Logan entrecerró los ojos al oírla. Era evidente que no había esperado oír eso.

—Espera. ¿Estás enferma? —Preguntó él con una entonación preocupada que no le había oído antes—. ¿Has ido a ver a un médico? ¿Es algo serio?

Tara exhaló un hondo suspiro y contuvo el impulso de sonreír, poner los ojos en blanco y echar a correr. Todo al mismo tiempo. En lugar de ello, sin embargo, sostuvo su mirada sin parpadear y se humedeció los labios antes de hablar.

—Estoy embarazada —dijo al fin.

Un sordo rumor proveniente del viento agitando las hojas de los árboles se asentó entre ellos tan pronto como las palabras salieron de sus labios. Ella experimentó un alivio extraordinario que le llenó los ojos de lágrimas en tanto que Logan pareció enmudecer. Pareció como si lo dicho por Tara se colara en su mente de a pocos y no fuera fácil para él procesarlo del todo.

Tara unió sus manos sobre el regazo y empezó a retorcerlas una contra otra sin poder contener la ansiedad que empezó a hacer trizas el alivio que sintiera hasta hacía un minuto. Tal vez fuera él

quien deseara echar a correr entonces, se dijo sin saber cómo tomaría eso de estar en lo cierto. Supuso que no podría culparlo; seguro que hubiera podido pensar en una mejor forma de decirlo; ella se había sentido conmocionada al confirmarlo pese a que había tenido tiempo para hacerse a la idea. Él, en cambio...

Cuando sus ojos y los de Logan se encontraron al fin, sin embargo, se sorprendió un poco al verlo resoplar como si hubiera estado conteniendo el aire y reparar en que la veía con una expresión curiosa que no supo interpretar. Entonces una de sus manos se movió hasta posarla sobre las suyas y sintió que sus dedos dejaban de temblar ante el contacto de su piel cálida contra la suya helada.

Y supo, aunque no habría sabido explicar cómo estaba tan segura de ello, que no se hallaba tan sola como había pensado. Aunque eso, claro, estaba aún lejos de ser un consuelo.

Logan trató de imprimir a su voz de una serenidad que estaba muy lejos de sentir y sostuvo las manos de Tara con más fuerza de la necesaria, pero no pudo aflojar el agarre porque tenía los dedos agarrotados alrededor de los suyos. Le pareció como si hubiera sido incapaz de soltarla incluso si alguien hubiera intentado forzarlo a ello. Era posible que la mantuviera asida por lo que le quedaba de vida, se dijo en medio de los pensamientos desordenados que se debatían en su mente.

—¿Cuándo...?

Tara pareció hacerse una idea de lo que intentaba preguntar y se encogió de hombros, mirándolo con una mueca de desconcierto.

—No estoy segura. Supongo que alguna de las veces en que...

—Pero tuvimos mucho cuidado.

Ella suspiró.

—Lo sé. Creo... creo que fue esa vez en que fui a tu casa y estabas dormido. Y yo...fue mi culpa.

Logan hizo memoria y recordó ese día con una claridad sorprendente. Abrir los ojos y encontrarse con el rostro de Tara; abrazarla y hundirse en ella incluso en medio del sueño. Sí, era posible que entonces hubieran sido un poco descuidados, reconoció sintiéndose un tanto avergonzado de haber sido tan irresponsable.

—No digas eso, no fui tu culpa —negó él entonces, dando una suave sacudida a sus manos para darle más fuerza a sus palabras—. Yo debí preocuparme por eso.

—Estabas medio dormido.

—Estaba muy despierto; sabía lo que hacía.

La voz de Logan surgió un poco cortante y Tara debió de comprender que no tenía sentido discutir por eso. No importaba cuándo había ocurrido o en qué circunstancias; el resultado era el mismo.

Cuando él volvió a hablar, un par de minutos después en que el rugido del viento empezó a incrementarse y un frío afilado los envolvió, su voz surgió más tranquila y sostuvo su mirada sin parpadear.

—¿Has decidido qué hacer? —Preguntó él de golpe.

Tara carraspeó antes de responder y su semblante adquirió una expresión pensativa.

—No estoy segura. No he dejado de pensarlo y se me ocurren tantas cosas...

—¿Quieres tenerlo?

Ella contestó como si fuera una pregunta que hubiera esperado y a la que le había dedicado

mucho tiempo.

—Sí.

Él exhaló un casi imperceptible suspiro de alivio.

—¿Quieres conservarlo?

—No lo sé. Quizá —Tara no se oyó tan segura al responder a eso último—. No lo he pensado bien aun.

Logan asintió y escarbó en su mente para continuar. En realidad, tuvo que reconocer de mala gana, tenía muy claro lo que deseaba decir; solo necesitaba reunir el valor para hacerlo porque tenía miedo de lo que ella fuera a responder cuando lo oyera.

—Está bien —dijo él unos segundos después en un tono firme que contradecía su inquietud— ¿Crees...? Me gustaría estar a tu lado. Decidas lo que decidas, quiero estar allí.

Tara le dirigió una mirada cargada de dulzura que le encogió un poco el corazón.

—No tienes que...

—No se trata de lo que tenga o no que hacer. Quiero hacerlo. Si a ti te parece bien.

Ella no respondió nada, pero él no necesitó que lo hiciera; tuvo clara su respuesta incluso antes de verla asentir con los ojos empañados. Sin vacilar, soltó sus manos para envolverla en un abrazo apretado que ella correspondió con tanta fuerza que le cortó el aliento. Su cuerpo oscilaba sobre el columpio y pareció como si lo único que la mantuviera firme sobre el suelo fuera el calor de su piel y la firmeza con la que la sostenía.

—Todo irá bien.

La voz de Logan se perdió entre el aullido del viento y aun así ella fue capaz de oírlo y de forzar a su mente a hacer suyas sus palabras. A él, sin embargo, le pareció como si intentara convencerla de la misma forma en que intentaba convencerse a sí mismo, pero no estaba seguro de creerlo del todo.

## CAPÍTULO 9

Tara estudió el rostro de Max con la secreta satisfacción de haber conseguido dejarlo sin habla durante cinco minutos seguidos. Nunca había ocurrido antes, y lo conocía desde preescolar. Era una lástima, sin embargo, se dijo apartando cualquier sensación de alegría, que tuviera que haber dejado caer una bomba a sus pies para obtener ese triunfo.

—Pero... pero... ¿no estás bromeando? —Su amigo recuperó finalmente el habla y la miró con los ojos abiertos al máximo—. ¿Y qué ha dicho tu padre? ¿Cómo es que aún estás viva?

Tara hizo una mueca y se llevó unas patatas fritas a la boca, sin responder de inmediato. Se encontraban en el restaurante de la familia de Max. Era un local amplio y de temática ochentera, precisamente la década en que fue abierto. Eran los únicos allí porque aun faltaba una hora para que abriera al público, y la madre de Max, como hacía siempre que Tara llegaba de visita, los alentó a ocupar una mesa antes de dejar una bandeja con comida ante ellos.

No era extraño que Max la adorara y que él y Tara pasaran mucho tiempo allí cuando eran pequeños. Ese lugar se había convertido en una suerte de refugio para ella; era donde iba con frecuencia cuando se sentía triste y no deseaba llorar frente a su padre, como ocurrió después de la muerte de su esposa o de su accidente.

Hacía mucho tiempo, sin embargo, que no iba allí con el fin de escapar de algo. Desde que se convirtió en una adulta había aprendido a enfrentar sus problemas y a no ceder a la autocompasión pero de pronto se sentía una niña otra vez y estaba demasiado asustada por todo lo que ocurría como para fingir una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Se lo dije hace un par de días —respondió ella al fin luego de tomar un sorbo de soda y mirar a su amigo con los labios apretados—. No está muy contento.

Max cabeceó y Tara supo lo que estaba pensando: decir que el señor Duncan no estaba contento ante la noticia era un total eufemismo. Y ella tuvo que reconocer, aun cuando fuera tan solo para sí, que tenía toda la razón del mundo.

Aun le entraban ganas de llorar cada vez que pensaba en el rostro de su padre cuando habló con él a la mañana siguiente de la visita de Logan. No había una forma de preparar a alguien para recibir semejante noticia en sus circunstancias, de modo que simplemente lo dejó caer. De golpe y sin rodeos.

El señor Duncan no lo mencionó entonces, pero ella supuso que en el fondo agradeció que lo hiciera de esa forma. Sin embargo, eso estuvo lejos de ser un consuelo para él y mucho menos para ella porque jamás podría olvidar la expresión de desconcierto y luego de decepción que asomó a sus rasgos una vez que la idea fue abriéndose paso en su mente.

Tara podía decir algo en su defensa, sin embargo. El señor Duncan no gritó ni le reprochó nada; tan solo se mantuvo en silencio durante lo que le pareció una eternidad antes de sacudir la cabeza y dejarla sola para ir a su habitación con un paso cansado y renqueante que a Tara le dolió más que cualquier reproche que hubiera podido hacerle. Desde entonces apenas habían hablado y a ella empezaba a desesperarle esa camaradería formal que se instaurara entre ellos. Hubiera preferido que le gritara por horas en lugar de permanecer distante y callado; como si se encontrara tan defraudado que las recriminaciones estuvieran muy lejos de poder resumir todo lo que sentía.

Y por eso Tara procuraba pasar poco tiempo en casa. Max y su familia habían sido siempre un puerto seguro para ella, pero su amigo, aunque un tanto despistado, no tenía un pelo de tonto, y de allí que hubiera empezado a sospechar que tantas visitas luego de permanecer los últimos meses



un poco apartada debían de tener un significado oculto.

Tara no necesitó que insistiera en que le dijera lo que le ocurría. En cierta medida, fue un alivio hacerlo, así como también contarle acerca de la reacción de su padre; sabía que Max era una de las pocas personas en el mundo que podría comprender en su real dimensión el golpe que había significado para él tanto como lo mucho que todo aquello le dolía a ella.

—Bueno, era de esperar; el señor Duncan es así ¿no? No es de los que montan un alboroto cuando están disgustados —comentó él una vez que ella guardó silencio—. ¿Recuerdas cuando nos metíamos en problemas en la escuela? Mi madre me gritaba por horas y él te mandaba a tu habitación para que pensaras en lo que habías hecho y luego te ponías a llorar por el remordimiento. En esa época te envidiaba, pero creo que tal vez no fuera lo mejor a la larga. Mejor dejar salir las cosas ¿no?

Tara cabeceó porque, a su pesar, no podía menos que estar de acuerdo con él; pero sabía también que su padre hacía lo mejor que podía y que, en ese caso, al menos, tenía razón en comportarse de la forma en que lo hacía.

—En todo caso, tienes que darle un poco de tiempo a que se haga a la idea; tal vez termine alegrándole y todo —su amigo usó una voz más animada al continuar pero Tara no se sintió tan esperanzada como él—. Vamos, quita esa cara. No es nada del otro mundo. No estás sola en esto; tu padre te perdonará a la larga, estoy seguro, y te apoyará en todo lo que pueda. Y está ese tipo ¿no? Todavía no puedo creer que te hayas estado tirando a un maestro de la academia.

Max se hizo a un lado para esquivar la patata frita que su amiga le lanzó y, con una sonrisa, la recogió de encima de la mesa y se la llevó a la boca.

—Y a ese maestro, además —continuó él arqueando una ceja.

—No era realmente un maestro, y no hay nada de malo con él —masculló ella con el ceño fruncido.

—No dije que lo hubiera. Cuando menos media promoción estaría encantada de estar en tu lugar; y no hablo solo de las chicas —Max se encogió de hombros sin dejar de sonreír—. Pero ustedes son tan distintos; me cuesta imaginarlos juntos.

Tara apoyó los codos sobre la mesa y observó a su amigo con ojos brillantes.

—No lo conoces —indicó ella.

—Pero te conozco a ti.

—Quizá no tan bien como crees.

Para su sorpresa, Max no le respondió con una réplica burlona, que era lo que normalmente hacía para hacerla rabiarse, sino que la observó con semblante pensativo y, al cabo de un momento, suspiró y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Puede que tengas razón —reconoció él al cabo de un momento—. Por ejemplo, creí que ya te había visto enamorada y va a resultar que estaba equivocado.

Tara detuvo la mano que había estado a punto de llevarse a la boca con una nueva tanda de patatas y devolvió a su amigo una mirada de desconcierto.

—Yo no...

—Antes de que lo niegues, haré como tu padre y te diré que te lo pienses un poco y luego ya me dices —la atajó él con un gesto y una expresión de entendimiento que le provocó volcar la soda sobre su cabeza—. Ahora, ¿has pensado en que Max es un nombre fantástico para un bebé? Y aun mejor, da igual si es niño o niña, le quedaría estupendo.

Tara suspiró y puso los ojos en blanco, sin responder. Sabía que su amigo solo intentaba aligerar el ambiente y animarla, pero aunque no se lo dijo, en el fondo aquello solo la hizo sentir

peor. No se lo había comentado pero, tal y como se lo confesó a Logan, en realidad no estaba segura aun de si deseaba o no conservar al bebé. ¿Qué sentido tenía que pensara en un nombre para él?

Luego de aquello, procuró llevar la charla por otro sendero y Max, que se dio cuenta de inmediato de que posiblemente acabara de meter la pata, empezó a parlotear de la última proeza de su hermano mayor, que era quien llevaba el restaurante de su padre. Mientras le oía contarle acerca del último problema en que se había metido y de cómo la familia estaba considerando seriamente desheredarlo, Tara hizo como que le prestaba atención aun cuando en realidad su mente se encontraba muy lejos de allí.

Logan sentía como si su vida hubiera dado un vuelco después de su última conversación con Tara, una sensación que no hizo más que acentuarse según fueron transcurriendo los días. Era como si hubiera un mundo antes y otro después de enterarse de lo que ella le dijo.

Simplemente no podía ver las cosas de la misma forma en que lo hiciera antes de aquello. Todo cobró una nueva dimensión y aun cuando se afaná en actuar como si nada ocurriera, en el fondo sabía que no había un solo paso que no diera que no estuviera influenciado por todo eso.

Y sin embargo, no era una sensación desagradable. Para nada. Si se hubiera detenido a pensar en ello, cosa que procuraba no hacer porque temía las conclusiones a las que fuera a llegar, se habría dado cuenta de que jamás se sintió mejor en toda su vida.

Tal y como dijera Morgan, estaba enamorado. Pero enamorado en serio; como creyó que no lo estaría nunca, la clase de sentimiento que uno considera patrañas de gente que habla de ello para dar nombre a cualquier emoción que en realidad no podía ser tan poderosa. Ahora, sin embargo, sabía que lo era. Lo más intenso que sintiera nunca; tanto que a veces le asustaba un poco. Pero entonces evocaba el rostro de Tara y la forma en que lo había abrazado aquella noche en el columpio; el aroma que despedía su cabello y el calor de su respiración sobre su cuello, y cualquier rastro de miedo se desvanecía en el aire.

Sabía que deseaba estar a su lado sin importar lo que ella decidiera hacer con el bebé, pero hubiera sido hipócrita de su parte no reconocer que se había imaginado ya mil escenarios en que compartían sus vidas. El problema era que no consideraba justo presionarla; era consciente de que ella se encontraba en una posición mucho más delicada que él, y aun cuando se le ocurrían muchas opciones para ayudarla, sabía que era algo que tendría que surgir de ella. No soportaría aprovecharse de su vulnerabilidad para obligarla a hacer nada que no deseara.

Y mientras tanto, vivía en un estado de incertidumbre constante que lo orillaba a cometer un error tras otro y que ya había estado a punto de arruinar su caso, entre otras cosas.

Morgan no lo sabía, porque él se había cuidado bien de no mencionarlo en sus últimas reuniones, pero el contacto que consiguiera gracias a Lisa y quien le fuera tan útil en un primer momento, había empezado a darle algunos problemas.

Se trataba de un curador bastante conocido en el medio y quien en un inicio respondió a sus problemas sin mayores aspavientos. A Logan le había parecido que, al ejercer un puesto poco importante y al ser su trabajo en algunas galerías de la ciudad relativamente esporádico, no tenía mayores intereses en guardar los secretos de nadie.

Por eso, supo gracias a él que, tal y como sospechara, los galeristas que hablaron con él cuando empezó a desgranar el caso estuvieron lejos de decirle toda la verdad. En especial ese testigo que terminó por echarse atrás a último momento. El curador se refirió a él como uno de los más poderosos en el circuito artístico y no solo eso: también mencionó que había sido un contacto

frecuente de Marvin Quinn, lo que confirmaba el vínculo que el prisionero le diera cuando fue a hablar con él. Y aun más, lo que hizo emocionar a Logan, el hombre aseguró que ambos y otros tantos que tenía ya en su lista, se movían en las más altas esferas del gobierno.

El nombre del senador que tenía en la mira también fue mencionado entonces y por un momento estuvo seguro de que ya tenía todo lo que necesitaba y podía dar su caso por finalizado en cualquier momento.

Sin embargo, cuando volvió en busca del curador para obtener un testimonio formal, se topó con que el hombre había desaparecido. Lo buscó por cielo y tierra; tanto en la dirección que indicara como su domicilio como en los lugares en los que acostumbraba trabajar, pero no hubo forma de dar con él.

Hasta la tarde anterior.

Tras rastrear todo lo que tenían de él en el sistema y de sus allegados, dio con el nombre de su ex esposa y, al dirigirse allí, se topó con que ciertamente él se encontraba en su casa, pero le bastó con verlo para saber que iba a necesitar un milagro para obtener algo de él.

El rostro del curador había adquirido un tono entre rojizo y azulado propio de quien acaba de recibir una paliza y, al encontrarse con sus ojos en tanto lo atendía por una rendija de la puerta que parecía determinado a no abrir del todo, Logan pudo ver un miedo tan profundo en ellos que apenas se atrevió a insistir. No en tanto no pudiera asegurarle que lo mantendría a salvo porque era obvio que el hombre debía de haber llegado a ese estado debido a su conversación con él.

De modo que no le quedó otra alternativa que hacerle prometer que se mantendría oculto allí y que él volvería para hablar con él una vez que hubiera conseguido una orden de protección. Estaba dispuesto a hacer el papeleo para ponerlo bajo resguardo del departamento si era necesario; pero un trámite como ese llevaba un poco de tiempo y por eso había decidido ocuparse de eso personalmente y hablar con los fiscales sin involucrar a Morgan en el asunto.

Aunque su jefe era discreto y no compartía sus preocupaciones con frecuencia, Logan había escuchado algunos rumores referidos a que sus pesquisas habían empezado a levantar una polvareda nada discreta en el ambiente político, lo cual siempre influía en el trabajo policial por mucho que las cabezas del departamento se afanaran en negarlo.

Sabía, por ejemplo, que no había uno solo de sus informes que no fuera enviado de inmediato ante el comisionado y ya había recibido un par de llamadas del capitán del precinto, que no dudó en saltarse la autoridad de Morgan, para pedirle u ordenarle de plano directamente que tuviera cuidado con los callos que pisaba y que más le valía que si continuaba agitando el avispero en la forma en que lo había venido haciendo, tuviera un caso sólido y unas pruebas que no pudieran rebatirse de ninguna manera, o no podría hacer nada por él de recibir alguna queja con su nombre.

A Logan aquello le daba más bien igual; no era del tipo que se intimidaba con facilidad y aquella no era la primera vez en que su trabajo se tornaba peligroso o se veía involucrado en juegos de poder. Sin embargo, nunca le había ocurrido que su vida personal le impidiera concentrarse del todo en cumplir con su deber.

Actuaba de forma un poco errática, y aunque procuraba no mezclar las cosas, muchas veces se sorprendió pensando en Tara y en lo que sería de ambos aun cuando su mente debería estar del todo puesta en su trabajo.

Cualquier día recibiría un disparo y ni siquiera sabría de dónde había venido, se dijo más de una vez cuando sintió que sus nervios no daban para más y que si no liberaba toda esa tensión que hacía presa de él terminaría por cometer una locura.

Tara esperó a que la clase terminara para dirigirse a la oficina de Lisa y hablar con ella. Era una charla que había estado evitando durante varios días; debió presentarse allí mucho antes, pero cada vez que se decía que era necesario que enfrentara ese asunto, encontraba alguna excusa para dilatarlo.

Durante todo la semana había hecho planes para presentarse en la galería en la que sabía que trabajaba a fin de hablar fuera de la escuela, pero al final decidió que lo más correcto era que esperara al final de la clase del sábado para ir con ella. Después de todo, tenía que ir a posar de cualquier forma; no tenía sentido hacer un viaje tan largo para hablar unos minutos cuando iba a estar allí unos días después.

Cuando se presentó en su oficina, sin embargo, y estuvo ante ella, supo que su jefa habría preferido cualquier cosa antes que verla. A Tara no se le había escapado que si antes se había mostrado fría con ella, como si se tratara tan solo de uno más de los utensilios necesarios para dictar su clase, en las últimas semanas aquella diferencia había dado lugar a una antipatía casi palpable. Y Tara tenía una idea muy clara de a qué se debía eso.

Logan.

Para ella y para la mayoría del grupo estaba claro desde el inicio que mostraba cierto favoritismo por él y no tan solo porque lo considerara un artista talentoso. Lo suyo no era como lo que ocurría con Tara y su maestro de tiro; el viejo profesor la trataba como si fuera una nieta de la que se sentía especialmente orgulloso y a quien deseara premiar con una paleta cada vez que obtenía un puntaje perfecto. Lo que Logan le inspiraba a Lisa era muy distinto y Tara tenía clarísimo lo que a ella le hubiera gustado darle.

Pero eso no sería posible, se recordó ella cuando la idea le provocó una sacudida de náuseas. Logan jamás había correspondido a ese interés y en el fondo eso provocaba que Lisa le inspirara un poco de lástima. Un sentimiento que duraba más bien poco, en especial como se portaba tan déspota y desagradable con ella, como cuando se presentó en su oficina poco después de terminar la clase para decirle que no pensaba continuar trabajando como modelo una vez que ese curso terminara.

En realidad, Tara había estado tentada a dejarlo antes aun cuando hubiera tenido que devolver parte del dinero que Lisa le diera por el curso completo; pero al considerar que solo restaban tres clases y que era poco probable que su embarazo fuera aun evidente en esas fechas, no tenía sentido dar más problemas de lo necesario. Pero desde luego que Lisa no agradeció el detalle.

—¿Pero qué pasa con el curso de otoño? —Preguntó ella—. Ya habíamos acordado que seguirías una vez que este terminara.

Tara se mantuvo de pie, ya que la otra mujer no había tenido la cortesía de ofrecerle un asiento, y la observó sin parpadear.

—Nunca acordamos nada. Tú ofreciste que me quedara y yo respondí que lo pensaría. Para entonces sabía que era probable que estuviera trabajando en un empleo regular y no habría forma de que pudiera alternar ambas cosas.

Lisa hizo un gesto de enojo.

—Pero es solo los sábados. Con seguridad que podrías organizarte; son solo unas horas y sabes tan bien como yo que la paga es buena.

Tara contuvo un resoplido. Sabía, desde luego, que la paga era buena; nunca habría aceptado ese empleo de no ser así, pero también tenía claro que incluso si su vida no hubiera dado el vuelco que acababa de dar, nunca se hubiera sentido cómoda compaginando un trabajo de policía con el de modelo. No lo deseaba sin importar cuánto le pagaran o lo mucho que lo necesitara; se

las arreglaría de alguna forma.

Pero eso no era asunto de Lisa ni sentía la suficiente confianza como para decírselo. De la misma forma en que habrían tenido que torturarla para que le confesara que el motivo principal por el que no pensaba posar más, independientemente de lo que la vida laboral le tuviera destinado, era porque su embarazo se lo impedía de plano. Era demasiado personal y algo le dijo que ella nunca hubiera logrado entenderlo.

—Lo siento, Lisa, pero es imposible; quise avisarte con tiempo para que pudieras conseguir a alguien más para el próximo curso.

—Pero...

—Estoy segura de que podrás encontrar a alguien que estará encantada de ocupar mi puesto — Tara continuó sin darle tiempo a interrumpirla.

No le sorprendió, sin embargo, que la otra mujer hiciera un gesto de fastidio y le dirigiera una mirada de desagrado.

—No es tan fácil encontrar a una modelo para este tipo de clase. Deberías de saberlo —espetó ella de mala gana— ¿Estás segura de que no cambiarás de opinión?

Tara sacudió la cabeza de un lado a otro y ajustó su bolso al hombro, lista para marcharse, cuando la mujer la detuvo con un gesto.

—Espera. ¿Esto tiene algo que ver con Logan? —Preguntó ella de golpe.

Tara arqueó las cejas y sus labios simulaban una línea apretada, tentada a no responder; pero terminó por hacerlo porque nunca había conseguido aprender a dejar pasar las provocaciones.

—Esto no tiene nada que ver con él —respondió ella sin fingir que no la entendía—. Es cosa mía y no hay nada más que tengamos que hablar al respecto.

La vio aspirar con fuerza y sus ojos acuosos relampaguearon antes de asentir, no sin antes dirigirle una mirada de reproche propia de una niña a quien acabaran de arrebatarse un dulce que le habría hecho reír en otras circunstancias.

—Sabes que no durará ¿no? —Soltó ella cuando Tara ya tenía la mano en el picaporte, a punto de marcharse—. Me refiero a lo que sea que tengan. Es un capricho suyo y tú serías una idiota si cifras tus esperanzas en eso. Más te vale tenerlo en cuenta; quizá, si lo haces pronto pueda conservar ese puesto para ti el curso que viene.

Tara ni siquiera se molestó en responder aun cuando le habría encantado hacerlo. Lisa debió de ver algo en sus ojos al darle una última mirada antes de abandonar la habitación, sin embargo, porque llegó a notar que se repantigaba en la silla como si acabaran de golpearla.

*Bien*, se dijo Tara al descender las escalinatas para atravesar el vestíbulo de la escuela. Porque era precisamente lo que le habría gustado hacer. Eso y decirle que estaba totalmente loca si creía que estaba siquiera cerca de comprender lo que ella y Logan sentían el uno por el otro.

Más enojada de lo que le habría gustado reconocer, anduvo con el ceño fruncido sin molestarse en aligerar su paso o fijarse por donde iba hasta que dio de lleno con un cuerpo sólido que le salió al paso de no sabía dónde pero que estuvo a punto de hacerla trastabillar. Tuvo que sujetarse de lo primero que encontró, un brazo tendido ante ella, y estuvo a punto de agradecer a su dueño por sus buenos reflejos, ya que era ella quien iba distraída, cuando se encontró con un rostro desagradablemente familiar.

El hombre con quien tuviera el problema hacía lo que le parecía ya una eternidad, aunque de eso hubieran pasado solo unos cuantos meses, la observaba con una sonrisa ladina que le provocó un escalofrío. Advirtió entonces que aun continuaba asida a su brazo y lo soltó de golpe dando un paso hacia atrás.

Había poca gente a su alrededor; cuando mucho algunos empleados de la escuela y unos alumnos rezagados que atravesaban las puertas de salida sin prestarles ninguna atención; ellos se encontraban justo debajo de la gran claraboya del techo abovedado, a unos metros de las esculturas de dioses que a Tara le gustaban tanto y que siempre se detenía a admirar pero que en ese momento le molestaron porque le impedían el paso.

—¿Apurada? —El hombre, a quien si no recordaba mal Lisa se había referido como Peter, se dirigió a ella en un tono levemente burlón—. Tengo la impresión de que cada vez que nos encontramos estás corriendo. Excepto en el aula, claro, allí siempre se te ve muy quietecita. Parece difícil: no mover un músculo mientras todo el mundo te mira. ¿Cómo lo haces?

Tara apretó los puños de forma inconsciente.

—Hazte a un lado —pidió ella de malos modos.

Él negó con un gesto brusco y buena parte de la amabilidad que mostrara hasta entonces, que a Tara no la engañó en absoluto, pareció desaparecer y ser reemplazada por un gesto de encono.

—Hace tiempo que esperaba un momento como este para hablar a solas contigo —indicó él dando un pequeño paso a su derecha al notar que Tara miraba en esa dirección—. No hemos tenido oportunidad de charlar después de lo que ocurrió. Empezamos con muy mal pie y me parece que podríamos intentar superar ese malentendido.

—No sé cómo podrías considerar que mi puño sobre tu nariz es un malentendido, pero eso es asunto tuyo —replicó Tara sin cortarse y con una nueva mirada al otro lado para escabullirse por allí—. Déjame pasar, no te lo voy a pedir de nuevo.

—¿Y qué harás si no quiero? ¿Vas a intentar golpearme de nuevo? Porque te recuerdo que aquella vez me tomaste desprevenido —refutó él con la barbilla elevada.

El mundo estaba repleto de idiotas, masculló Tara para sí, aunque tuvo que reconocer que algo de razón tenía él. No parecía del todo un blandengue, en realidad, y de hecho que ya no contaba con el elemento de la sorpresa, pero si tenía que darle una patada en la espinilla no pensaba dudar. Aun así, le sabía mal verse envuelta en un problema de ese tipo nuevamente, además de que en los últimos meses su mal temperamento parecía haberse aplacado cuando menos lo suficiente para pensar dos veces antes de actuar.

Debía de ser culpa de Logan. Ejercía una mala influencia en ella, se dijo con un resoplido y procurando armarse de paciencia; algo le dijo que ese hombre encontraba algún tipo de satisfacción en alterarla y ella no estaba dispuesta a seguir su juego.

—No voy a intentar golpearte —negó ella—. Pero si no te mueves de mi camino, voy a gritar para que todos vengan y les diré que no has dejado de molestarme desde el primer día. Y luego iré con el director y presentaré una queja formal, que es lo que debí hacer desde un principio —Tara continuó luego de considerarlo un segundo y su rostro adquirió una nueva determinación— ¿Sabes qué? Voy a hacerlo de cualquier forma porque se me revuelve el estómago tan solo de pensar que vayas a molestar a otra chica que ocupe mi lugar. Los tipos como tú deberían estar encerrados. Ahora dime qué será ¿vas a salir de mi camino o no?

El hombre dudó solo un segundo como si considerara las implicancias de sus palabras y no le hiciera ninguna gracia verse amenazado de aquella forma, pero al mismo tiempo temiera que estuviera diciendo la verdad. Tara aprovechó ese momento de duda para ponerse en movimiento. Lo rodeó con rapidez y se alejó de él, pero cuando creyó que ya lo había dejado atrás y volvió a respirar con cierta normalidad, sintió que tiraba de su mano y, en esta ocasión, no fue lo bastante rápida. Sus reflejos se habían relajado, supuso al notar que no atinaba a levantar la mano libre para deshacerse de él, debilidad que el hombre aprovechó para rodearle la cintura con un

movimiento rudo.

Genial. Tendría que gritar, después de todo, se dijo Tara un tanto confusa y aliviada en el fondo de terminar con eso de una buena vez.

Sin embargo, ni una sola palabra llegó a escapar de sus labios. No tuvo tiempo. Y no porque el hombre la forzara a callar o porque no diera con lo que debía decir; eso lo tenía bastante claro. Lo que cortó cualquier cosa que hubiera pensado hacer fue que precisamente en ese momento una sombra salida de la nada se interpuso entre ambos y la alejó del otro hombre con tal brusquedad que tuvo que apoyarse sobre el borde de la balaustrada para no irse de bruces.

—¡Qué día...!

Tara se calló de golpe al comprender lo que había pasado y tardó un momento en registrar la imagen que se presentó ante ella. El hombre que hasta hacía un instante la mantenía sujeta, ahora se hallaba tendido de espaldas y su cabeza hacía un ruido horrible al impactar contra el mármol del vestíbulo.

Logan estaba sobre él y eran sus golpes sobre su rostro lo que provocaban ese vaivén. Al mirarlo a la cara, se dio cuenta de que él estaba más furioso de lo que había visto a nadie antes y apenas dudó un segundo al ir hacia él para detener su brazo antes de que lo descargara nuevamente sobre el hombre que había empezado a gimotear.

El ajetreo había atraído la atención del resto de gente que pasaba por allí y la mayoría se acercó con paso apurado para detenerlo de la misma forma en que intentaba hacerlo ella. Pero aquello no fue del todo necesario, comprendió Tara tan pronto como su mirada se encontró con la de Logan y él detuvo su brazo de golpe al sentir el contacto de su mano. Sus ojos parecieron decir tanto que a ella se le cortó el aliento y, pese a los gritos a su alrededor, le pareció como si cualquier sonido se viera apagado por el miedo que sintió al percibir su propia desesperación.

Fue cosa de un segundo; un instante en que ninguno dijo una palabra y entonces el tiempo pareció reanudarse, lo mismo que el ruido que fue creciendo en intensidad, y ya no hubo oportunidad de más.

Lo había visto todo rojo.

Era la única explicación que Logan podía encontrar a la forma en que actuó. Él no era un hombre violento, nunca lo fue; su comportamiento era siempre irreprochable. Jamás se había aprovechado de su fuerza o de su posición de poder, primero como parte de una familia privilegiada y luego en su puesto de oficial de policía. A él le gustaba hablar. Llegar a acuerdos, discutir la mejor forma de evitar conflictos. ¡Había dado clases de ética, por Dios Santo!

Y aun así, no había dudado en echarse encima de un imbécil en su afán de proteger a Tara. ¿Pero protegerla de qué?, se cuestionó luego cuando consiguió calmarse siquiera lo suficiente para intentar pensar y una vez que las cosas parecieron transcurrir con menor velocidad. Él podía dar fe de que Tara era perfectamente capaz de defenderse a sí misma, pero aun así todo en su interior le empujó a apartar a ese hombre de ella. Y no solo eso: también, y muy en el fondo, no tenía sentido negarlo, quería castigarlo. Por intentar lastimarla entonces y por la ocasión anterior. Había estado incubando ese odio durante meses y bastó con ver la forma en que la sujetaba y la expresión de angustia en el rostro de Tara para que dejara de pensar.

Si ella no lo hubiera detenido. Si no hubiera visto el horror en su rostro...

Logan suspiró y dio una mirada alrededor. Estaba sentado en una pequeña habitación anexa a la recepción de la estación de policía de Pikesville; el cuarto precinto, si no recordaba mal.

Las cosas habían sucedido muy rápido luego de que recuperara el control y dejara al hombre

bajo él para reunirse con Tara. Aun se encontraba furioso y no fue capaz de decir ni una palabra, lo que tal vez fue una suerte porque ella también pareció demasiado consternada para hacer nada que no fuera mirarlo y esperar en tanto el hombre intentaba ponerse de pie con pésimos resultados. A diferencia del daño que le hiciera Tara en su momento, Logan sí que parecía haberle roto algo. La nariz, posiblemente, supuso él al estudiar su perfil y ver la sangre que manaba en un hilo constante hasta hacer un pequeño charco a sus pies. Tenía además un buen moretón en la barbilla y era obvio que tardaría un poco en moverse por su propia cuenta.

Logan no estaba precisamente incólume, aunque en su caso cualquier rastro de dolor estaba relacionado con un leve arañón en la mejilla provocado por el hombre al intentar defenderse y a sus nudillos adoloridos por los golpes que propinara.

Alguien había decidido dar parte del incidente a la policía y un par de ellos se presentaron poco después. Logan se identificó entonces, con lo que se ganó unas cuantas miradas de reproche de sus colegas, en especial cuando consiguieron poner al hombre en pie y comprobaron su estado. Este, que apenas podía hablar, se las arregló para decir que estaba determinado a presentar cargos, y ya que la mayor parte de los testigos solo habían reparado en el momento en que Logan lo atacó y no en lo que ocurriera antes con Tara, fue poco lo que se pudo hacer al respecto.

Logan hizo el viaje a la estación en el asiento trasero de la patrulla sin presentar resistencia pero aunque el otro hombre también debía ir para hacer la acusación formal, se negó a viajar con él y tuvieron que esperar a otro patrullero para que lo llevara por separado. Logan no pudo hablar con Tara en ningún momento y aunque le pidió con la mirada que se mantuviera apartada, él no dudó un segundo que ella no pensaba hacerle ningún caso. Desde luego, lo confirmó al verla descender de un taxi poco después cuando él se encontraba ante el oficial encargado rindiendo su manifestación.

Ella se apresuró a ir hacia él, pero los otros oficiales le indicaron que debía esperar y que si tenía algo que decir la escucharían con mucho gusto cuando fuera su turno.

Logan habría jurado que la oyó maldecir en tanto ocupaba una silla en el pasadizo, pero entonces tampoco pudo hablar con ella. Luego de oírlo, el oficial sugirió que lo mejor sería que esperara en otra habitación porque lo último que deseaba era que todo ese asunto hiciera más ruido del necesario. Odiaba procesar a sus compañeros, le dijo; pero si el hombre al que había atacado persistía en presentar la denuncia era lo único que podría hacer.

Logan lo entendió y, por primera vez desde que empezara todo ese embrollo, lamentó haberse dejado llevar de la forma en que lo hizo. No porque el hombre no lo mereciera; posiblemente hiciera lo mismo de encontrarse nuevamente en esa situación. El problema era qué tanto podría perjudicar eso a las personas que le importaban.

Tara. Sus compañeros. Morgan.

Logan se pasó la mano por el rostro e hizo un gesto de dolor al mirar sus nudillos con la piel expuesta. A Morgan le daría un ataque en cuanto se enterara. Si lo procesaban, con seguridad le abrirían un proceso disciplinario; era probable que lo suspendieran y no solo eso: el caso en que trabajaba desde hacía meses se iría al diablo. Sería la excusa perfecta de las grandes cabezas que no deseaban que sus nombres se vieran involucrados.

No, Morgan no iba a sufrir ningún ataque, concluyó él poco después. Iba a matarlo.

Como si lo hubiera conjurado, oyó la voz de su amigo al otro lado de la puerta e hizo un gesto de desconcierto cuando poco después sintió esta abrirse y se topó con su mirada ceñuda.

Morgan ocupaba casi todo el umbral y pareció como si estuviera tentado a ir hacia él y no precisamente para abrazarlo. Sin embargo, a Logan no le quedó más alternativa que admirar su



autocontrol porque lo vio intercambiar un par de rápidas miradas con el oficial que lo guio hasta allí y, cuando este se fue, entró con paso tranquilo, cerró la puerta tras él y se dejó caer en la silla ante Logan pero no le dio oportunidad de abrir la boca antes de señalarlo con un dedo.

—Escúchame bien —indicó él con la voz grave que solo usaba cuando se encontraba muy disgustado—. Quiero que me cuentes exactamente lo que ha pasado y más te vale pensar bien cada palabra antes.

Logan se aclaró la garganta porque le pareció que llevaba demasiado tiempo en silencio.

—¿No te han dicho qué ocurrió? —Preguntó él a su vez.

Su amigo y jefe cabeceó un par de veces sin variar su expresión.

—Sí, claro, y con todo detalle, pero ahora quiero oírlo de ti —insistió él—. Y Logan, no te dejes nada.

Éste se encogió de hombros y vaciló un segundo antes de dar con las palabras con las cuales empezar, pero una vez que lo hizo fluyeron con sorprendente facilidad. No solo le explicó lo que había ocurrido aquella mañana sino también del incidente anterior en que ese hombre acosara a Tara. De cómo había intentado convencerla de que presentara una queja y de que habló con la profesora del curso pero que nadie hizo nada entonces aunque él había estado lejos de olvidarlo. Y que por eso, cuando lo vio sobre ella de nuevo, había actuado de la forma en que lo hizo.

No se sentía orgulloso, explicó; en realidad, le avergonzaba un poco su comportamiento, en especial porque era consciente de que en su posición debía conservar la calma en todo momento y de que su actitud solo perjudicaba al departamento e incluso también a la misma Tara. Si decidían procesarlo, lo que posiblemente tuviera que ocurrir porque dudaba de que el hombre se echara atrás con la denuncia, estaba dispuesto a cumplir con cualquier sanción que decidieran imponerle. No haría un solo problema. Podía darle su placa allí mismo si él lo quería así.

Morgan lo oyó sin decir una palabra y permaneció en silencio durante varios minutos luego de que Logan terminara. Al cabo de un rato, se llevó una mano al mentón y cabeceó un par de veces antes de ponerse de pie y observarlo con gesto serio.

—Vi una chica al llegar —dijo él—. Muy bonita, alta, ojos grandes. Parecía querer hacer pedazos al hombre ese mientras rendía su manifestación en la recepción. Supongo que sería Tara.

Logan sonrió sin poder evitarlo. Era una forma estupenda de describirla.

—Está molesta —comentó él tras encogerse de hombros.

—Ya me di cuenta —replicó su amigo con una ceja arqueada—. Creo que tendrás bastante con enfrentarte a ella en su momento como para también tener que arreglártelas conmigo.

Logan lo observó con el ceño fruncido al notar el tono risueño en su voz. Su amigo, que pareció comprender su desconcierto, suspiró y le dio una palmada en el hombro.

—Yo me ocuparé de todo esto —indicó él sin parecer tan alterado como se vio al llegar.

—¿Cómo? Incluso si no abren un proceso, ese hombre me denunciará de cualquier forma. No puedes intentar encubrirme, Morgan, te meterás en problemas.

Morgan hizo un gesto para restar importancia a sus palabras.

—Déjame a mí —pidió él en tono confiado—. Pero mañana hablaremos de nuevo y más vale que hayas resuelto este enredo para entonces porque no estoy dispuesto a tolerar ninguna explosión como esta otra vez.

—Pero...

Su amigo lo dejó con la palabra en la boca y le hizo un último gesto de advertencia antes de desaparecer por donde había llegado.

Logan nunca tuvo del todo claro qué fue lo que Morgan hizo para arreglar las cosas, aunque

sospechaba que había tenido una charla en absoluto amical con ese hombre para persuadirlo de que retirara su denuncia. Eso y que de alguna forma debió de usar sus contactos para borrar cualquier registro de ese incidente para que no apareciera en su hoja de servicio. Pero él nunca le habló al respecto ni dio demasiados detalles.

Lo único que Logan supo fue que poco menos de una hora después el oficial apareció en el cuarto en que lo dejara esperando y le dijo que podía marcharse. A él no se le ocurrió discutirlo y, al salir a la recepción, se topó con Tara, que continuaba exactamente donde la dejara antes.

Sus miradas se encontraron y la vio exhalar un hondo suspiro. Pero no fue hacia él ni él intentó tocarla tampoco aunque no pudo pensar en nada que deseara más. No había rastros de ese hombre o de Morgan y, luego, de firmar unos formularios, se despidió del oficial en tanto ella permanecía cerca sin decir una palabra.

Dejaron el precinto y Logan detuvo un taxi para que los llevara a su casa. Para su sorpresa, Tara no protestó y él supuso que todo aquel silencio se debía a que no deseaba llamar la atención, pero que tan pronto como estuvieran a solas tendría mucho que decir.

## CAPÍTULO 10

En verdad necesitaba una mascota, se dijo Logan al abrir la puerta de su casa y encontrar tan solo un pesado silencio para recibirlos.

Tara entró tras él y continuaba tan silenciosa como se había mostrado en las últimas horas. Logan dejó sus cosas sobre la mesita del vestíbulo y la vio hacer otro tanto con las suyas aunque ella eligió hacerlo sobre un sofá, un gesto que le recordó las muchas veces en que hiciera algo similar solo por alterar el orden que él se había esmerado tanto por poner.

No se encontraban en un ambiente tan íntimo como aquel desde hacía un tiempo ya; exactamente desde el momento en que ella empezó a evitarlo antes de hablarle de su embarazo. Desde entonces habían hablado con frecuencia, pero solo por teléfono. Él había pensado aprovechar su encuentro en la escuela de arte para convencerla de almorzar juntos y así hablar acerca de lo que ocurriría entre ellos en el futuro, pero luego de lo ocurrido dudaba de que esa fuera una charla que a ella le importara mucho sostener en ese momento.

Cuando sintió que no podría tolerar más ese silencio, buscó su mirada y ella se detuvo de golpe ante él con una expresión de angustia parecida a la que debía de reflejarse en su rostro.

Logan sentía las manos tensas a los lados y su corazón empezó a latir con fuerza cuando ella dio unos pasos hacia él hasta detenerse muy cerca.

—Antes de que digas nada... —él se adelantó sin darle tiempo siquiera a abrir la boca—. Sé que estás molesta; posiblemente furiosa, en realidad, y sé que tienes razón en sentirte de esa forma; pero necesito que me entiendas. Cuando vi a ese hombre... —él hizo un gesto de desaliento sin apartar la mirada de su rostro—. No pensé en lo que hacía, y sé que estuvo mal, pero no quiero mentir: lo haría de nuevo. No podía soportar... no se trata tan solo de lo que siento por ti y el que no pueda soportar que alguien te lastime, Tara, también se trata de que no lo mereces. Nadie lo merece. Y tenía que hacer algo. Pero entiendo si tú no puedes verlo de la misma forma que yo; tal vez...

Logan no terminó de decir lo que tenía en mente, lo que quizá fuera mejor porque en el fondo no estaba muy seguro de lo que decía, solo dejaba salir las ideas que lo torturaban desde hacía horas. De cualquier forma, tuvo que cortarse de golpe porque reparó en que Tara daba un nuevo paso hacia él y que apenas los separaban unos cuantos centímetros, los suficientes para no perder la cordura del todo.

Su rostro adquirió un semblante pensativo y Logan contuvo el aliento al verla posar su mano sobre su mejilla. Sintió su piel fría sobre el moratón que empezaba a formarse, y habría cerrado los ojos debido al alivio que le produjo el contacto de no ser porque hubieran tenido que matarlo para que dejara de mirarla.

—Estoy molesta —susurró ella delineando la línea del golpe con la yema de los dedos en una caricia suave y cuidadosa—; pero no contigo. Lo estoy con ese hombre, y también un poco conmigo. Debí oírte cuando me dijiste que lo denunciara; pero pensé que podría arreglármelas. Lo he hecho siempre.

Logan acortó ese pequeño espacio entre ambos y su pecho tocó el suyo; la mano de Tara buscó la suya e hizo un leve gesto de dolor al sentirla sobre sus nudillos dañados. Ella bajó la mirada y sostuvo su mano ante sus ojos; la vio parpadear y notó entonces que lo hacía para contener las lágrimas que parecían haberse agolpado en sus ojos, pero estas empezaron a caer de cualquier forma.

Él llevó los dedos a su rostro y barrió con los restos de humedad en una caricia cargada de amor que la hizo sonreír.

—No me alegra lo que hiciste; te expusiste de una forma muy tonta, es la clase de cosas que me habrías aconsejado no hacer —continuó ella luego de tragar el nudo que tenía atravesado en la garganta y observándolo con una nueva energía, como si hablar y decir lo que sentía en ese momento le procurara un gran consuelo—. Pero no podemos hacer nada por cambiarlo y me alivia que no te vayas a meter en problemas en el trabajo.

—Sí, bueno, eso tenemos que agradecerse a Morgan —mencionó él.

—Lo sé. Lo reconocí tan pronto como lo vi entrar al precinto; me has hablado tanto de él que fue como si lo hubiera visto mil veces antes.

Logan sonrió.

—Sí, bueno; él también se hizo una idea inmediata de que eras tú —comentó él sin entrar en detalles de lo que le había contado a su amigo—. Creo que se mostró tan comprensivo porque pensó que estabas a punto de matarme.

Tal y como esperaba que ocurriera, Tara rompió a reír.

—Lo consideré un momento —reconoció ella sacudiendo la cabeza—. Pero luego me di cuenta de que eso no habría sido justo.

Logan cabeceó y dudó antes de decir lo que pensaba; pero terminó por hacerlo porque sintió que no podría callar por más tiempo.

—¿Y ahora? —Preguntó él— ¿Qué pasa con nosotros ahora?

Tara sostuvo su mirada y no pareció como si encontrara sorpresiva la pregunta; tal vez llevara tanto tiempo esperándola como él. Sin embargo, no dijo nada de inmediato sino que dio un paso hacia atrás y soltó su mano para mirarlo con una pequeña sonrisa.

—Bueno, para empezar, vas a darte un baño —indicó ella señalándolo con un gesto de la barbilla—. Has estado en prisión.

Logan no pudo evitar sonreír también aun cuando en el fondo sintió un espasmo causado por la aprehensión de que rehuyera su pregunta.

—No he estado exactamente en prisión...

—Te han fichado —ella cortó cualquier excusa que a él se le hubiera podido ocurrir—. Lo siento, pero eso te convierte en un presidiario. Ve a darte una ducha mientras yo preparo algo para comer.

Logan se encogió de hombros y exhaló un hondo suspiro, pero no discutió más. Asintió y le dirigió una mirada insondable en tanto ella se encaminaba a la cocina con paso apurado; como si le costara permanecer a su lado. Él procuró ignorar la desagradable sensación que lo asaltó al ver la distancia abriéndose nuevamente entre ambos y fue hacer lo que le había dicho. Tal vez después, consideró en tanto subía las escaleras con paso cansado. Tal vez después.

Tara dejó la cafetera conectada y sacó un trozo de pollo frío que encontró en el refrigerador dentro del horno antes de dirigirse al piso de arriba. Entró a la habitación de Logan y oyó el ruido del agua a través de la puerta que conectaba con el cuarto de baño.

Se quedó un momento de pie en medio del dormitorio y dio una mirada alrededor aun cuando era evidente que no veía nada en realidad; su mente se encontraba muy lejos de allí, repasando lo ocurrido en las últimas horas.

No había sido capaz de cuestionar a Logan porque, tras pensarlo durante el tiempo que se mantuvo en espera en la estación, y luego durante el viaje en taxi, llegó a la conclusión de que eso

habría sido una muestra de hipocresía de su parte. ¿Acaso no había hecho algo similar antes? ¿No había caído en el impulso de atacar a ese hombre cuando se sintió en peligro? Logan hizo lo mismo. La única diferencia era que él lo hizo para protegerla a ella. ¿Cómo iba a culparlo por eso? Ella habría hecho lo mismo sin dudar.

Tara ahogó un suspiro y se llevó las manos a la cintura. Su vista se vio atraída por las ropas de Logan tiradas sobre la alfombra y sacudió la cabeza, preguntándose dónde había quedado el hombre contenido y ordenado que había conocido.

Al parecer, ella no era la única que se había visto influenciada por la presencia del otro en su vida, se dijo al recoger las prendas y dejarlas sobre una silla. El sonido del agua llegó nuevamente a sus oídos y, tras considerarlo solo un segundo, tomó una decisión. No se permitió pensarlo más; si lo hacía, posiblemente terminara por arrepentirse.

Se despojó de la blusa y de los pantalones con movimientos apurados; la ropa interior cayó poco después sobre el lío de ropa que dejó a un lado de la cama y, tras aspirar un par de veces para darse valor, se dirigió al baño sin molestarse en tocar antes de entrar.

La mampara de vidrio le concedió una imagen borrosa de Logan en su interior y admiró su perfil bajo el chorro del agua. Sintió el suelo frío bajo las plantas de los pies y dio unos pasos hasta situarse ante la pantalla con una mano apoyada sobre ella.

Logan se dio cuenta de inmediato de su llegada; lo supo porque vio la forma en que se detenía de golpe antes de girar y pegar una mano también donde se encontraba la suya; Tara sintió como si fuera capaz de tocarla pese al vidrio que los separaba. Fue cosa de un segundo, y no tuvo tiempo para considerar lo raro de una idea como esa porque entonces él hizo la puerta corrediza a un lado y se le quedó mirando sin parpadear.

Tara entreabrió los labios, un poco avergonzada de golpe por haber dado un paso tan atrevido como aquel; pero no pareció que Logan fuera a permitirle que se arrepintiera porque extendió una mano ante ella y Tara no vaciló al tomarla y entrar con él. Lo vio correr nuevamente la pantalla y se quedó un poco indecisa; el agua caliente le golpeó en el costado y parpadeó para despejar unas gotitas de sus ojos.

Sintió las manos de Logan rodeando su cintura y, antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, se vio dando un par de pasos vacilantes hacia atrás hasta apoyar la espalda contra la cerámica de la pared, pero no sintió frío; Logan la envolvía entre sus brazos y buscó sus labios sin darle tiempo de decir una palabra.

Tal vez fuera mejor así, se dijo Tara con lo último de sentido común que le quedaba en tanto rodeaba su cuello con las manos y cerraba los ojos para devolver el beso con toda la pasión que llevaba días conteniendo. Lo había echado tanto de menos. Deseó decírselo, pero no pudo, y luego comprendió que no hacía falta. Él lo sabría.

Logan llevó las manos a sus caderas y luego a la curva de su pecho antes de separar sus labios para recorrer la línea de su clavícula dejando un reguero de besos en cada porción de piel que iba tocando. Ella suspiró y lo dejó hacer tras apoyar la cabeza contra la pared sin abrir los ojos.

Sus manos, que eran la última parte de su cuerpo que parecía conservar la capacidad de moverse, se enterraron en su cabello cuando se hincó a sus pies y enterró los labios entre sus piernas. Sus rodillas se doblaron y habría caído si él no la hubiera mantenido sujeta por las caderas. El agua que los salpicaba quemaba contra su piel ya ardiente y apretó los dientes con fuerza para ahogar un grito al sentirlo hurgar en lo más profundo de su interior en busca del punto exacto en que se encontraban todas sus terminaciones nerviosas. Al dar con él, lamio y succionó sin darle tregua y Tara ya no se molestó en contener los jadeos que empezaron a escapar de su

boca.

Golpeó su cabeza contra la pared un par de veces sin reparar del todo en lo que hacía; estaba mucho más allá de poder actuar con sensatez y, cuando las oleadas de placer se sucedieron una tras otra, dio gracias porque cuando menos eso le permitía ser consciente de en donde se encontraba y de que debía sujetarse de algo, de lo que fuera con tal de no echar a volar. Porque era así como se sentía; como si flotara en medio de la nada, sin peso y totalmente ingrávida. Era Logan a lo que se mantenía asida, quien de una forma extraña que había aprendido a apreciar y que no podía imaginar no siendo parte de ella, conseguía mantenerla en tierra firme.

Cuando aquellas ondas empezaron a remitir y logró volver al presente, parpadeó y dio un leve brinco al encontrarse con el rostro de Logan ante ella. Ni siquiera lo sintió levantarse o advirtió el momento en que la llevaba hacia él para abrazarla; pero sí que notó la forma en que sus manos se enterraban en su espalda y correspondió a sus caricias al pasar las manos por sus hombros y su pecho húmedo.

Él tomó una toalla para secarla y Tara se abandonó del todo en sus brazos. Se habría dejado caer con gusto en medio del piso del baño para dormir allí, pero por suerte él no pareció muy tentado con la idea. La alzó en brazos y la llevó de vuelta al dormitorio, tendiéndola sobre la cama para volver luego con una toalla seca con la que terminó de secarla y hacer otro tanto con él.

Tara mantenía los ojos cerrados pero advirtió con claridad el momento en que los cubrió con una manta luego de tenderse a su lado. Sintió sus manos rodeando su cuerpo; la sostenía por detrás y pegó su pecho a su espalda con el rostro apoyado sobre su cabello. Ella entrelazó sus manos y las llevó a su abdomen en un movimiento instintivo; lo sintió exhalar con fuerza contra su oído y esbozó una sonrisa cansada cuando sus palmas se ciñeron a su cintura.

El sueño fue envolviéndola hasta que terminó por arrastrarla del todo y lo último que recordó antes de quedarse dormida fue el sonido de la respiración acompasada de Logan y el latido de su propio corazón, más tranquilo de lo que recordaba haberlo sentido nunca.

Logan recordaría las siguientes semanas como las más extrañas de su vida. Y no tan solo en lo que se refería a su vida personal, sino también a su trabajo como policía.

Gracias a algunos contactos en la fiscalía, consiguió la orden de protección para el curador que pasó a convertirse en el testigo principal de su caso. No fue fácil convencerlo de confiar en él, pero consiguió hacerlo luego de llevarlo a una casa segura y probarle que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de mantenerlo a salvo.

El hombre aceptó de mala gana luego de hacerle prometer que protegería también a su esposa y aquello permitió a Logan enfrentar la recta final de su investigación. Hizo los arrestos que mantuviera pendientes hasta no contar con las pruebas suficientes y, si todo marchaba como esperaba, una vez que los arrestados empezaran a hablar, tendría a los peces gordos al alcance de su mano en los próximos días. No importaba las relaciones que tuvieran o las amenazas que pusieran hacer; iba a apresarlos a todos.

Por otra parte, las cosas con Tara parecían haber llegado a un punto en que, si bien ninguno se atrevía a poner un nombre a lo que ocurría entre ambos, cuando menos habían dejado de actuar como si no fuera serio. Porque lo era, y los dos lo sabían y empezaron a actuar en concordancia.

Logan no mostró reparos en hacer a un lado la prudencia con la que actuara hasta entonces. Aunque no había encontrado aun el valor para reconocer que la quería, él lo tenía muy claro, y era así como se comportaba a cada momento con ella: como un hombre enamorado y preocupado por la mujer a la que amaba. De allí que se atreviera a pedirle que le permitiera acompañarla a su

primera cita en el médico porque, incluso si ella aun no había decidido lo que haría con el bebé una vez que naciera, él deseaba estar a su lado en cada paso y respetaría cualquier decisión que tomara. Tara solo lo dudó un momento antes de aceptar, lo que él tomó como una buena señal y, aun cuando ella apenas habló durante la cita, fue evidente para Logan que se sentía feliz de tenerlo a su lado.

Según le había confesado ella, las cosas con su padre estaban lejos de haber vuelto a la normalidad; el señor Duncan aun continuaba mostrándose decepcionado y cada vez que su hija intentaba hablar con él hacía como si no la hubiera oído y mantenía esa distancia que a ella tanto le lastimaba. Sin embargo, Tara no aceptó la sugerencia de Logan de hablar con él. Ese era un asunto que tendría que resolver sola; y cuando su padre se sintiera listo para oírla, entonces ella intentaría hacer que lo entendiera. Él lo comprendió porque, al fin y al cabo, estaba familiarizado con la idea de un progenitor un tanto difícil.

Solo había que conocer a su madre.

Esa fue precisamente otra de las razones de que él considerara esas semanas como una experiencia cuando menos fuera de lo común.

Hasta entonces, había procurado mantener a la señora Spencer tan ignorante como era posible de su relación con Tara. No porque tuviera ningún problema con ello, todo lo contrario; no tenía otra familia en el mundo, cuando menos cercana, y por muy reservado que fuera, habría tenido que carecer de sangre en las venas por no sentir el deseo de compartir lo que le ocurría. Estaba enamorado e iba a ser padre. Si esa no era la clase de cosas que uno sentía el deseo de decir a quien lo había traído al mundo entonces sin duda tenía un problema.

Pero su madre era una mujer complicada y nunca resultaba sencillo adivinar cómo iba a tomarse las cosas. De allí que Logan fuera muy cauto al hablarle al respecto, pero cuando fue a su casa para cumplir con el ritual en que se habían convertido sus cenas de los domingos, decidió que no podía continuar ocultárselo. De modo que se lo dijo. Sin un solo rodeo y sin profundizar en detalles aunque fue bastante claro al recalcar que su relación con Tara aun se encontraba en un punto incierto y que el hecho de que ella estuviera embarazada no aseguraba que fueran a convertirse en una familia.

Por primera vez desde que podía recordarlo, su madre pareció no saber qué decir. Ella, que era una experta en encontrar las palabras precisas para expresar lo que sentía y, aun más, de convencer a los demás de que sabía lo que era lo mejor para ellos, como se había esforzado tanto por hacer con Logan desde que aprendió a andar, no atinó a nada que no fuera mirar a su hijo como si se tratara de un pez fuera del agua.

La señora Spencer boqueó varias veces y tuvo que tragar el resto de su copa de un sorbo antes de recuperar el habla y, cuando lo hizo, Logan hubiera jurado que sonó realmente conmovida. Como no le había oído nunca.

—Quiero conocerla —dijo ella con una voz entrecortada que no acostumbraba usar.

Logan hubiera podido encontrar una excusa para hacerle entender que esa no era una buena idea; que tal vez solo terminara por asustar a Tara y que eso era lo último que él necesitaba; pero vio tal ilusión en los ojos de su madre que no se vio capaz de negarse. Desde luego, tan pronto como puso un pie fuera de su casa y cayó en la cuenta de lo que acababa de prometer, se dijo que tal vez acababa de cometer un gran error.

—Dios mío, deja eso o vas a terminar ahogándote. ¿O es eso lo que estás buscando?

Tara masculló entre dientes algo referido a hombres cobardes y a que no importaba la edad que

tuvieran, siempre le temerían a su madre, antes de ir con Logan y hacer a un lado sus manos, que intentaban ajustar el nudo de la corbata ante el espejo del recibidor, y empezó a hacerlo por él con movimientos calmados y seguros.

—No se trata de eso —dijo él con un suspiro de rendición y dejándola hacer—. Odio estas cosas.

—Ya me he dado cuenta; creo que es la primera vez que te veo con una —Tara dio un paso hacia atrás y admiró su trabajo con expresión satisfecha—. Una pena, porque te queda muy bien.

—¿Si? —Logan se miró en el espejo e hizo un mohín de disgusto—. Como sea, es incómodo.

—¿Y por qué decidiste ponerte una?

—Por el mismo motivo por el que tú te has puesto un vestido —señaló él con una ceja arqueada mirándola a través del reflejo del espejo.

*Él tenía un punto allí*, tuvo que reconocer ella con un resoplido. ¿Pero qué quería? ¿Que se presentara en pantalones y una cazadora de cuero ante su madre? No que eso tuviera algo de malo, le gustaba su ropa; pero aunque ella tomó con mucha naturalidad el pedido de Logan para que fueran a cenar con la señora Spencer, la verdad era que llevaba días dándole vueltas al asunto.

En un inicio pensó en negarse; sabía que él no hubiera insistido. En realidad, algo le dijo que tal vez se hubiera sentido aliviado; parecía tan nervioso como ella. Pero también se dio cuenta de que, aunque intentó no hacerlo evidente, le importaba lo suficiente como para haber prometido a su madre que le hablaría del asunto y que, si aceptaba, entonces irían el siguiente domingo para que Tara pudiera conocerla.

No se trataba de ningún tipo de compromiso, se había apresurado a asegurar Logan. Su madre tenía muy claro lo que ocurría entre ellos y estaba advertida de que no debía hacer ningún comentario que pudiera incomodarla, pero la señora Spencer tenía curiosidad luego de que Logan le hablara acerca de Tara y deseaba verla.

Entonces Tara no pudo negarse, y no solo porque sabía cuán importante era para él sino porque, en el fondo, y aunque hubieran tenido que torturarla para reconocerlo, quería ver el lugar en el que Logan creció y conocer a la mujer que lo había criado y con quien, él reconocía, lo unía una relación tan compleja.

Aunque llevaban meses conociéndose y había aprendido a descubrir una cosa tras otra en lo que se refería a él, estudiando sus manías y todo lo que lo convertía en el hombre que era y que significaba tanto para ella, sentía que aun le faltaba un trozo del rompecabezas para tener finalmente una visión completa. Y eso solo lo obtendría conociendo a su madre.

De modo que, tras pensarlo un poco, le pidió que dijera a su madre que aceptaba y que estarían el domingo siguiente en su casa para cenar con ella.

Y en eso estaban entonces, preparándose para ir hacia allí. Eso siempre y cuando Logan dejara de dar vueltas por el vestíbulo como si fuera él quien estuviera tentado a urdir alguna excusa de último momento para librarse de asistir.

Para sorpresa absoluta de Tara, sin embargo, ella se sentía bastante tranquila ante la idea. Salvo por el hecho de que se había esmerado por elegir un vestido apropiado para la ocasión, uno negro y sin mangas de falda recta hasta la rodilla que solo usaba en ocasiones especiales, podía decir que estaba ansiosa por ponerse en camino.

Y Logan lo había notado de inmediato, por lo que le dirigió una mirada resentida en tanto la veía dar vueltas con impaciencia mientras él se afanaba en ajustar la maldita corbata. Por eso ella se había compadecido de él y fue en su ayuda, pero dudaba de qué estuviera muy tentado a apreciar el gesto.



No había exagerado al decir que se le veía muy bien vestido de una forma tan formal, reconoció ella al admirar la forma en que la chaqueta del traje se ajustaba a sus hombros y cómo la descuidada distinción que poseía se veía acentuada por el buen corte de los pantalones.

El señor Spencer tenía clase, eso era innegable. Y, en cierta forma, y aun cuando fuera algo en lo que no se permitía pensar demasiado porque ya tenía bastantes problemas como para sumar uno más, en el fondo se sintió orgullosa porque lo consideraba un poco suyo. Tan solo un poquito, remarcó al darse una última mirada al espejo tras hacerlo a un lado y dirigirle una mirada de reojo. O, tal vez y como le ocurriera también en lo que se refería a él, Logan había decidido compartir quien era con ella.

—¿Vamos?

Tara sacudió la cabeza para desechar esos pensamientos porque era el momento menos apropiado para ello, y asintió. Sus miradas se encontraron a través del espejo y ambos sonrieron como si compartieran un secreto.

Había algo de eso, se dijo ella poco después al subir al auto. Pero eso era algo en lo que tampoco debía pensar.

Logan frunció el ceño, algo que llevaba haciendo durante buena parte de la noche, y dirigió una nueva mirada a Tara, pero ella no pareció advertirlo; estaba demasiado concentrada oyendo a su madre como para reparar en que él no hacía otra cosa que observarla desde el momento en que pusieron un pie en el que había sido su hogar durante buena parte de su vida.

Para su infinita sorpresa, todo pareció indicar que su madre estaba encantada con ella. Bueno, tal vez no fuera una sorpresa, se reprochó él al considerarlo; Tara era capaz de encantar a cualquiera, pero había supuesto que su madre se mostraría más reservada, incluso recelosa. Era la primera vez que la veía, después de todo, y la señora Spencer estaba lejos de ser una mujer de natural afectuoso; ya no digamos dicharachero.

Pero allí estaba. Hablando hasta por los codos como no recordaba haberle oído antes y sin dejar de mirar a Tara como si la considerara un ángel caído sobre la tierra. Logan dudaba de que se hubiera mostrado tan afectuosa alguna vez con él, tuvo que reconocer sin que ello le provocara ni el más mínimo ápice de envidia. No se trataba de eso. Le alegraba que congeniaran tan bien. Pero no dejaba de desconcertarlo.

—Recuerdo que una vez hubo una nevada terrible; muy poco habitual para Baltimore, dudo de que lo recuerdes, serías una niña entonces. Pero Logan ya estaba en la escuela y yo tenía que entregar un estudio con el que iba retrasada; no se me ocurrió mejor cosa que usarlo de conejillo de indias. Tuvo pesadillas por semanas.

Logan arqueó una ceja al oír la voz de su madre y la forma tan animada en que describía uno de los grandes traumas de su adolescencia. El hecho de que Tara rompiera a reír al escucharla no ayudó mucho a que se sintiera mejor.

—Sí, bueno, estoy seguro de que debe de haber alguna norma que impide a los terapeutas usar a sus hijos como ratas de laboratorio —replicó él sin ocultar la burla en su voz.

Tara ladeó el rostro para mirarlo y a él se le secó la boca al encontrarse con sus ojos brillantes. De acuerdo. Tal vez estuviera dispuesto a tolerar cualquier humillación si eso la hacía sonreír, reconoció dejando escapar el aliento por entre los dientes apretados y llevó la vista a su plato para recuperar el control.

Su madre había dispuesto que cenaran en el comedor pequeño en que acostumbraba recibir a Logan durante sus visitas, un gesto que él apreció porque no deseaba que Tara se sintiera

abrumada. O no más de lo razonable, admitió al contemplar la vajilla de porcelana y la araña de cristal que pendía sobre sus cabezas.

—Supongo que no habrá sido bonito entonces —comentó ella sin dejar de observarlo y sin que pareciera en realidad ni un poquito incomodada por el lujo a su alrededor—. Pero tienes que reconocer que tuviste una infancia interesante.

—Maravillosa —masculló él con ironía luego de dar un sorbo a su sopa—. Era la envidia de mis amigos.

Su madre intervino entonces con esa voz irónica que le era más familiar.

—Bueno, entonces es una suerte que no tuvieras muchos porque no recuerdo que trajeras a más de uno o dos a casa.

—Esos eran los valientes, no me atrevía a invitar al resto; habrían salido aterrados.

Tara alternó la mirada de uno a otro como si se encontrara en medio de un partido de tenis y por un segundo pareció como si se preguntara si hablaban con seriedad, pero debió de reparar tanto en la sonrisa de Logan como en el gesto burlón en el rostro de su madre y aquello pareció aliviarla. Tal vez no estuvieran muy cuerdos, pero era obvio que se querían.

—Bueno, ya basta con eso, vas a hacer pensar a Tara que soy un monstruo —su madre tomó su copa con una de sus elegantes manos y la dirigió hacia la joven a su lado en un brindis silencioso.

—Nunca se me ocurriría hacer eso. Prefiero dejar a que te conozca bien por sí misma.

La señora Spencer se atoró con el contenido de su copa y Tara fue hacia ella para ofrecerle una servilleta tras dirigir a Logan una mirada entre divertida y reprobadora, pero él continuó comiendo con toda tranquilidad, al menos hasta que su madre se recuperó y, tras obsequiar a Tara con una sonrisa brillante, pronunció las palabras que Logan llevaba toda la noche temiendo.

—Tara querida, recuérdame que te muestre las fotografías que conservo de cuando Logan era niño —pidió ella con una voz angelical—. Ya verás como hice bien en estudiarlo.

Logan exhaló un hondo suspiro y se llevó una mano al nudo de la corbata. De pronto, la idea de usarla para ahorcarse, como había comentado Tara, le pareció más tentadora que nunca.

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué pasabas tanto tiempo oculto en el desván?

Logan se estiró para echar un leño a la chimenea y se cruzó de piernas intentando imitar la postura desenfadada de Tara. Estaban sobre la alfombra del salón de su casa y ella se había deshecho del abrigo y los tacones nada más llegar. Se veía cansada, pero también relajada; tanto que no puso una sola pega cuando él sugirió que se quedara a dormir. Envío un mensaje a su padre que, supuso, el señor Duncan apreciaría sin importar cuán disgustado se encontrara aún, y se tendió sobre la alfombra con un gemido de alivio.

Él se ocupó de encender la chimenea y luego se sentó junto a ella; ambos admiraron el brillo de las llamas danzando ante sus ojos antes de que Tara girara a verlo con un gesto de curiosidad al recordar las anécdotas de su madre y algunas de las fotografías que efectivamente la señora Spencer le había mostrado. En la mayoría de ellas, Logan se encontraba en el desván de su casa con un libro entre las manos, un cuaderno de dibujo, o tan solo pensativo y con la mirada perdida en la nada.

—No estaba ocultándome —explicó él al cabo de un momento con semblante pensativo y una sonrisa un tanto avergonzada—. Solo... necesitaba un espacio para mí. No sé cómo llamarlo. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que mi madre puede ser un poco...

—¿Abrumadora? —sugirió ella.

Logan sonrió. Así que también lo había notado.

—Algo así —asintió él—. No me malentiendas, la quiero, y creo que se ha suavizado un poco con la edad; o yo he madurado y lo sobrellevo mejor. Pero cuando era niño no resultaba tan sencillo, y mi padre era igual. Eran perfectos el uno para el otro, lo que es genial; parecían un par de cómplices siempre metidos en sus cosas, sus clases e investigaciones. Pero yo...

—Tú solo eras un niño y querías que te prestaran atención como lo querría cualquier otro en tu lugar —completó ella en tono suave.

—Supongo —Logan se encogió de hombros y continuó en tono algo más ligero—. O que cuando menos dejaran de tratarme como si fuera un objeto de estudio más.

Tara apoyó los codos sobre las rodillas y lo miró de reojo. Logan extendió una mano para acariciar su mejilla y la sintió como seda bajo sus dedos.

—No fue tan malo —musitó él poco después—. He pensado mucho en eso y entiendo que hicieron lo mejor que pudieron; esa era la forma en que mostraban su cariño. Y no tengo nada que reprocharles salvo el hecho de que por algún motivo mi madre aun continúa disfrutando avergonzarme.

Tara rio y apoyó la barbilla sobre su hombro; Logan pasó una mano alrededor de su cintura y suspiró sobre su sien.

—A los padres les gusta hacer eso —señaló ella—. En realidad, creo que no lo hacen a propósito.

—Supongo que tienes algo de razón.

—Y la verdad es que te veías realmente adorable en esas fotografías —continuó ella elevando el rostro para mirarlo a los ojos.

—¿En serio?

—Sí. Tan formal para ser tan pequeño. Y parecía como si siempre estuvieras pensando en algo importante.

Fue el turno de Logan para romper a reír.

—Lamento decirlo, pero te decepcionará saber que la mayor parte del tiempo solo me preguntaba a qué hora me llamarían para cenar —él habló sobre sus labios y absorbió el sonido de su risa como si necesitara hacerlo suyo para conservarlo en un lugar muy profundo de su corazón—. Aunque a veces sí que pensaba en cosas importantes.

—¿Cómo en qué?

Logan lo consideró antes de responder.

—Como en qué sería de mi vida cuando saliera de allí —reconoció él en tono grave—. Mis padres lo hicieron muy bien y yo temía no estar a su altura.

Tara asintió como si aquel fuera un pensamiento con el que pudiera sentirse identificada.

—Bueno, creo que has hecho un buen trabajo —dijo ella muy seria—. Deberías de sentirte orgulloso.

Logan sonrió y apoyó los labios sobre su frente. No lo dijo, no se atrevió a hacerlo; pero no pudo evitar pensar que, de haber sabido entonces que todos los pasos que diera en el futuro lo llevarían a ese momento a su lado, no habría cambiado absolutamente nada. Lo hubiera hecho todo igual.

## CAPÍTULO 11

Tara despertó la mañana de su graduación con una sensación desagradable que intentó achacar al hecho de que se sentía nerviosa. Era normal, se dijo más de una vez al ponerse el uniforme de gala de la academia y enviar un mensaje a Max para confirmarle que se verían allí un par de horas después.

Cuando bajó, su padre se encontraba esperando por ella en el salón. Se había puesto su mejor traje y el bastón que mantenía apoyado contra el pie relucía como si hubiera pasado horas sacándole brillo. Tara se detuvo un momento al pie de la escalera y lo observó con ternura; cuando el señor Duncan advirtió su mirada, se puso de pie con lentitud y le dirigió una pequeña sonrisa que Tara apreció con todo su corazón.

Claro que la sonrisa se borró de inmediato y fue reemplazada por el ceño fruncido que parecía destinar solo para ella desde hacía un par de semanas, pero decidió dejarlo pasar y quedarse con el primer recibimiento.

—Te ves bien —dijo él tras carraspear—. Te sienta el azul.

Tara sonrió y recorrió la suave lana de su chaqueta con los dedos. Le encantaba ese uniforme. No solo era bonito sino que tenía un significado especial para ella; hubiera podido enumerar sin problemas todas las veces en que había visto a su padre usando uno similar cuando era niña y tenía que asistir a alguna ceremonia oficial. Cuando creció, se dijo que si no podía usar una bata de médico, haría cualquier cosa por conseguir uno de esos y usarlo con tanto orgullo como lo había hecho él.

—Gracias —ella comprendió que no había dicho nada y parpadeó para que su padre no viera sus ojos húmedos.

Su padre cabeceó como si se hiciera una idea de lo que estaba pensando, y dudó un momento ante ella antes de rebuscar en el bolsillo de sus pantalones para tenderle una cajita que ella recibió con una sonrisa. Al abrirla, se encontró con una medalla sujeta por una fina cadena dorada que, al estudiarla, le recordó a una que ya había visto antes.

—Tu medalla de San Miguel —susurró ella.

El señor Duncan asintió y la tomó de entre sus dedos para ponérsela alrededor del cuello.

—Para que te cuide —dijo él.

San Miguel era el patrón de los policías y, su padre, como descendiente de escoceses, creía a pie juntillas en la importancia de la fe, en especial en una carrera como la suya. Tara lo había visto portar esa medalla cada día desde que podía recordarlo y el que decidiera dársela la dejó sin palabras.

—Pero... —ella carraspeó una vez que encontró la voz para hablar y esta surgió entrecortada y conmovida—. Pero es tuya.

—Ya no la necesito; a menos que consideres que me vendría bien durante mis sesiones de rehabilitación —el señor Duncan se permitió bromear con una risa áspera, pero de inmediato enserió el semblante y le dirigió una mirada afectuosa—. Te servirá más a ti ahora y me alegra poder dártela.

Tara asintió y acarició la medalla antes de meterla debajo de su blusa; el frío del metal rebotó contra su pecho y, extrañamente, se sintió un tanto más segura de lo que se había sentido hasta hacía un momento. Esta vez le costó contener las lágrimas, con lo que se ganó una ojeada alarmada de su padre, que se apresuró a tenderle un pañuelo.

—Lo siento —dijo ella tomando el trozo de tela con una sonrisa de disculpa—. Lloro mucho últimamente.

El señor Duncan la observó con semblante entendido antes de encogerse de hombros.

—Lo mismo le ocurría a tu madre cuando... —él vaciló un momento antes de continuar en tono levemente nostálgico—. Bueno, cuando te estaba esperando a ti.

Tara cabeceó y se mantuvo un momento en silencio sin dejar de secar su rostro. Luego, aspiró y sacudió sus manos como si con eso pretendiera calmarse del todo y prepararse para lo que le esperaba.

—Ya. Estoy lista —anunció ella poco después.

Su padre asintió y le dirigió una mirada de reojo en tanto tomaba sus cosas.

—¿Y Logan? —Preguntó él— ¿Irás?

Ella respondió por encima de su hombro antes de detenerse ante la puerta.

—Dijo que lo haría —indicó su hija sin darle demasiada importancia.

El señor Duncan no dijo nada y Tara agradeció que así fuera porque no podía pensar en nada que le apeteciera menos que enfrascarse en una discusión en ese momento. Aunque debía decir a favor de su padre que se había mostrado algo más conciliador en los últimos días y que ya no parecía tentado a maldecir cada vez que el nombre de Logan surgía en una conversación.

Ella rogó porque se mostrara igual de civilizado cuando se encontraran en la academia. Porque aunque había procurado sonar un poco despreocupada al responder a su pregunta de si Logan iría a la graduación, la verdad era que estaba muy ilusionada con la idea de que así fuera. Era un día importante para ella, quizá el más importante de su vida, y quería allí a las personas que más significaban en su vida.

Su padre. Max. Y desde luego que también Logan.

En tanto hacían el viaje en el taxi, ella se dijo que era increíble que alguien a quien apenas conociera hacía unos meses ocupara en ese momento un lugar tan importante en su vida. Al grado que no podía imaginar un futuro sin él, reconoció con un suspiro y prometiéndose mencionarlo a Logan en algún momento de ese día.

Seguro que él estaría feliz, supuso sin poder reprimir una sonrisa al pensar en ello; pero estaba dispuesta a tolerar su aire de sabelotodo cuando lo oyera. No tenía sentido continuar ocultando sus sentimientos, no cuando la vida no cesaba de refregarle en la cara mil y un señales para hacerle ver que nunca podría amar a alguien de la forma en que lo amaba a él. Y Logan la amaba también, de eso no tenía ninguna duda; había podido comprobarlo en sus ojos y en la forma en que la miraba cuando pensaba que ella no se daba cuenta.

Sí, se repitió sintiendo una emoción en el pecho que no tenía nada que ver con la graduación. Quería verlo a él y decirle todo lo que llevaba mucho tiempo callando. De pronto, el día le pareció más claro y el viaje más lento, al grado que empezó a golpear el asiento con los dedos hasta que su padre, que notó su nerviosismo, apresó sus dedos con los suyos y le dirigió una sonrisa calmada que ella terminó por corresponder.

Logan había estado en lo cierto, se dijo suspirando. Todo estaría bien.

Todo era un desastre y la vida era muy injusta, se dijo Logan por tercera vez en lo que iba de la mañana al comprobar nuevamente la hora en el reloj de la estación.

Hasta entonces él nunca había tenido problemas para aceptar la premisa según el cual el crimen nunca descansa y que la policía debía mantenerse vigilante para cumplir con su deber sin importar lo que tuviera que dejar a un lado. Pero claro, él nunca antes había deseado tanto estar en

otro lugar que no fuera su estación, reconoció de mala gana mientras hacía todo lo posible por ordenar bien sus ideas para transmitir las a su equipo.

Tara iba a odiarlo.

Logan le aseguró que estaría en la academia a tiempo para asistir a su graduación, pero por cómo iban las cosas, era probable que tuviera que romper su promesa. Él había organizado su día al milímetro de modo que nada impidiera que pudiera estar allí con ella.

Se presentó en el trabajo casi al amanecer con el traje con el que pensaba ir a la graduación; incluso se puso la maldita corbata. Ya había arreglado sus horarios para que uno de sus compañeros lo cubriera; él le pagaría el favor tan pronto como el otro lo necesitara. Lo único que Logan tenía que hacer era terminar de pasar unos informes para que Morgan los estudiara durante el día y, si hacía falta, podría ocuparse de disolver cuando dudara que él pudiera tener al día siguiente.

Pero entonces se desató todo el caos y no hubo nada que pudiera hacer al respecto.

Acababa de encender su ordenador cuando recibió una llamada del fiscal encargado del caso de Quinn para informarle de que el hombre había recibido una puñalada en tanto se encontraba en su celda la noche anterior, y que no se había dado el aviso hasta esa mañana. Logan maldijo en todos los idiomas antes de cortar, convencido de que aquel ataque debía de estar relacionado con la colaboración del prisionero en su caso.

Eso no tenía nada que ver con su juicio por asesinato; era un caso aislado en el que el único interesado era él, aseguró al fiscal cuando este intentó esbozar alguna teoría absurda al respecto. Le hizo prometer que lo mantendría informado de su evolución y se puso en contacto de inmediato con los otros testigos que tenía resguardados en distintos puntos de la ciudad. Por suerte, todos se encontraban a salvo, pero eso podía cambiar en cualquier momento.

Logan no era ingenuo ni confiaba en la ética humana al grado que aquello lo cegara de ver la realidad. Había hombres poderosos que se encontraban amenazados por sus investigaciones y debían de considerar que bien valía correr el riesgo si eso les ayudaba a salir libres de esa situación. El caso estaba a punto de cerrarse; Logan tenía a toda aquella gente al alcance de la mano y, como ocurría siempre con los animales acorralados, era de esperar que empezaran a actuar con desesperación.

Tenía que moverse, decidió tras terminar con sus llamadas y llegar a un acuerdo con Morgan y el otro fiscal ocupado del caso. No podía permitirse perder ni un solo minuto porque aquello sería una ventaja para los otros. Era ahora o nunca.

Reunió las evidencias y decidió que bien valía la pena arriesgarse. Organizó un equipo para ir en busca de las cabezas de la organización luego de que Morgan le prometiera que él se ocuparía de informar a sus superiores para que ellos a su vez se pusieran en contacto con el FBI, que era después de todo el organismo encargado de hacer operaciones a ese nivel cuando se encontraba un alto funcionario del estado involucrado, y envió un mensaje a Tara para decirle que no podría asistir a la graduación.

No entró en detalles, pero le prometió que se lo explicaría todo tan pronto como terminara y que iría a buscarla sin importar la hora que fuera. No le dijo que la quería, aunque le hubiera encantado hacerlo; aun más, todo en su interior le dijo que era la clase de cosas que debían confesarse cuando te enfrentabas a una situación como la que le esperaba, pero le pareció injusto para con ella y, una vez más, se tragó las palabras dejándolas asentadas como una roca en su estómago.

Cuando tuvo a su equipo reunido en la sala de conferencias, cuatro oficiales y un par de

detectives de su rango con los que llevaba un lustro trabajando, y les explicaba todo lo que esperaba de ellos, los pasos que debían dar y el procedimiento que se requería en un caso tan delicado como aquel, se dijo que no podría haberlo hecho mejor. Lo que ocurriera luego, bueno, eso escapaba a sus manos, como siempre en esa clase de situaciones; pero algo tenía por seguro.

Por primera vez en su vida, él, que siempre se había ufano de tomar las cosas con calma y de sobrellevar cualquier obstáculo que se le pusiera al frente sin preocuparse demasiado por su propia integridad, se dijo que no había nada que ansiara más que salir bien librado de aquello para ver nuevamente a Tara y decirle a la cara lo mucho que la amaba.

—¿Segura de que no quieres un trozo de tarta? La hizo la tía Lucy y está buenísima; tiene toneladas de chocolate. Te encanta el chocolate.

Tara hizo un gesto de negación y apartó la vista del plato que Max sostenía ante sus ojos como si posara para un anuncio.

No se lo dijo, pero no habría podido probar bocado ni aunque le pusieran un embudo en la boca; sentía como si tuviera el estómago cerrado a cal y canto y era un milagro que hubiera contenido las ganas de vomitar durante buena parte del día.

Y aquello no se debía a su embarazo, aunque no descartaba que tuviera algo que ver. Lo que pasaba era que estaba muy preocupada, tanto que le costaba respirar y la ceremonia de graduación se había convertido en un suplicio en lugar de la ocasión feliz que había pensado que sería.

Cuando recibió el mensaje de Logan en el que le decía que no podría asistir porque había surgido algo imprevisto en el trabajo no lo tomó muy bien; no tenía sentido negarlo. Se sintió decepcionada y también un poco dolida; quería que él estuviera allí. Pero según fue desvaneciéndose el enfado comprendió que, aun cuando Logan no lo dijera, era obvio que debía de tratarse de un asunto muy serio. Él nunca hubiera dejado de ir a menos que se viera obligado.

De modo que decidió que no era justo enojarse con él, que sin duda le explicaría todo en cuanto pudieran verse. Después de todo, le aseguró que se las arreglaría para encontrarse con ella en algún momento del día sin importar la hora que fuera, que la mantendría informada.

El problema era que el día estaba por terminar y ella no sabía nada de él.

Toleró la ceremonia, se tomó un sinfín de fotografías tanto con su padre como con sus compañeros y los maestros y autoridades de la academia y, para cuando la tarde estaba a punto de terminar, al fin pudo marcharse, pero no importaba cuántas veces mirara su teléfono: no había noticias de Logan.

En lugar de organizar una celebración en casa, Tara y su padre habían aceptado la invitación de los padres de Max para asistir a la fiesta que ellos pensaban dar en el restaurante. Ellos no contaban con más familia, así que les pareció una buena idea. El señor Duncan pasó dos días preparando un platillo tras otro que se ocupó de dejar en el restaurante la noche anterior aunque la señora Joyce le dijo que no tenía idea de qué iban a hacer con tanta comida.

Tara habría preferido ir a casa luego de la graduación; la ausencia de Logan le pesaba demasiado, pero su padre parecía tan animado y odiaba la idea de quitarle esa ilusión tanto como hacer un desplante a Max y su familia, de modo que intentó poner su mejor cara y posó con una sonrisa artificial en todas las fotografías que le pidieron. Sin embargo, para cuando la noche se encontraba ya avanzada, decidió que no podía más. Buscó una mesa apartada y allí había pasado la última hora revisando sus mensajes sin ninguna novedad.

Desde luego, ni su padre ni Max pudieron permanecer indiferentes a su actitud. Ambos sabían lo que le ocurría y tuvieron la consideración de no hacer comentarios, pero eso no quiso decir que

permanecieran apartados. Ocuparon sendas sillas a cada lado de la suya e incluso el segundo fue un par de veces en busca de comida para tentarla; pero Tara no aceptó nada. Solo quería marcharse.

—Pero si no has probado nada desde que llegaste; mi madre se va a ofender, anda —Max sostuvo el tenedor en lo alto pero terminó por dar un bufido al encontrarse con sus ojos apagados—. Está bien. Me lo como yo.

Tara hizo un gesto irónico al verlo devorar el pastel bajo la mirada del señor Duncan, que alternaba la atención de uno al otro y que empezaba a parecer tan nervioso como su propia hija.

—No creo que sea nada. Nada serio, digo. Lo de Logan —comentó él entre dientes al cabo de un momento.

Era evidente que, aun cuando no lo dijo, era algo a lo que llevaba dándole vueltas y Tara se sintió agradecida de que compartiera parte de su preocupación.

—Si no lo fuera ya habría llamado —replicó ella.

—Bueno, pero se le habrá olvidado. O está cansado y habrá preferido ir a dormir; es tarde, después de todo. Seguro que te llama mañana y...

Max se cortó de golpe y apretó los labios al advertir que tanto padre como hija le dirigían similares miradas de indignación.

—Él habría llamado —remarcó Tara pronunciando bien cada palabra—. Sabrá que estoy preocupada y nunca dejaría de hacerlo sin importar la hora que fuera o qué tan cansado esté.

—Eso es cierto —terció el señor Duncan en tono entendido—. Yo nunca dejé de hacerlo. Tu madre me hubiera matado si no le llamaba para decir que estaba bien; pero no lo hacía solo por eso. Es un tema de consideración; uno no puede quedarse tranquilo sabiendo que alguien espera saber si te encuentras bien, no cuando es alguien a quien quieres.

Max cabeceó, pero fue obvio que le costaba entenderlo del todo. *Espérate a querer a alguien al grado que te cuesta respirar sabiéndolo en peligro*, le habría gustado decir a Tara, pero le pareció que estaba de más. Su amigo no tenía la culpa de no haber experimentado nada como eso; tal vez lo hiciera en el futuro, o quizá no, pero no iba a molestarse con él por eso.

Además, se dijo ella dirigiendo una mirada pensativa a su padre, aun le costaba procesar el hecho de que él la apoyara de esa forma tan racional, en especial cuando al hacerlo parecía aceptar no solo que Logan era un hombre lo bastante decente como para esperar que actuara de la misma forma en que había procurado hacerlo él, sino que con ello también reconocía que lo que sentía por Tara era real. Tanto como lo que debía haber notado ya que sentía ella.

—En ese caso, tal vez se trata tan solo de que todavía está hasta el cuello con ese asunto del que te habló ¿no? —Max buscó otra alternativa con desesperación y forzó una de sus mejores sonrisas al dirigirse a su amiga—. Seguro que mañana cuando despiertes tendrás un mensaje suyo y podrán hablar luego, tómalo con calma. Es un día importante, no tienes que...

—¡Maxie! ¡Ven para que te tomes una fotografía con el tío Harold!

Max puso los ojos en blanco y se llevó una mano al rostro que había adquirido un tono encendido al oír la voz de su madre llamando desde el otro lado del local. Cuando menos la mitad de la concurrencia lo veía entre risas y algunos incluso lo señalaban sin reparo.

—No puede ser —murmuró él sin saber dónde meterse—. Soy un policía recibido y mi madre aun me llama Maxie.

El señor Duncan no se molestó en ahogar una risa y le dio una palmada con expresión divertida.

—Lamento ser yo quien te lo diga, pero es probable que lo haga incluso si algún día te hacen



comisionado —comentó él—. Anda, ve con tu madre; yo me quedo aquí con Tara.

Max asintió de mala gana y se marchó arrastrando los pies. Cuando se encontraron a solas, el señor Duncan buscó la mirada de su hija, que permanecía distante, y tomó sus manos por encima de la mesa.

—Deja de pensar; eso solo hace que todo parezca peor—sugirió él en un murmullo ahogado—. Logan estará bien.

Tara levantó el rostro hacia él y asintió aun cuando lo hiciera solo para que no se preocupara. En el fondo, sin embargo, estaba lejos de sentirse tranquila. La incómoda sensación con la que se levantara aquella mañana no hacía más que acentuarse según pasaban las horas y comprendió entonces que aquello se debía a algún tipo de presentimiento que posiblemente no le dejara en paz en tanto no pudiera ver a Logan de nuevo.

Logan no dio señales de vida hasta el día siguiente, tal y como más o menos predijera Max aun cuando él no podía imaginar las circunstancias en las que lo haría o todo lo que habría pasado para entonces.

Tara se había ido a dormir poco después de la media noche al poco de volver a casa y solo porque su padre insistió al darse cuenta de que apenas se tenía en pie. Ella habría deseado protestar, pero la verdad era que sí, se sentía demasiado agotada como para mantener sus ojos abiertos. Miró el teléfono una vez más para comprobar que no había ningún mensaje de Logan y sus ojos fueron cerrándose incluso antes de que se diera cuenta. Se aferró a las últimas trazas de conciencia tan solo para rogar que aquellas últimas horas no fueran más que una pesadilla y que todo volviera a la normalidad a la mañana siguiente.

Un rayo de luz le lastimó los ojos cuando despertó solo algunas horas después y al comprobar la hora vio que apenas eran las siete. El día se presentaba más radiante de lo habitual, pero solo dio una mirada al exterior en tanto buscaba su teléfono que había caído debajo de la cama durante la noche.

Nada. Comprobó al buscar algún mensaje o una llamada perdida de Logan.

Bueno, se dijo ella una vez que entendió que no podía continuar así; si él no podía ir con ella, entonces sería ella quien fuera a él. Porque estaba segura de que algo grave debía de haber ocurrido que le impedía ponerse en contacto y se dejaría matar antes que permanecer sin hacer nada como una damisela en espera.

¡Qué diablos! Debería de haberse puesto en movimiento antes, decidió en tanto cambiaba su pijama por unos jeans y una sudadera delgada. Ni siquiera se dio un baño, tan solo metió la cabeza en el lavabo para despejarse del todo y sujetó su cabello en una coleta tras dirigir una mirada determinada a su reflejo.

Acababa de poner un pie en el descanso, sin embargo, preguntándose si debería avisar a su padre de lo que pensaba hacer o cuando menos dejarle una nota, cuando oyó el timbre de la puerta y bajó corriendo tan rápido como le dieron los pies. Su corazón empezó a latir con rapidez y fue solo después, cuando se encontró con la hoja de la puerta abierta y el rostro de Logan ante ella, que comprendió que había sido un aviso porque de alguna forma, muy en el fondo, sabía que se trataba de él.

Por un momento no supo qué decir. Se quedó allí de pie con la boca abierta y la respiración agitada mientras intentaba hacerse una idea de lo que podría haber ocurrido mirándolo a la cara, pero no vio nada fuera de lo normal. Él se veía tal y como siempre. El cabello revuelto enroscándose en su cuello; la sonrisa que parecía destinar solo para ella: cálida y cargada de un

significado secreto que ambos comprendían sin necesidad de palabras; la misma postura desenfadada y segura. Pero entonces reparó en algo más.

Sus ojos.

Logan no siempre la veía de la forma en que lo hacía en ese momento en tanto ambos permanecían estáticos y sin atinar a decir una palabra. Como si estuviera aterrado y al mismo tiempo tan feliz que el aire se le atragantara en los pulmones, dejándolo imposibilitado de encontrar la voz por mucho que lo intentara. Tara debía saberlo; ella sentía lo mismo.

Entonces notó un par de cosas más. Como que parecía haber perdido los anteojos y que se sujetaba una mano contra el pecho con un gesto de dolor que la llevó a observarlo mejor. Sus ojos se abrieron al máximo al caer en la cuenta de que su camisa gris se encontraba hecha girones a la altura de la cintura y que la chaqueta apenas conseguía disimular una mancha rojiza que se extendía por todo lo largo del flanco izquierdo.

Aquello pareció ayudarle a recuperar el habla y antes de que él alcanzara a hacer otro tanto, se lanzó sobre él, pero entonces lo oyó soltar un gemido de dolor y se apartó sin saber qué hacer.

—Estás herido —murmuró ella recorriendo su mejilla con dedos temblorosos— ¿Por qué no estás en un hospital?

Solo entonces, sin dejar de murmurar incoherencias, lo sostuvo de la mano para que entrara y no se quedó tranquila hasta que él se sentó en un sillón. No podía apartar la mirada de su rostro y algo similar ocurría con Logan, porque aun cuando atendió a sus pedidos, no soltó su mano ni un segundo, ni siquiera cuando ella se dejó caer a su lado.

—Vengo de allí —la voz de Logan surgió en un tono que no le había oído antes: apagado y lejos de esa segura gravedad que le era tan familiar—. No es tan malo como parece; fue solo una rozadura.

—¿La rozadura de qué? ¿Una bala?

Tara no se dio cuenta de lo chillona que sonó su voz hasta que el eco empezó a reverberar en la habitación.

Logan cabeceó con suavidad y ladeó el rostro para apoyarlo sobre el respaldo del sillón. Ella apretó su mano y lo miró con atención, reparando también en que se veía pálido y tenía los labios agrietados.

—No fue nada —insistió él.

—Pues no se ve como si fuera nada —Tara llevó una mano a su costado y rozó muy suavemente la piel por encima de la camisa, pero la apartó de golpe al oírlo exhalar con fuerza— ¿Cómo es que te dejaron salir del hospital?

Logan esbozó una pequeña sonrisa irónica, lo que le hizo parecer un poco más él.

—No me dejaron —replicó él con descaro.

Tara resopló e intentó ponerse de pie, pero Logan se lo impidió al tirar de su mano para que se mantuviera a su lado. Para ser un hombre herido y que a ojos vista necesitaba encontrarse tendido en una cama clínica en lugar de en un sillón en medio de su sala, parecía sorprendentemente fuerte. Y muy decidido, comprendió ella al encontrarse con su mirada fija en su rostro.

—Volveré —prometió él antes de que ella pudiera decir nada—. Sé que tengo que hacerlo. En realidad, es posible que Morgan aparezca en cualquier momento con una ambulancia para obligarme, así que no tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué?

Logan apretó su mano y Tara se vio a sí misma en el reflejo de sus ojos, sorprendida de una forma confusa al considerar que parecía tan alterada como él. Su pulso martilleaba en sus oídos y

le dolía el rostro por la tensión al apretar sus labios para contener un sollozo.

—Te quiero —susurró él—. Luego te lo contaré todo, pero es importante que te diga eso. Prometí venir como fuera, ¿recuerdas? Pero no se trataba tan solo de que quisiera estar a tu lado en tu graduación; también necesitaba hablar contigo para decírtelo porque no puedo callarlo más —Logan se humedeció los labios agrietados—. Ayer...solo podía pensar en que necesitaba verte de nuevo, que eso no podía ser todo, que tenía que encontrar una forma de venir aquí y buscarte para decir que te quiero porque me iría al infierno si me quedaba con eso guardado dentro. Tara, quizá tú no...

Ella lo calló posando una mano sobre sus labios aunque al notar su resequeidad la reemplazó por los suyos. Usó su lengua para humedecerlos y lo sintió tensarse bajo ella con una pequeña sonrisa.

—Deja de ser tan considerado. ¿Qué ibas a decir? ¿Que quizá yo no te quiera y que no hace falta que lo diga solo porque parece estar en el umbral de la muerte?

—No estoy en el umbral de la muerte, o al menos no me siento como si así fuera, muchas gracias —balbuceó él.

Tara hizo como si no lo hubiera oído aunque le alegró que estuviera lo bastante consciente como para ofenderse.

—Porque no me importa. No lo diría si no lo sintiera, y lo sabes —continuó ella sin parpadear; quería que él viera la verdad en sus ojos aun cuando estaba convencida de que ya lo sabía, de la misma forma en que lo hacía ella—. Te quiero. Llevo queriéndote desde la primera vez que te vi, y no me importa si piensas que eso es imposible porque en tu cabeza no hay lugar para una cursilería como esa. Sé que es verdad.

Para su sorpresa, Logan sonrió y llevó una mano a su rostro para abarcar su mentón en un gesto amoroso.

—Creí que el cursi era yo —comentó él—. Pero me alegra que tú lo seas un poco también; en realidad es un alivio. Yo también te quiero desde la primera vez que te vi, Tara. Estoy seguro de que mi madre tendrá una teoría fantástica y retorcida para un caso como el nuestro, pero me da igual.

—Bueno, si puedes burlarte de tu madre seguro que no te encuentras tan mal como te ves.

Una sirena se oyó a lo lejos y Tara arqueó una ceja al mirarlo.

—Me atrevo a suponer que todo eso es por ti —comentó ella.

Logan cerró los ojos y exhaló un suspiro.

—¿Te quedarás conmigo? —Preguntó él cuando el ruido aumentó en intensidad hasta detenerse de golpe ante la puerta.

Tara asintió y posó sus labios sobre los suyos antes de apartarse con una sonrisa.

—Me gustaría ver quién se atreve a intentar impedírmelo —comentó ella, sonando muy confiada.

Logan abrió los ojos y, al verla y encontrarse con su mirada divertida y la forma en que sostenía su mano contra su pecho, se dijo que a él también le gustaría verlo.

Porque supo con absoluta certeza que no habría fuerza humana sobre la tierra que pudiera separarlos de ahí en adelante y que, pasara lo que pasara, y sin importar lo que la vida les tuviera destinado, lo enfrentarían juntos.

## EPÍLOGO

Un año después

—¿Seguro de que estarás bien? Porque puedo avisar y decir que me ha surgido algo.

—¿Y cómo crees que se verá eso en tu hoja de servicios?

Tara contuvo el deseo de replicar porque sabía que Logan estaba en lo cierto; pero eso no le ayudó a sentirse mejor y él debió verlo porque fue hacia ella y la abrazó. Su calor pareció obrar la magia de calmarla; algo a lo que a esas alturas ya debería de encontrarse acostumbrada.

—Fatal —reconoció ella apoyando la barbilla en su hombro—. Pero es que...

—Es que nada.

Logan la sujetó por los brazos y la apartó lo suficiente para recorrer su silueta con una mirada risueña.

—¿Te he dicho que el azul te queda muy bien? —Preguntó él.

Tara fingió considerarlo.

—Sí, ayer por la noche cuando me lo probé para ver cómo me quedaba y tú... bueno, ya sabes —enumeró ella con un falso semblante reprobador—. Y esta mañana antes de bajar...

—Eso fue cosa tuya.

—Sí, claro, culpame a mí —ella sonrió sin que pareciera que eso le molestara mucho, pero entonces pareció otra vez preocupada y lo observó con el ceño fruncido—. En serio, puedes llamarme a cualquier hora. Estaré al pendiente y te responderé de inmediato. No dejes de hacerlo, no importa que te parezca una tontería...

Logan resopló y se pasó una mano por el cabello revuelto. A diferencia de ella, parecía como si se encontrara listo para pasar un día en casa con el pantalón del pijama y una camiseta holgada.

—¿Es que no vas a irte nunca? —inquirió él.

—Pareces muy emocionado con la idea ¿no?

Tara lanzó la pulla sin poder contenerse; era muy poco considerado de su parte verse tan a gusto.

—Vuelve a decir eso y seré yo quien se ocupe de que no dejes la casa —refunfuñó él.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tienes en mente?

—Bueno...

Logan la atrajo hacia él y pareció estar a punto de demostrárselo cuando el sonido de un berrido los obligó a separarse. A este le siguió un ladrido y, antes de que hubieran pasado un par de segundos, ya tenían un concierto a toda marcha.

—No podías solo irte ¿no? —comentó él con voz lastimera tras dirigirle una mirada de pesar.

Tara procuró no sonreír, pero no pudo resistirlo por mucho tiempo.

—Lo siento —dijo ella conteniendo la risa— ¿Voy yo?

Logan la señaló con un dedo antes de dirigirse al piso de arriba.

—No te atrevas a moverte —ordenó por encima del hombro.

Cuando Logan volvió un par de minutos después, lo hizo con un pequeño bulto que sostenía con bastante pericia entre los brazos; una bola de pelos bajó trotando tras él. Tara no se acercó a ellos, sin embargo, no hasta que Logan se situó ante ella y descubrió la cabeza del bebé que extendió las manos en su dirección.

—No. Hoy te quedas conmigo —Logan lo apartó sujetando sus manos con suavidad con una de

las suyas—. Despídete de tu madre; le espera un día importante hoy. Va a proteger la ciudad.

Tara sonrió y acarició la mejilla de su hijo con suavidad.

—Bueno, en realidad es posible que me quede todo el día en un escritorio para familiarizarme con el papeleo —reconoció ella.

—Yo no estaría tan seguro, pero si fuera así, lo harás genial —se apresuró a aclarar Logan sin dejar de sostener al niño para que no tirara de su cabello.

Tara asintió y dio un paso hacia atrás, pero entonces pareció vacilar y lo observó con semblante preocupado.

—¿De verdad estás seguro de que puedes con esto?

Ya que era cuando menos la sexta vez que se lo preguntaba en la última hora, Logan pensó que a lo mejor y tendría que sentirse un poco ofendido. Pero la entendía. Era la primera vez que iba a dejar al bebé a su cuidado desde que nació; habían sido cuatro meses difíciles en los que ambos intentaron aprender sobre la marcha cómo criar a un ser vivo sin morir en el intento, y debía reconocer que habían hecho un buen trabajo, al menos hasta el momento.

Pero hasta entonces habían estado juntos a cada paso excepto en los momentos en que Logan había tenido que ir a trabajar. Y Tara había logrado sobrellevar todo de una forma estupenda. Tanto como lo hizo al llevar el embarazo y decidir dejar en suspenso durante todo un año su incorporación oficial al cuerpo de policía.

Pero ya había sido suficiente, acordaron cuando el bebé cumplió su tercer mes. Era tiempo de que ella retomara sus sueños y Logan estaba dispuesto a hacer su parte. Por eso, no dudó un segundo en pedir una excepción en el trabajo para tomarse un par de meses y cuidar del bebé en tanto Tara iniciaba el entrenamiento que dejara en suspenso al graduarse. No fue complicado; hasta entonces tenía tantas vacaciones acumuladas que Morgan recibió el pedido con buen ánimo. Además, el cierre del caso que le había costado un disparo lo había convertido en un agente bien considerado y los arrestos que hizo aun resonaban entre sus compañeros.

Tara, en tanto, había tenido que hacer varios trámites y rendir algunos exámenes para obtener el permiso y ponerse a la par que el resto de sus colegas, pero ya estaba apta y lista para empezar.

Siempre y cuando se decidiera a marcharse, se repitió Logan al empezar a ir hacia ella con el bebé en brazos para obligarla a retroceder en dirección a la puerta.

—¿No podría sostenerlo un segundo? —Preguntó ella con una mirada atormentada en dirección al niño.

—¿Quieres llegar al trabajo en tu primer día oliendo a vómito de bebé?

Tara hizo un gesto de desagrado, pero no tenía sentido hacer como que él no tenía razón, de modo que se encogió de hombros e hizo una nueva caricia a su hijo en tanto el perro que habían adoptado poco antes de su nacimiento daba vueltas a su alrededor.

—También voy a extrañarte, *René*, pero te prometo que volveré pronto —el ovejero correspondió a sus palabras frotándose contra sus piernas— ¿Tienes el número de papá a la mano? Sabes que puedes llamarlo por cualquier cosa.

Logan rodó los ojos y le hizo un nuevo gesto para que se fuera. Él no lo dijo, pero aun cuando él y su suegro mantenían una estupenda relación, no se creía tan inútil como para necesitar su ayuda para atender a su propio hijo. Lo que tampoco mencionó fue que desde luego que tenía el número a mano, y también el de su madre. Solo por si acaso.

—Te llamaré en un par de horas para ver cómo va todo.

Tara tenía la puerta abierta tras ella, pero aun parecía reacia a marcharse y Logan exhaló un suspiro. Le pareció un poco perdida, y muy asustada; por un instante, le recordó a la chica que lo

miró desde un columpio algo poco más de un año atrás y que le dijo lo que habría de poner de vuelta su mundo para siempre.

Por eso, no dudó en hacer lo mismo que hizo entonces. Sostuvo al bebé con una mano y usó la otra para envolverla en un abrazo apretado antes de susurrar unas palabras a su oído.

—Todo estará bien —dijo él.

Ella parpadeó y le devolvió una mirada mucho más serena.

—No sé por qué, pero siempre te creo cuando dices eso.

Logan sonrió.

—Eso es porque en el fondo sabes que tengo razón.

—Qué presumido eres.

Él sostuvo la puerta y la vio dar un rápido beso al bebé en la frente antes de buscar sus labios.

—Te quiero —dijo ella.

—Yo también.

Logan permaneció en la puerta hasta que ella se subió al auto y lo puso en marcha para perderse un par de calles más allá al dar la vuelta. Solo entonces cerró la puerta y entró de nuevo a la casa.

No estaba nada mal, se dijo al dejar al bebé nuevamente en su cuna una vez que consiguió dormirlo de nuevo y se cambió la camiseta por una limpia luego de que le vomitara. *René* daba vueltas a su alrededor, pero sabía que en cualquier momento desaparecería escaleras arriba para guardar el sueño del niño; era algo que hacía desde el primer día en que lo llevaron a casa.

Logan dio una mirada al vestíbulo y al salón, donde se apilaban algunos juguetes, el coche del bebé y varios de los libros de Tara. Se ocupó de poner un poco de orden sin llegar a lo que ella llamaba un punto maniático, del que, por cierto, cada vez se distanciaba más, y se dejó caer sobre el sillón con una sonrisa satisfecha.

Su rostro no se alteró ni siquiera cuando el sonido del bebé llorando rompió nuevamente el silencio tan solo media hora después o cuando le siguieron los ladridos del perro. Se dirigió de vuelta al piso de arriba y, al dar una mirada a las fotografías en el descanso, a las cuales se habían sumado un par más de la graduación de Tara, del bebé en el hospital, y de una salida de los tres un par de semanas antes, se dijo que, de hecho, su vida no estaba nada mal.

FIN